
HARLEQUIN
Bianca
EMOCIONES OLVIDADAS
ALISON ROBERTS



EMOCIONES OLVIDADAS

ALISON ROBERTS



Argumento

Hannah había conseguido un trabajo de encargada de una ambulancia. Pronto se dio cuenta de tres cosas muy importantes: que adoraba su trabajo, que amaba a su compañero Adam Lewis y que a Adam no le gustaba tener niños cerca.

¡Y ella tenía un bebé precioso! Hannah sabía que el rechazo de Adam hacia los niños tenía su origen en el pasado, y para que su relación tuviera alguna oportunidad, él tendría que enfrentarse a sus demonios. Pero no estaría solo. Aquella operación de rescate era cosa de dos.

Indice

Capítulo 1

Jamás se había sentido tan bien. Hannah Duncan tomaba los últimos rayos de sol de aquel atardecer de verano. El calor acumulado por los guijarros de la playa donde estaba sentada contrarrestaba el frío del bañador mojado. Los ojos cerrados, el rostro levantado saboreando la caricia del sol. No había brisa.

Hannah abrió los ojos. El sol poniente bañaba de luz las montañas distantes y el lago con un resplandor rosado. Por fin se habían alejado los bulliciosos niños de la orilla del lago, y el agua permanecía inmóvil, reflejando los árboles a su alrededor. Bajo aquellos árboles, una pareja joven tumbada, absorta en sí misma. Hannah sonrió. Sabía cómo se sentían.

Inconscientemente se llevó una mano al vientre. Solo Ben y ella sabían qué se ocultaba bajo ese vientre plano. Habían decidido mantenerlo en secreto al menos hasta el final de ese verano. Hannah buscó a Ben con la mirada. Él desafiaba al frío, seguía bañándose, pero hasta a él le había alcanzado aquella paz. Ya no nadaba, flotaba sobre la espalda con los brazos extendidos. Su cuerpo estaba tan inmóvil que no producía siquiera ondas en el agua. Hannah estuvo tentada de llamarlo, pero no quiso perturbar aquella paz. Hasta los pájaros habían callado. De pronto se quedó helada. No podía gritar, sentía un nudo en la garganta. Ben no flotaba de espaldas, estaba boca abajo. ¡Se estaba ahogando!

¿Había gritado, o lo que oía era el eco en su cabeza? Algo alertó a la pareja. El hombre corrió a ayudar a Ben, buceando en el lago, y la mujer al camping. Una multitud se fue agrupando. ¿Cómo era posible que, entre tanta gente, nadie supiera qué hacer?

–Ya llega la ambulancia –dijo alguien.

–¡No creo que respire! –exclamó otro aterrorizado.

Hannah se arrodilló junto a Ben y tomó su rostro entre las manos. No respiraba. ¿Cuánto tiempo había estado boca abajo, sin respirar, mientras ella se tostaba al sol y disfrutaba de la indecible calma?

–Hazle el boca a boca –sugirió una voz masculina–. Yo le presionaré el pecho, lo he visto en televisión.

Los labios de Ben estaban fríos. Hannah sintió el calor de su propio aliento entrando en la boca de él. Y lo sintió escapando de nuevo, expelido por la entusiasta opresión del hombre que la ayudaba. ¿Por qué no tenía agua en los pulmones? Hannah también había visto la televisión. Al presionar el pecho, el agua debía salir. Entonces entraba aire y la víctima tosía, volviendo a respirar. Tenía que estar haciendo algo mal. Hannah tapó la nariz de Ben. El pánico fue adueñándose de

ella.

La sirena de la ambulancia supuso un alivio. Hannah se aferró a la esperanza. Por fin alguien sabría qué hacer.

Pero ni los conocimientos ni la habilidad fueron suficientes en esa ocasión. Demasiado tarde. Ben no alcanzaría a oír el llanto de ningún corazón dolido, ni siquiera el de Hannah. Aquel grito trataba de salir de sus labios helados, pero quedó atrapado. Estaba atrapada. Luchó. ¿Quién la agarraba de la espalda? Tenía que librarse… soltar aquel grito de dolor que invadía su interior… ni siquiera podía respirar.

Aquel grito logró salir al fin. Los brazos que la sujetaban resultaron ser las sábanas revueltas. Hannah contuvo la respiración y volvió la cabeza en la almohada gritando una vez más. Se sentó y se aferró a la almohada húmeda por las lágrimas.

Tenía aquella pesadilla cada vez con menos frecuencia, pero el horror no era menor, y después seguía sintiéndose igual de mal. Sentía un enorme vacío en su interior, una tremenda pérdida. En cada ocasión, sin embargo, la sensación duraba menos. Hannah apartó las sábanas y se levantó. La oscuridad del pasillo no la detuvo, sabía a dónde iba. Y sabía que la pérdida no había sido total. Un vistazo a la cuna era suficiente para recordarle el júbilo de dar a luz a la hija de Ben, un júbilo que crecía con el paso del tiempo. Hannah contempló los rizos rubios de su hija. Su diminuto rostro parecía sonreír incluso dormida. Estaba a punto de besarla cuando notó un movimiento detrás de ella. Giró la cabeza y sonrió.

–Buenos días, mamá.

–Te has levantado pronto, cariño –contestó su madre preocupada–. ¿Va todo bien?

–Todo perfecto –aseguró Hannah señalando a su hija–. Creo que ya es hora de que la traslademos a una cama. Después de todo, tiene dos años y medio.

–Adora su cunita –comentó Norma Duncan–, y es tan pequeñita. No ha tratado de salir ni una sola vez.

–No –contestó Hannah bostezando–. Será mejor que tome una ducha.

–Debes estar agotada –añadió Norma siguiendo a su hija hasta el baño–. Anoche volviste a quedarte despierta hasta muy tarde, con la nariz enterrada en esos libros.

–Es que esta mañana tengo un test de revisión de conocimientos, y pasado una revisión práctica por la mañana y un examen escrito por la tarde. No quiero suspender.

–No suspenderás –sonrió Norma confiada–. Jamás te he visto fallar, cuando te pones todo tu empeño.

–No estoy tan segura, mamá –comentó Hannah parándose delante de la puerta del baño–. Somos diez en el curso, y solo seis pasarán y conseguirán el empleo.

–Y tú serás una de ellos –afirmó Norma–. Dúchate, te prepararé el desayuno.

Hannah dejó que el agua caliente borrara todo rastro de la pesadilla y trató de serenarse. Siempre se ponía nerviosa cuando tenía que hacer un test. Desde la muerte de Ben, el nacimiento de Heidi no había sido el único cambio importante en su vida. En buena medida, su capacidad para superar la muerte de Ben se debía al hecho de haber descubierto qué quería hacer con su vida.

Jamás podría haber salvado a Ben. Nadie habría podido. La autopsia había revelado una afección cardíaca congénita, causa de la muerte instantánea. Ben no se había ahogado. A pesar de ello, Hannah no había podido olvidar la sensación de impotencia y frustración por no poder ayudarlo, ni la esperanza que supuso la llegada de la ambulancia.

Pronto formaría parte de un equipo similar. Quizá no hubiera podido salvar a Ben, pero tendría la oportunidad de salvar a otras personas. Estaba lista para ponerse a prueba. Si tenía éxito, entonces había merecido la pena.

Capítulo 2

¿Por qué demonios había escogido ese preciso momento para guiñarle un ojo? El resultado había sido desastroso. Hannah Duncan se ruborizó, incómoda, y volvió la vista hacia la hoja de papel sobre su mesa. El pulso le latía acelerado, comprendiendo lo frágil de su concentración. Unos segundos antes, la pregunta le había parecido de lo más fácil. Era capaz de enumerar los síntomas de una fractura incluso dormida. Con su técnica memorística a base de palabras clave, había aprendido grandes cantidades de información.

Hannah respiró hondo. En cuanto recordara la palabra clave, tendría la solución. De pronto lo consiguió. Sí, la palabra era DOPMOHS, las iniciales de dolor, pérdida de la función, movimientos poco naturales, hinchazón y shock. Hannah volvió a respirar. Le faltaba contestar a una sola pregunta, y la sabía.

No estaba dispuesta a volver a perder la concentración. ¿Quiénes, de los allí reunidos, fallarían el examen y no lograrían convertirse en oficial de ambulancia? Hannah no estaba dispuesta a ser una de ellas, y menos aún por culpa de una simple muestra de interés, como ese guiño.

Adam Lewis miró el reloj de pared. Les concedería cinco minutos más, y luego, hasta la hora de la comida, discutirían las respuestas. Esperaba con ansiedad ese descanso. Disfrutaba dando clases a los nuevos candidatos a oficial de ambulancia, pero tantas horas encerrados le producían dolor de cabeza.

Adam se inclinó en el respaldo de la silla y se relajó. En una semana volvería a la carretera, a ejercer como oficial de ambulancia, en lugar de como profesor. Los exámenes que quedaban no eran más que una formalidad. Sabía muy bien quién pasaría.

Derek era el mayor del grupo, tenía treinta y ocho años. Había sido policía, y era un hombre inteligente y callado. Su porte físico, más que imponente, resultaba reconfortante. Era el candidato ideal al puesto. Eddie tenía veintitrés años y era excesivamente tímido, pero la carretera lo curaría. Además, su timidez se debía al deseo de ocultar la atracción que sentía por Hannah. Adam sonrió comprensivo.

Michael escribía con seguridad, probablemente estuviera explicando más de lo que se le exigía. Sería interesante conocer sus respuestas durante la discusión posterior. Adam desvió la vista hacia

Phil, el taxista, que miraba al techo y daba golpecitos con la pluma sobre la mesa. Phil no lo conseguiría. Solo le interesaban las situaciones dramáticas, y el trabajo en una ambulancia, en su mayor parte, no consistía en eso. Además, había faltado mucho a clase.

Anne era demasiado nerviosa para ese trabajo, y Jackie estaba más interesada en los hombres que en los estudios. En ese momento miraba a John, el fanático de los deportes, en lugar de hacer el test. Adam dirigió la vista hacia Christine. Tenía treinta y cuatro años, y era mucho más madura que Jackie, pero no estaba preparada para ser oficial de ambulancia. Y no es que lo creyera porque tuviera prejuicios contra ella, debido a su situación familiar. Adam Lewis sabía lo que hacía.

Adam observó a la mejor de todo el grupo: Hannah Duncan. Su rubor había cedido. Adam no sabía por qué le había guiñado el ojo, pero el efecto había sido sorprendente: había perdido la concentración. ¿Estaría molesta, o sencillamente se sentía violenta por el hecho de que él mostrara interés hacia ella?

–Se acabó el tiempo –anunció Adam–. Discutiremos las respuestas y luego haremos un descanso para comer.

Como era de esperar, Michael estaba ansioso por enumerar las causas de las fracturas. Adam le permitió explayarse mientras su mente divagaba sobre otro tema. Quizá Hannah Duncan no se diera cuenta de lo interesante que resultaba como persona. Desde luego ni alentaba ni respondía a ninguna de las insinuaciones de nadie, parecía no darse cuenta de que Eddie se desvivía por hacer las prácticas con ella.

Días antes, Adam había estado refrescándose la memoria, leyendo una vez más los formularios de solicitud rellenados por los asistentes al curso. Hannah tenía veintiocho años y, era de suponer, estaba soltera, porque a la pregunta de cuál era su pariente más cercano había respondido que su madre. Sus empleos anteriores incluían trabajos en el extranjero. Además, había trabajado como monitora de salvamento en una piscina de niños.

–Y luego están las causas patológicas –terminó Michael–, que se producen a causa de otras enfermedades de los huesos, como por ejemplo el cáncer o la osteoporosis.

–Gracias, Michael –dijo Adam–. ¿Qué significa que la causa de una fractura sea indirecta?

–Que el punto de impacto no es el punto en el que se produce la fractura –contestó Ross.

–¿Por ejemplo? –preguntó Adam.

–Caer sobre una mano y romperse el cuello –afirmó

Christine–. A todos mis hijos les ha pasado eso.

–¿Y? –se apresuró Adam a preguntar, deseoso de evitar otra

conversación más acerca de los accidentes de los hijos de Christine–. ¿Hannah?

–Caer sobre un pie desde cierta altura, provocando una fractura pélvica o de la columna vertebral –contestó Hannah sin vacilar.

–Excelente –contestó Adam–. Derek… cuéntanos algo sobre los dos grandes sistemas del cuerpo humano.

Hannah observó a Derek leer su respuesta. Hablaba tanto del sistema nervioso como del circulatorio, y lo hacía con calma, con seguridad. Adam asentía con aprobación.

–¿Cuándo deben medirse las constantes de esos dos sistemas?

Adam siempre hacía preguntas sobre las cuales la discusión podía extenderse infinitamente. Sin embargo aquella mañana Hannah estaba cansada, se distrajo. A esas alturas toda la clase conocía a su profesor lo suficiente como para apreciar su sentido del humor. Probablemente le guiñara el ojo a mucha gente. O quizá tuviera un tic del que no se hubiera dado cuenta. Pero no, Hannah sabía perfectamente que ni tenía tics ni tenía la costumbre de guiñar el ojo. De pronto comprendió que Adam le dirigía la pregunta a ella.

–Hipovolemia –se apresuró a responder, esperando haber entendido la pregunta.

–¿Por qué?

–Porque algunas fracturas producen una importante hemorragia interna.

–¿Cuáles, en particular? –volvió a preguntar Adam con la mirada fija en Hannah.

–La de la pelvis y las de los huesos largos.

Adam volvió la vista hacia Jackie y preguntó:

–¿Qué pérdida de sangre puede esperarse de una fractura de una pelvis?

Jackie giró los ojos en sus órbitas sin responder.

–Unos tres litros –contestó Michael sin poder resistirse, rompiendo el silencio.

–¿Y cuánto volumen de sangre tiene un adulto por término medio? –volvió a preguntar el profesor.

–Cinco litros –contestó de nuevo Michael–. Así que tres litros representa un sesenta por ciento del volumen de sangre, lo cual significa…

–Que se queda con el depósito vacío –lo interrumpió Ross.

–Exacto –convino Adam–. Shock por hipovolemia. ¿Qué otras complicaciones puede producir una fractura?

Hannah observó a Adam. Trataba de animar a Eddie para que participara en la discusión. Su mirada vagó contemplativa por aquel semblante. ¿Habría notado alguien la cicatriz que tenía en el puente de la nariz? ¿Y la de la ceja izquierda?

–Bien, Eddie. Un movimiento inadecuado puede producir daños tanto en el sistema nervioso como en el circulatorio – explicaba Adam sonriendo y mostrando sus hoyuelos.

¿Notaba alguien la forma en que Adam se quedaba completamente inmóvil cuando escuchaba?, ¿y la forma en que sus cejas parecían recalcar esa atención? A Anne, desde luego, la ponía nerviosa. La pobre chica tartamudeaba.

La discusión se alargaba. Hannah miró el reloj. Unos minutos más y llegaría la hora del descanso. El aire fresco la ayudaría a concentrarse. Después de aquel estúpido guiño, nada había vuelto a ser igual. Hannah se irritó al ver que Adam se apartaba los rizos de la frente. Era un gesto inconfundible: significaba que tenía que reflexionar sobre la respuesta. Sí, Hannah Duncan conocía perfectamente los gestos de Adam Lewis. Y guiñar un ojo, definitivamente, no era habitual en él.

Quizá él se hubiera dado cuenta de la forma en que lo observaba. Hannah rechazó la idea de inmediato. No lo hacía a menudo, ni deliberadamente. Durante el curso, comenzado un mes atrás, Adam había sido simplemente su profesor. Por eso le prestaba atención. Adam era oficial de ambulancia, el puesto más alto de la escala.

A principios de curso, durante la primera semana, la cantidad de información a asimilar había sido tremenda. Luego, paulatinamente, el entrenamiento intensivo había reducido las clases a una a la semana. Los candidatos tenían que acumular sesenta horas de carretera en un equipo de salvamento que se había organizado durante el último mes. Hannah había trabajado mucho. Y sabía que la valoración de sus oficiales pesaría considerablemente en la nota. Un informe desfavorable podía echar por tierra el resultado de los exámenes.

Hannah había alcanzado una cierta confianza en sí misma con el tiempo, había llegado incluso a relajarse. Hasta el punto de llegar a prestar tanta atención a Adam, como persona, como a sus clases. Solo había alcanzado a comprender la medida exacta de ese interés personal al descubrir cuánto se distraía en casa, durante las horas nocturnas de estudio, pensando en él. O después, al echarse en la cama y comprender que era incapaz de dormir. Las imágenes de Adam Lewis invadían su mente, su vida personal, pero la intrusión no le resultaba desagradable.

Aquella era la primera vez, desde la muerte de Ben, en que se interesaba por un hombre. ¿Y por qué no?, se preguntaba. Quizá estuviera preparada. La vida seguía, tenía que seguir. Hannah jamás había esperado que su hija colmara por entero sus necesidades.

–Pareces pensativa, Hannah –comentó Adam en voz alta, atrayendo la atención de toda la clase hacia ella.

–Es que tengo hambre –contestó Hannah.

Hubo carcajadas. Adam anunció que había llegado la hora del descanso y todos recogieron sus libros. Eddie se presentó delante de la mesa de Hannah.

–Voy a la tienda a comprar algo de comer, ¿quieres que te traiga algo?

–No, gracias –sonrió Hannah tratando de rechazarlo suavemente, para no herir sus sentimientos–. Me he traído el almuerzo de casa.

Adam recogió los papeles y libros de su mesa evitando mirar a Eddie y dejó las transparencias y el proyector para utilizarlos después del descanso. La sencillez de la respuesta de Hannah había incrementado la curiosidad que sentía por ella. ¿Cómo sería su casa?, ¿sería una lujosa casa de las afueras, o el típico apartamento en el centro de la ciudad, de chica soltera? Adam la observó una vez más, alejándose con Derek y Christine.

Llevaba vaqueros gastados, botas, una camisa de algodón remangada y un chaleco de forro polar desabrochado. Ropa cómoda, pero con estilo. No, no le pegaba ni la casa de las afueras ni el apartamento de ciudad. Hannah tenía estilo, sobresalía de lo normal. Y sin hacer el menor esfuerzo. Adam sonrió. Hannah tendría estilo incluso con un saco. O sin nada… Adam suspiró. La clase estaba vacía. Quizá solo tuviera claustrofobia.

Jackie se acercó a Derek, Christine y Hannah, sentados en un banco fuera de clase.

–¡Dios, ese test ha sido horrible! Apenas he acertado una pregunta. Mañana voy a suspender –afirmó abriendo una chocolatina–. ¡Detesto estudiar!

–Y entonces, ¿por qué quieres ser oficial de ambulancia? –preguntó Derek divertido.

–Me encanta el uniforme. Además… –giró la cabeza mirando a John, que pasaba por delante en su bicicleta–… conoces a gente interesante.

–¿Qué harás si no apruebas? –preguntó Hannah, preocupada. –Volver a intentarlo, supongo –contestó Jackie encogiéndose de hombros.

–Y tú, Hannah, ¿por qué quieres ser oficial de ambulancia?

–Una vez me encontré en una situación en la que una persona necesitaba ayuda desesperadamente –explicó Hannah–. Cuando llegó la ambulancia, no pude evitar envidiar sus conocimientos, el hecho de que supieran qué hacer. Por desgracia, en ese caso, no pudieron hacer nada.

–Tú eras monitora de salvamento para niños pequeños, ¿no? –Intervino Christine–. Ese accidente que dices, ¿fue en el agua?

–En cierto sentido –contestó Hannah, deseosa de cambiar de tema–. Y tú, ¿qué te decidió a estudiar para oficial de ambulancia?

–Mis hijos llevan toda la vida sufriendo accidentes y poniéndose enfermos –contestó Christine riendo–. He pasado tanto tiempo en urgencias que se me ocurrió que quizá pudiera comenzar a cobrar por ello.

–Tienes cuatro hijos, ¿no? –preguntó Jackie desenvolviendo una segunda chocolatina–. ¿No crees que el horario de trabajo será un inconveniente, con tanta familia?

–Eso piensa Adam Lewis –suspiró Christine–. Lleva todo el mes metiéndose conmigo porque tengo hijos.

–¿En serio? –preguntó Hannah sorprendida–. ¿Por qué?

–Cree que mis responsabilidades en casa no me permiten trabajar, y menos en una ambulancia. Tengo la sensación de que no aprueba a las madres trabajadoras.

En la primera clase introductoria, cuando todos se presentaron y hablaron de sí mismos, Hannah omitió que tenía una hija. Quería sencillamente salvaguardar su intimidad. Era un alivio que Adam no conociera la existencia de Heidi.

–Aunque no es asunto suyo –continuó Christine de mal humor–. El tema del cuidado de los niños lo tengo solucionado. Su padre los cuidará por la mañana, y yo por la noche. Solo quedan dos días de cada ocho, en los que tendré que contratar a alguien para que los cuide cuando salgan del colegio. Será fácil.

Hannah asintió. Los turnos en la ambulancia eran de cuatro días seguidos de trabajo, y otros cuatro días libres. De esos cuatro días, dos de ellos eran en turno de mañana, y los otros dos de noche. Eran preferibles los turnos largos, de más de ocho horas, para poder disponer de cuatro días libres. Hannah no esperaba tener problemas. Su madre estaba más que dispuesta a ayudar.

Desde la muerte de su marido, hacía años, Norma Duncan había vivido en el campo. Para ella, resultaba demasiado solitario. Volver a vivir con su hija había sido como una bendición. Además de tener una nieta a la que cuidar, vivía de nuevo en Wellington, la capital de Nueva Zelanda. A sus cincuenta y nueve años, había encontrado una nueva dirección hacia la que encauzar su vida. Su entusiasmo por conocer a gente y por hacer algo positivo la había llevado a aceptar un trabajo de jornada partida como recepcionista en una consulta médica. A pesar de ello, estaba decidida a ocuparse de su nieta Heidi. Norma solo trabajaba por las mañanas, pero con el horario de ambulancia Hannah necesitaría una guardería.

–Tener niños jamás es fácil –alegó Jackie convencida–. Yo no pienso tenerlos. ¿Y tú, Hannah?

–Yo no creo que sea tan terrible –sonrió Hannah, deseosa de

cambiar de tema de conversación–. Y tú, Derek, ¿por qué quieres ser oficial de ambulancia?

–Por lo mismo que tú –contestó él pensativo–. Como policía, me he encontrado muchas veces en situaciones difíciles, y siempre llegaba antes que la ambulancia. No me gustaba sentir que no podía ayudar.

–¿No os entrenaron en primeros auxilios?

–Sí –respondió Derek–, pero muy poco. Decidí que me gustaba más ese trabajo que el mío.

–Pero tú tienes niños, ¿verdad? –preguntó Christine.

–Sí, tres –confirmó Derek.

–Apuesto a que Adam no te ha dicho nada de que no puedas trabajar en una ambulancia teniendo niños –comentó Christine.

–Bueno, pero yo siempre he tenido un horario parecido – señaló Derek–. Mi familia está acostumbrada.

–Entonces es que Adam es machista –sacudió la cabeza Christine.

Hannah no dijo nada. No era esa la impresión que Adam le había causado. En realidad, había sido precisamente al contrario.

El descanso les había sentado bien a todos. Adam entró en clase a la una en punto.

–Vamos a dedicar la tarde a ciertos casos prácticos de fracturas, pero primero quiero revisar los exámenes y la práctica sobre los daños en la columna vertebral.

Michael abrió el libro de texto por la página indicada. Adam colocó una transparencia en el proyector. Ross y otros siguieron el ejemplo de Michael. Phil se reclinó sobre el respaldo de la silla, jugando con el bolígrafo. Jackie se inclinó hacia John.

–¿Puedes prestarme un bolígrafo?

–Yo tengo uno de sobra –ofreció Anne.

–Esto es un repaso, no hace falta que toméis apuntes –señaló Adam encendiendo el proyector–. ¿Cuál es la clave a la hora de hacer una valoración de un daño en la columna vertebral?

–El shock neurológico –se apresuró a contestar Michael.

–Dolor y parálisis –añadió Ross.

–Vamos a ver… –dijo Adam mirando a su alrededor–. ¿Jackie? –Parestesia –sugirió Jackie–. O anestesia.

Era evidente que nadie había dado aún con la respuesta correcta. Adam dirigió entonces la vista hacia Anne.

–¿Cuál es el primer síntoma que puede hacernos sospechar un daño vertebral? –volvió Adam a preguntar.

–Umm… –Anne parecía nerviosa–. Supongo que precisamente lo sucedido.

–Exacto –sonrió Adam–. ¿Y qué es, Hannah?

–El mecanismo según el cual se ha producido la herida – contestó Hannah.

–Excelente –sonrió Adam. Hannah bajó la vista incómoda. En realidad no había sido ella quien había acertado–. ¿Y cuáles son esos mecanismos, por ejemplo?

–Compresión –contestó Michael–. Una caída desde cierta altura, o un golpe con un objeto contundente.

–Bien –asintió Adam–. ¿Qué más?

–Incisión –contestó Phil–. Por arma de fuego o arma blanca.

–Distracción –añadió Jackie.

–Colgamiento –añadió Phil.

Adam esperó a que se enumerasen todas las posibilidades y luego preguntó:

–¿Y por qué es tan importante la forma en que se produce la herida?

–Porque el paciente puede estar inconsciente –contestó Derek–. Es posible que no pueda decir qué síntomas tiene.

–¿Es posible tener una herida en la columna vertebral, y no tener ningún síntoma? –preguntó Adam. La clase quedó en silencio–. Hace poco asistí a un accidente de tráfico. Un coche chocó contra un árbol. Solo había una víctima, y cuando llegamos estaba de pie, frente al coche, en medio de la escena. Estaba muy preocupado por los daños del vehículo. Era de su empresa, y no estaba asegurado como conductor, de modo que tendría que pagar la factura de su bolsillo –explicó Adam pensativo, acariciándose la barbilla–. Insistía en que se encontraba perfectamente bien, y se negaba a que lo examináramos o lo lleváramos al hospital, pero yo me fijé en que se rascaba la nuca. Finalmente lo persuadí para que me dejara ponerle un collarín y llevarlo al hospital.

La clase escuchaba con mucha atención. Adam los observó en silencio y continuó:

–Tenía una fractura en la columna. De haber vuelto la cabeza, o haber estornudado, no habría tenido que preocuparse de la factura. Habría quedado parapléjico para el resto de su vida.

La clase quedó impresionada. El impacto de aquella historia quedó interrumpido de repente, sin embargo, por las notas de una melodía. Era el teléfono móvil de Christine que, incómoda, se disculpó y lo sacó del bolso. Adam se molestó.

–¡Oh, Dios! –exclamó Christine segundos más tarde–. ¿Se ha dado muy fuerte? –preguntó, con evidente preocupación–. ¿Y por dónde dices que sangra?

La clase intercambió miraditas. Hannah observó a Adam. Él no apartaba la vista de Christine. Su rostro permanecía inexpresivo.

–Voy a tener que marcharme –se disculpó Christine–. Robbie se ha

caído de la bicicleta, quieren que vaya a recogerlo al colegio.

Adam frunció el ceño, pero no de preocupación.

–¿Qué harías si te sucediera esto durante las horas de trabajo? –inquirió con frialdad.

–No lo sé –contestó Christine.

–Pues piénsalo –añadió Adam–. Mañana hablaremos.

Todos se miraron. Hannah bajó la vista. Era evidente que Christine tenía un fuerte obstáculo que superar. Probablemente acababa de echar a perder su última oportunidad. ¿Era Adam demasiado duro con ella o, sencillamente, sería cierto que sus responsabilidades familiares interferirían en el trabajo? ¿Qué ocurriría si Adam descubriera la existencia de Heidi? Hannah trató de olvidarlo. Adam no lo descubriría. No, hasta después del examen, al menos.

Tras la marcha de Christine el ambiente se hizo más tenso. Adam se apartó el pelo de la cara y apagó el proyector. Puso sobre la mesa una bolsa enorme y buscó algo en su interior.

–Esto son collarines –dijo enseñándolos–. ¿Alguien ha puesto alguno alguna vez?

–Yo –contestó Michael.

–Y yo –añadió Anne.

–¿Algún problema?

–No –se apresuró a contestar Michael–. Recuerdo muy bien cómo se hace.

–¿Y tú, Anne? –preguntó Adam.

–Pues a mí me costó –admitió Anne–. La mujer a la que tuve que ponérselo llevaba el pelo largo, y se le enganchaba en el velcro. Se enfadó conmigo, y me puso nerviosa.

–Sí, por mucho que practiques en casa, es muy distinto hacerlo por necesidad –asintió Adam–. Hay cosas a las que no damos importancia, y que pueden suponer una dificultad. Por ejemplo, el pelo o pendientes largos –explicó Adam mirando a su alrededor–. Hannah, ¿te importa sentarte aquí, y soltarte el pelo un momento?

Hannah sacudió la cabeza. Anne y Jackie llevaban el pelo corto. Hannah se quitó la goma que le sujetaba la trenza y se pasó los dedos por el cabello.

–Escoge un collarín, Anne –dijo Adam sacudiendo el pelo de Hannah para que le cayera por los hombros–. Vamos a necesitar a dos personas.

Eddie se puso en pie tan deprisa que tiró la silla, y se dirigió hacia la parte delantera de la clase todo ruborizado.

–Sujeta la cabeza de Hannah recta –ordenó Adam a Eddie–. Y tú, Anne, colócale el collarín.

Hannah sintió los dedos temblorosos de Eddie sujetarle la cabeza. Anne le colocó el collarín sobre el pecho y lo subió hacia el cuello. De

inmediato el pelo se le enredó en el velcro. Adam los dejó ensayando unos minutos, pero luego tomó el puesto de Eddie. Hannah sintió la profunda reverberación de la voz de Adam en la cabeza, que él sujetaba contra su pecho.

–Bien, sujeto la cabeza en una postura recta –afirmó Adam. –Anne se lo colocará y se lo cerrará.

Hannah se quedó muy quieta. Podía sentir cada uno de los dedos de Adam sobre su cabeza. Eddie sencillamente la rozaba, Adam la sujetaba con fuerza.

–En cuanto el collarín sujete mínimamente la cabeza – continuó Adam–, moveré esta mano para apartar el pelo –explicó rozando su nuca con los dedos–. Ahora Anne puede cerrárselo y ajustárselo.

Adam soltó el pelo de Hannah y lo observó caer sobre el collarín. Desde el principio había adivinado lo suave y sedoso que sería ese pelo plateado, pero no había podido anticipar la extraordinaria sensación de sus dedos al dejarlo caer. Adam animó a la clase a practicar mientras pensaba en otra cosa. Los observaba a todos, pero a Hannah en particular.

Adam reprimió un suspiro. Aquel interés comenzaba a ser demasiado intenso como para ignorarlo. Hannah no se había molestado en volver a hacerse la trenza. Se había hecho una coleta, pero los mechones se le iban soltando uno a uno por los lados. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de que aquel tono plateado de rubio resaltaba sus ojos grises? La respuesta era que, sencillamente, hasta ese momento su interés por Hannah había sido solo profesional.

Desde la primera clase, Hannah le había llamado la atención. Era seria y capaz. Tenía que admitir que, durante el curso, solía mostrarse muy duro con las mujeres. El trabajo de oficial de ambulancia era principalmente para hombres, y por una buena razón. Era un trabajo muy exigente, en muchos sentidos: físico, mental y emocional. Y podía resultar peligroso. Las escasas mujeres que alcanzaban el éxito eran muy especiales, muy inteligentes, y tenían una gran vocación. Se requería fuerza física y emocional.

Hannah sobresalía de entre los demás. Hacía mucho tiempo que Adam no se interesaba por ninguna mujer. Cuando hubieran terminado el proceso inicial de selección, y ella se convirtiera en su colega, quizá pudiera tantearla y ver qué respondía. ¿Por qué no?

Capítulo 3

El cuerpo no le respondía. Sus piernas hubieran debido sacarla de allí, cuando Michael y Ross decidieron marcharse a casa. Su mente hubiera debido aprovechar la oportunidad cuando John rechazó otro refresco y anunció que se iba. Por fin, mientras Derek se disculpaba, sus piernas seguían sin cooperar.

–Te llevaré a casa, Eddie –comentó Derek.

–No hace falta –contestó el chico sacudiendo la cabeza–. Tengo coche, pensaba llevar yo a Hannah a la suya.

–No puedes conducir –contestó Derek firme–. No soy ex policía en vano.

Eddie se sonrojó y dejó la jarra de cerveza vacía sobre la mesa.

–¡Pero si estamos celebrándolo!

–Naturalmente –sonrió Derek–, hemos aprobado.

–Sí, habéis aprobado –asintió Adam lleno de satisfacción–. Lo habéis hecho muy bien pero, Eddie, Derek tiene razón.

–No importa, Eddie, tengo coche –intervino Hannah–. Me iré enseguida.

–Bueno, entonces supongo que te veré la semana que viene –contestó Eddie molesto, añadiendo, satisfecho–. ¡En el trabajo! –Bueno –convino Hannah–, pero me temo que no estamos en el mismo equipo. A mí me han asignado el equipo azul.

–Yo estoy en el rojo –afirmó Eddie desilusionado–. Quizá pueda cambiarme.

–Lo siento –intervino Adam–, es imposible. No podéis cambiar de equipo durante los tres meses de prueba. A veces se cambia al pasar al Grado 1, depende.

–Voy a hacerlo lo mejor que pueda –respondió Eddie serio–. Quiero llegar lejos –añadió soltando un hipo y sonrojándose.

–Por ahora basta con que llegues a casa –señaló Derek poniendo un brazo sobre su hombro y obligándolo a salir.

–Se entusiasma demasiado –sonrió Adam sacudiendo la cabeza.

–Y yo –comentó Hannah riendo.

–Lo harás bien –afirmó Adam serio–. Si alguien va a llegar a alguna parte, esa eres tú.

Hannah bajó la vista con modestia. Había llegado el momento de darle las gracias a su profesor y seguir el ejemplo de sus compañeros despidiéndose, pero sus piernas seguían sin funcionar.

–Lo lamento por Jackie y por Anne. Les defraudó mucho no aprobar.

–Siempre pueden volver a intentarlo –contestó Adam poco

conmovido–. Anne necesita más confianza en sí misma, y Jackie… bueno, necesita madurar.

–Christine también ha debido sentirse muy decepcionada. Tenía mucho interés.

–Pues no se ha presentado al examen –se encogió de hombros Adam–. Creo que piensa esperar a que sus hijos crezcan.

–Phil tampoco se ha presentado –añadió Hannah–. ¿Sabes? En cuanto supe que había aprobado corrí a casa a ponerme el uniforme y enseñárselo a mi madre. Estaba orgullosa.

–Debes estarlo –contestó Adam–. Has sido la primera en los test. Felicidades.

–Gracias –dijo Hannah sin poder desviar la mirada de sus ojos. Por fin sus piernas obedecieron y se puso en pie–. Será mejor que me vaya, se está haciendo tarde.

–Sí –confirmó Adam poniéndose también en pie.

Era tarde, no quedaba nadie en el pub. Los empleados limpiaban y recogían. De pronto se hizo el silencio. Hannah estaba en la esquina, y Adam le impedía pasar. Ninguno de los dos se movió.

–Tengo ganas de que llegue el lunes –comentó Adam en voz baja.

–Yo también. ¡El lunes empiezo a trabajar!

–Lo sé –continuó Adam observándola–. Yo también estoy en el equipo azul. Probablemente trabajemos juntos.

Adam sabía perfectamente que irían en la misma ambulancia. Se había ocupado personalmente de organizar los turnos.

–¡Ah! –exclamó Hannah mordiéndose el labio inferior.

–¿Desilusionada? –bromeó Adam.

–No, no es eso –se apresuró ella a contestar.

Adam estaba demasiado cerca de ella. Necesitaba marcharse antes de que él sospechara nada. Su cuerpo accedió a moverse, pero no tuvo éxito. Casi estaba tocándolo.

–Yo… eh… –Hannah tartamudeó y quedó callada.

–Es posible mantener una relación profesional al margen del terreno personal –afirmó Adam con los ojos fijos en ella–. Me gustaría conocerte, Hannah Duncan.

Adam inclinó la cabeza hacia ella. Si se movía un milímetro, él podría considerarlo una invitación. De pronto Hannah sintió que la cabeza se le ladeaba y que los ojos se le cerraban, y segundos después sintió los labios de Adam rozar los suyos. Él volvió a apartarse casi de inmediato. Hannah abrió los ojos y lo encontró sonriendo.

–No estoy muy seguro de poder esperar al lunes –murmuró él–. ¿Quieres salir conmigo mañana por la noche?

–¿Te parece una buena idea? –preguntó Hannah considerando las dificultades potenciales que una relación íntima en el trabajo podía conllevar.

–Creo… –contestó Adam, volviendo a inclinar la cabeza sobre ella– … que es la mejor idea que he tenido nunca.

Aceptar la invitación de Adam había sido, probablemente, la mejor decisión que Hannah había tomado jamás. La idea de volver a verlo el lunes, añadida a los nervios por emprender un nuevo trabajo, la excitaba aún más. Hannah se miró al espejo satisfecha, con el uniforme. Camisa blanca, detalles en azul marino, y una etiqueta en la que se leía «ambulancia» en rojo. Pantalón azul, botas. Hannah se metió un bolígrafo en el bolsillo de la camisa y una linterna, unos guantes y unas tijeras en el cinturón.

Eran las seis de la madrugada, pero no podía esperar. Entró de puntillas en el dormitorio de Heidi y la besó. La niña se estiró. Hannah sintió remordimientos. ¿Hacía bien dedicándose a una vocación que le quitaría tanto tiempo para su hija?

–¿Va todo bien, hija? –preguntó Norma saliendo de su dormitorio–. No te preocupes por Heidi, se queda conmigo. Ya verás cómo le gusta ir a la guardería, la recogeré a la hora de comer. Iremos al parque, a dar de comer a los patos.

–Debería ser yo quien la llevara al parque –comentó Hannah– . Estaba tan ansiosa por comenzar el trabajo que ni siquiera me había dado cuenta de lo culpable que me sentía.

–Estás nerviosa porque sabes que vas a hacer exactamente lo que quieres. Tienes que vivir, Hannah. Tienes mucho que ofrecer, no puedes encerrarte en casa con Heidi. Además, así podré estar con mi nieta. Tú sabes cuánto significa eso para mí.

–No podría trabajar sin ti –afirmó Hannah abrazando a su madre

–Tú también haces cosas por mí –sonrió Norma–. No me había sentido tan viva ni tan necesitada desde que eras pequeña. ¿Quién sabe?, quizá algún día tengas que hacer lo mismo tú por tu hija – comentó Norma–. Aunque en otras circunstancias, espero. ¿Has desayunado?

–No podría comer nada, mamá. Estoy demasiado nerviosa.

–Todo irá bien –volvió a asegurar su madre mientras Hannah recogía el jersey y la chaqueta del uniforme del perchero–. ¿Sabes con quién te toca trabajar hoy?

–Mmm… con Adam, creo.

–¡Vaya! ¿Es el mismo Adam con el que estuviste hasta las tantas el sábado?

–Sí –contestó Hannah abriendo la puerta–. Adiós, mamá. Deséame suerte.

–No te hace falta –sonrió Norma–. Te las arreglas muy bien sola.

Norma no sabía nada. Hannah aparcó el coche en un hueco asignado a los empleados y observó el Jeep estacionado al lado.

Era de Adam. Su gusto refinado la había impresionado. La casa de Adam, situada sobre las colinas dominando el valle de Oriental Bay, tenía vistas espectaculares sobre la ciudad y el puerto. Desde allí habían visto atracar al ferry al ponerse el sol, mientras las luces de la cuidad se iban encendiendo, compitiendo por su atención.

No es que hubieran estado todo el tiempo en la terraza. El hecho de que Adam la hubiera retenido hasta tan tarde el sábado era precisamente lo que la hacía sentirse incómoda. No había esperado conocerlo tan a fondo, tan rápidamente, en la primera cita. Ni jamás habría creído lo maravillosamente bien que se había sentido, lo perfecto que había sido… hacer el amor con él. ¿Cómo trabajar con un hombre que había pasado de ser su profesor a su amante con tanta celeridad? Nada más entrar en el garaje Hannah olvidó sus preocupaciones. Adam estaba de pie, delante de la ambulancia aparcada.

–Ve por un equipo salvavidas, ¿quieres, Hannah? Tenemos un aviso de prioridad 1 y somos la única ambulancia disponible.

Hannah corrió al almacén. Se acordó de meter baterías nuevas y electrodos de repuesto. Adam tenía el motor de la ambulancia encendido cuando volvió.

–Déjalo en el suelo, de momento –ordenó Adam saliendo del garaje.

Adam encendió las luces de emergencia de la ambulancia y

Hannah vio reflejarse el azul y el rojo sobre los cristales de los edificios por los que pasaban. Al llegar a una zona de mucho tráfico Adam encendió la sirena.

–El aviso es en Riverside Drive, número 26 –gritó Adam–. Busca en el mapa y dime la ruta más corta. Creo que cruza con Clarence Road. ¿Lo encuentras?

–No –respondió Hannah, que solo había abierto el mapa por el índice para buscar la localización exacta de la calle.

Hannah levantó la vista y comprobó que circulaban por el carril de sentido contrario mientras los coches que iban en su misma dirección, parados en un semáforo, iban despejando el paso. Al aproximarse a la intersección Adam cambió el tono de la sirena, poniendo uno de pitidos cortos. Hannah buscó en el mapa. Había olvidado los números de referencia. De pronto sintió pánico. Su primera tarea, y fallaba. Segundos después gritó aliviada:

–¡Lo he encontrado! ¿Dónde estamos?

–En Clarence Road.

–Bien… entonces tenemos que torcer en la tercera a la derecha. El

número 26 debe quedar al final de la calle.

Adam apagó la sirena al llegar a Riverside Drive. Apretó el botón del intercomunicador para notificar a la central de que habían llegado a su destino y apagó el motor.

–Se trata de una persona con dolor en el pecho –le informó a

Hannah–. Recoge la botella de oxígeno y tu equipo de primeros auxilios. Yo llevaré el mío.

La puerta de la casa estaba cerrada. Adam llamó y gritó:

–¡Ambulancia!

–Es aquí –gritó una voz desde dentro.

–Puedes encargarte tú, si quieres –comentó Adam mirando a Hannah.

Hannah pasó por delante de Adam y entró en una cocina donde había un hombre sentado. Tenía el rostro gris y una mano sobre el pecho.

–Hola, me llamo Hannah. ¿Cuál es el problema?

–Me duele aquí –contestó el hombre llevándose la mano a la garganta–. Y aquí.

–¿Puede describir el dolor?

–Es como… como si tuviera un camión encima –contestó el hombre con dificultad.

–¿Tiene usted problemas de corazón? –preguntó Hannah observando un medicamento en spray, sobre la mesa, indicado para problemas de corazón.

–Sí, tuve un ataque hace dos años, y desde entonces tengo angina de pecho, pero jamás me había dado tan fuerte.

–Y ese spray de Nitrolingual, ¿le disminuye el dolor? – preguntó Hannah tratando de recordar todos sus conocimientos al respecto.

–Solo al principio. Ahora me duele más que nunca.

–En una escala del 0 al 10, siendo el 10 el dolor más fuerte que haya sentido nunca, ¿qué nota le pondría? –preguntó Hannah respirando hondo mientras Adam iba abriendo la máscara de oxígeno.

Tenía que haber sido ella quien lo hiciera, se reprochó en silencio. Debía haber sacado la máscara mientras hacía preguntas.

–Nueve –dijo el hombre–. No, diez.

–¿Cuándo comenzó?

–Hace una media hora.

–¿Y tenía más síntomas?

–Sí, me sentía enfermo… y comencé a sudar.

El hombre seguía sudando. No tenía buen aspecto. Llevaban en la casa unos minutos, pero Hannah sabía que debía hacer algo más que preguntar. ¿Habría olvidado algo importante?

–¿Quieres sacar los electrodos, Hannah, por favor? –sugirió Adam con calma mientras le ponía la máscara de oxígeno al paciente–.

¿Cuánto tiempo hace que utilizó usted el spray por última vez?

–Justo antes de que ustedes llegaran.

–¿Suele utilizar este medicamento, señor Crombie? –volvió a preguntar Adam tomando el spray de la mesa y leyendo el nombre del paciente en la etiqueta.

Hannah trató de desenredar los cables de los electrodos. ¿Cómo no se le había ocurrido mirar el nombre del paciente en el spray? Eso por no mencionar que había olvidado preguntarle por sus medicamentos habituales. Incluso había olvidado presentarle a Adam. Había demasiadas cosas que recordar.

–Voy a ponerle estos adhesivos, señor Crombie –afirmó Hannah–. Así podremos ver cómo se porta su corazón.

Hannah se concentró en la tarea. El electrodo blanco iba a la derecha, justo debajo del cuello. El negro a la izquierda, y el rojo a la izquierda también, pero debajo. Hannah buscó entonces el equipo de primeros auxilios. Adam estaba abriendo el suyo.

–Voy a ponerle una inyección, señor Crombie –comentó Adam–. Así podremos combatir el dolor. Hannah, ¿quieres tomarle la presión sanguínea, por favor?

–Claro –contestó ella, contenta de seguir órdenes.

–¿Has comprobado el ritmo cardíaco? –preguntó Adam con toda naturalidad, como si aquello no fuera una emergencia.

Hannah se mordió el labio inferior vacilante. ¿Se trataba de una taquicardia ventricular, o de fibrilación? Ninguna de las dos cosas era buena, pero la fibrilación estaba a un paso del coma. La curva de la pantalla era demasiado regular para que se tratara de eso.

–¿Es una TV? –preguntó Hannah omitiendo las palabras «taquicardia ventricular» para no asustar al paciente.

–Sí –contestó Adam–. Voy a ponerle morfina y lignocaína. ¿Qué tal se encuentra ahora, señor Crombie?

–No demasiado bien.

–¿Siente mareos?

–Un poco.

–La presión es de noventa y cinco sobre sesenta –informó Hannah. No era de extrañar que el paciente se mareara–. ¿Quieres que traiga la camilla?

–Sí, gracias –contestó Adam mientras le inyectaba.

Le costó sacar la camilla sola de la ambulancia. Cuando llegó con ella a la cocina, Adam le administraba una segunda dosis de lignocaína y la pantalla marcaba un ritmo cardíaco regular. El riesgo, sin embargo, era aún importante. Adam parecía apurado por llevar al paciente a un hospital. Colocaron al señor Crombie sobre la camilla y Hannah recogió el equipo y lo cargó en la ambulancia.

Hannah se sentó atrás con el enfermo, vigilando los monitores que

indicaban la situación del paciente y rellenando los documentos necesarios. Al llegar al hospital los médicos de urgencias se hicieron cargo del señor Crombie. Adam revisó los papeles y rellenó muchos huecos sin contestar.

–Tienes que adjuntar un diagrama del ritmo cardíaco – informó Adam–. ¿Reconoces las irregularidades de la curva?

–No estoy segura –confesó Hannah.

Adam le explicó el diagrama y Hannah lo estudió mientras él consignaba las cantidades de cada medicamento que le había inyectado. Luego firmó.

–Tienes que indicar cuántos litros de oxígeno le has administrado – señaló Adam–. E indicar el tamaño de la cánula. Aquí.

–¿Era de dieciocho?

–No, de dieciséis –la corrigió Adam–. ¿Has señalado en tu intercomunicador las horas?

–Ni siquiera me he acordado de encenderlo –contestó Hannah de mal humor–. Lo siento.

–No te disculpes, lo has hecho muy bien –contestó Adam quitándose su propio intercomunicador, enganchado al cinturón, para darle la información y terminar de rellenar los papeles.

Tenían que indicar la hora en la que se había recibido el aviso, la hora de llegada a escena y la hora de llegada al hospital.

–Ahora son las siete de la mañana –continuó Adam sonriendo–. Comienza tu primer día de trabajo. Buenos días. Debo añadir que me alegro muchísimo de verte, Hannah.

Hannah sonrió y apartó la vista. Mientras trabajaba, había olvidado la relación íntima que mantenía con su compañero. De pronto sus relaciones personales se ponían de relieve. Quizá, si pudiera olvidarlo de nuevo, se le haría más fácil de lo que había supuesto.

–Puede que nos dé tiempo a tomar un café antes del próximo aviso –sugirió Adam. Instantes después sonó de nuevo el intercomunicador–. Creo que me he precipitado. Es otro aviso de prioridad 1. Dificultades respiratorias. Vamos.

Adam subió la camilla a la ambulancia. Hannah montó en el vehículo. El nuevo paciente resultó ser una mujer de la edad de Hannah, más o menos. Adam le indicó cómo debía respirar y serenarse y los síntomas fueron cediendo paulatinamente.

–Tenía las manos paralizadas, los labios hinchados –se disculpó la mujer asustada.

–¿Y qué tal se encuentra ahora? –preguntó Adam.

–Como una tonta –contestó la mujer violenta–. No deberíamos haber llamado, pero Joe se asustó.

El marido había estado observando la escena con un niño en

pijama en brazos.

–Toda la culpa es tuya, no deberías haberte puesto tan nerviosa –le reprochó mientras el niño se echaba a llorar, deseoso de ir en brazos de su madre.

–Ya pasó todo, cariño –lo serenó la mujer sentándolo en su regazo–. Mamá ya está bien.

–Sí, pero ¿cuánto durará? –intervino el marido disgustado–. Cath comienza hoy a trabajar en un nuevo empleo –continuó dirigiéndose a Adam y a Hannah–. Y no creo que pueda con todo.

Hannah sonrió comprensiva. Conocía bien los nervios del primer día.

–No es por el empleo, Joe. Estoy preocupada porque tengo que dejar a Peter en la guardería, y tú lo sabes muy bien –señaló la paciente en tono de reproche–. No creo que le guste.

Adam se encogió de hombros y comenzó a rellanar los papeles.

–Sí, y tú sabes que no podríamos pagar la hipoteca si no vuelves a trabajar –contestó Joe de mal humor–. No fue idea mía que te quedaras embarazada.

El niño se echó de nuevo a llorar al oír los gritos del padre. Hannah observó que Adam estaba tenso, por mucho que lo disimulara.

–Necesito que firme aquí, señora Harvey –pidió Adam–. Es para notificar que atendimos su llamada, pero no fue necesario el traslado al hospital.

Cuando el formulario estuvo completo, Adam se despidió.

–Siento mucho haberles hecho venir –se disculpó la mujer–. Les aseguro que no fue idea mía.

Hannah siguió a Adam hacia la puerta. Podía escuchar los gritos detrás de ella:

–Y supongo que tampoco fue idea tuya quedarte embarazada, ¿no?

–Pues no se puede decir que tú no colaboraras –contestó a gritos la mujer–. ¡Por el amor de Dios, Joe…! ¿Es que no ves cuánto le afectan a Peter los gritos?

Adam cerró la puerta de la casa y musitó:

–Familias felices.

–A veces es difícil –contestó Hannah subiendo al coche–. Es difícil compaginar la maternidad y el trabajo.

–No lo sé –contestó Adam serio–. Y, desde luego, no tengo intención de descubrirlo. ¿Te imaginas todas las mañanas así? –preguntó presionando el intercomunicador–. Unidad 241 a Control.

–Adelante, 241 –respondieron inmediatamente.

–No ha sido necesario el traslado al hospital –informó Adam–. Estamos disponibles, en Cranford Crescent.

–Roger. Volved a la central, 241.

–Bien –contestó Adam volviendo a colocar el micrófono en su

sitio–. Quizá ahora podamos tomar café.

Hannah observó el edificio de la central de ambulancias, en el centro de Newtown, un barrio nuevo de las afueras cercano al hospital. De modo que Adam no tenía intención de averiguar cómo era la vida de una madre trabajadora. ¿Qué diría si conociera la existencia de Heidi? Hannah no pretendía ocultar una parte tan importante de su vida pero, ¿deseaba terminar con aquella relación recién iniciada? La respuesta era un no rotundo, comprendió mientras sentía que se le hacía un nudo en el estómago. Quizá, sencillamente, a Adam no le gustaran los lunes. O quizá no le gustara el bullicio de los niños. O ser testigo de una disputa matrimonial. Aún tenía mucho que aprender acerca de Adam. Y, a la inversa, él también tenía mucho que aprender de ella.

Al final de aquel primer día Hannah quedó agotada. Era muy diferente de trabajar haciendo prácticas, como mero observador. La gente esperaba mucho de ellos, y eso suponía una enorme responsabilidad. Aquel había sido un día lleno de incidentes, solo habían descansado para comer. Los avisos habían sido múltiples y variados.

Hannah había cometido una serie de errores de menor importancia, pero Adam se había mostrado paciente con ella. La había animado, y ella soñaba con llegar a hacer bien el trabajo algún día.

–Vamos a tomar una copa –sugirió Adam al terminar el turno, tras recoger y limpiar la ambulancia–. Celebremos que has sobrevivido a tu primer día.

–No puedo –se disculpó Hannah, ansiosa por ver si en casa todo había ido bien–. Esta noche no.

–¿Es que tienes una cita? –preguntó Adam decepcionado.

–Claro que no –contestó Hannah–. Ya te he dicho que no salgo con nadie.

–Sí, solo quería cerciorarme –sonrió Adam–. Me has dado un susto. No me gustaría pensar que lo del sábado no va a volver a repetirse.

–No es eso, es que… estoy cansada –contestó Hannah–. Y mañana hay que levantarse pronto.

–Sí, muy pronto. Creo que te toca ir con Tom.

–Ah –contestó Hannah desilusionada.

–Quizá podamos citarnos este fin de semana –sugirió Adam sonriendo.

–Sí, es una buena idea.

–Sí, eso creo yo –continuó Adam inclinándose hacia ella sin tocarla–. Creo que es la segunda mejor idea que he tenido nunca.

–¿Y cuál fue la primera?

–La que tuve la noche del sábado, por supuesto.

Ambos sonrieron. No hacía falta hacer preguntas. Aquella sonrisa

prometía una nueva experiencia en común que no desmerecía de la primera.

Y no desmereció. Hannah y Adam comprendieron, durante la noche de su segunda cita en casa de él, la importancia de aquella nueva relación que acababan de comenzar. Durante aquel segundo fin de semana la vida de Hannah pareció cobrar nueva vida. Había tres aspectos nuevos que la llenaban: la casa, el trabajo y… Adam.

La casa no era un problema. Heidi apenas se daba cuenta de que Hannah estuviera ausente. Y, si se daba cuenta, Hannah se lo compensaba haciendo que el tiempo que estuvieran juntas fuera muy especial. El trabajo iba siendo cada día más sencillo y llevadero. Al final de la tercera serie de turnos, Hannah se había familiarizado con los equipos y protocolos. Se había ganado una buena reputación en el equipo azul. Se decía de ella que aprendía deprisa, que era más competente que la mayor parte de la gente en ese estado de aprendizaje y que siempre estaba dispuesta a ayudar.

Derek, el ex policía de su promoción, estaba también en el equipo azul. Y también se estaba haciendo popular. Ambos charlaron y estuvieron de acuerdo en que les gustaba el trabajo, en que se les hacía más fácil de día en día.

A lo que Hannah, en cambio, no estaba acostumbrada, era a estar de nuevo enamorada. Había vuelto a trabajar con Adam solo una vez más, pero a menudo se encontraban. Durante los turnos nocturnos el personal charlaba largamente, tomando café. Después de medianoche, se les permitía acostarse en habitaciones preparadas, si no había avisos. Hannah y Adam apenas usaron esos dormitorios.

Era extraño, pero, hasta el momento, les había sido fácil mantener oculta su relación ante los demás. Hannah se llevaba bien con todo el mundo, y si Adam se acercaba demasiado a ella, nadie parecía darse cuenta. Hannah no ponía en cuestión las razones que pudiera tener Adam para mantener en secreto su relación. Ella hacía lo mismo e, incluso, en mayor medida, al no hablar de su vida en casa con él. Eso hacía más fácil el trabajo. Quizá Adam opinara lo mismo que ella, que su relación era demasiado nueva y preciosa como para airearla, de momento, entre los demás.

La única persona a la que no podía ocultar lo que sucedía era a su madre. Una tarde de sábado, al final de la tercera semana de trabajo, Norma se sentó junto a su hija. Hannah había hecho un turno la noche anterior, y se había quedado dormida hasta muy tarde. Hacía sol, de modo que salieron a pasear al jardín botánico. Ambas charlaron mientras observaban a Heidi jugar.

–Estás más feliz que nunca, cariño –comentó Norma.

–Soy feliz, mamá –sonrió Hannah–. Casi hasta me da miedo.

–¿Por qué?

–Porque es tan maravilloso, que es imposible que sea cierto. No puede durar.

–Por supuesto que puede durar, incluso puede mejorar.

–¿Te parece? –preguntó Hannah mordiéndose el labio inferior–. Yo me conformaría con que todo siguiera tal y como está.

–No es solo por tu nuevo empleo, ¿verdad?

–No –respondió Hannah observando a su hija que se acercaba.

–¡Mira, mamá!

–Ya lo veo, cariño. ¿Es para mí? ¡Qué hoja tan bonita! – exclamó inclinándose para besar a su hija–. Ve a ver si encuentras otra igual.

–Entonces, ¿cuándo voy a conocer a ese tal Adam? – preguntó Norma.

–No lo sé, mamá. Hay un problema.

–¿Cuál? –preguntó Norma perpleja.

–Adam no sabe nada de Heidi –contestó suspirando.

–Oh… y… ¿hay alguna razón en particular por la que no quieras decirle nada?

–Mmm –asintió Hannah. No deseaba hablar de ello, pero tampoco podía seguir ignorándolo eternamente–. ¿Recuerdas que te hablé de Christine? Estaba convencida de que a Adam no le gustaban las madres trabajadoras. Según decía, las responsabilidades familiares interferirían en el trabajo. Por eso es por lo que no le he dicho a nadie que tengo una hija. Pensé que sería un riesgo a la hora de conseguir el empleo como oficial de ambulancia.

–Pero ahora ya tienes el empleo –objetó Norma.

–Lo sé, pero ahora tengo otra razón para no decírselo.

–¿Cuál?

–Que Adam detesta a los niños.

–¿Te lo ha dicho él? –preguntó Norma incrédula.

–No, me lo dijo Tom. Tom y yo atendimos una urgencia, y Adam vino a echarnos una mano. Teníamos que trasladar a una madre al hospital. No estaba tan grave, pero Adam se negó a que su hija fuera con ella. Era una niña de la edad de Heidi, y estaba realmente desconsolada ante la idea de que la separaran de su madre. Yo le pregunté a Tom por qué no podía ir, y Tom me contestó que Adam detestaba a los niños. Siempre bromean a propósito de ese tema en la central.

–¿Y crees que es cierto? –preguntó Norma.

–No estoy segura –confesó Hannah–. En realidad había tres niños, eran demasiados para llevarlos a todos en la ambulancia. Pero hay más indicios.

–¿Cuáles?

Hannah recordó el caso de la disputa matrimonial, pero se encogió de hombros y no se lo contó a Norma.

–Pues, no lo sé, mamá. Es solo una intuición, en realidad. Adam hace muchas bromas a propósito de los niños, los llama ratas de alfombra y siempre hace mucho teatro cuando el aviso es pediátrico. Si no los detesta, desde luego finge muy bien.

Heidi volvía en ese momento con un puñado de hojas.

–¡Hola, Nana! ¡Mira, mami! Tengo muchas hojas.

–¿Quieres ir a columpiarte antes de volver a casa, cariño? –le preguntó Hannah sentándola en su regazo.

–¡Sí! –exclamó la niña levantándose de golpe y tirando las hojas–. ¡Vamos al columpio!

–¿Vas en serio con Adam? –preguntó Norma.

–Sí, mamá. Voy en serio, por eso me da miedo de que se eche a perder.

Hannah llevó a Heidi a los columpios y la subió sobre uno de ellos. La niña comenzó a gritar entusiasmada. Norma se había acercado también. Hannah empujaba el columpio una y otra vez.

–Jamás pensé que volvería a sentirme así, mamá. Quizá lo haya olvidado, pero no recuerdo haber sentido lo mismo con Ben. No estaba tan entusiasmada.

–Pues tendrás que decirle la verdad, antes o después.

–Sí, eso trato de hacer.

–¿No te ha preguntado él por qué no lo invitas a casa? – volvió a preguntar Norma.

–Le dije que vivía con mi madre, que está enferma y tiene muy mal carácter.

–Muchas gracias –rio Norma–. Esa no es la mejor manera de comenzar una relación, ¿sabes, cariño? Me refiero al hecho de no ser sincera. No está bien, si quieres que sea una relación profunda.

–Quiero, mamá –contestó Hannah deteniendo el columpio y preguntando–: ¿Quieres bajar?

–¡No, colúmpiame más! –contestó Heidi contenta.

Hannah sonrió y siguió empujando.

–¿Y crees que Adam quiere lo mismo? –preguntó Norma. –Eso espero. Anoche me dijo que me quería, y no era la primera vez –confesó Hannah ruborizada–. Sí fue la primera vez, sin embargo, que yo le contesté que yo también.

–Cuanto más tardes en decírselo –aseguró Norma preocupada–, peor. Más difícil te será.

–Lo sé –suspiró Hannah–. No te preocupes, lo tengo todo planeado. El jueves que viene, en el turno de día, me toca ir en la ambulancia con él. Entonces se lo diré.

–Si te quiere, no le importará –aseguró Norma sonriendo mientras

Hannah sacaba a Heidi del columpio–. Todo el mundo adora a Heidi.

–Quizá deba presentársela antes de decirle nada –sugirió Hannah.

–No te lo recomiendo. Es mejor que se haga a la idea primero.

–Pues espero que no le cueste mucho hacerse a la idea.

–Bueno, tú díselo.

–Lo haré –prometió Hannah–. El jueves por la mañana, será lo primero que haga.

Capítulo 4

Aquel jueves por la mañana, sin embargo, Hannah no tuvo oportunidad de contarle nada a Adam. Nada más llegar a la central había un aviso de prioridad 1. Se trataba de un dolor de pecho. Al llegar, encontraron al paciente tirado en el suelo. Una mujer se arrodillaba a su lado, llorando histérica.

–¿Qué ha ocurrido? –preguntó Adam.

–Hola, ¿me oye? –preguntó Hannah sacudiéndolo por los hombros.

–Dijo que le dolía el pecho –explicó la mujer a Adam–, y luego cayó redondo al suelo.

Hannah comprobó que el hombre no tuviera obturada la garganta y puso una mano sobre su abdomen.

–No responde, no respira –le informó a Adam tensa.

–¡Dios mío, está muerto!, ¿verdad? –gritó la mujer–. ¿Pueden hacer algo?

Adam abrió el equipo de primeros auxilios y Hannah sacó la mascarilla de oxígeno. Se la colocó y apretó la perilla para llenarle de aire los pulmones. Adam le rasgó la chaqueta del pijama. La mujer dio un paso atrás, gritando horrorizada.

–¿Es su marido? –preguntó Adam. La mujer asintió–. ¿Ha tenido problemas cardíacos alguna vez?

–No.

–No tiene pulso –informó Hannah sentándose sobre sus rodillas, con la cabeza del paciente entre las piernas, para comenzar a presionarle el pecho.

Hannah se lo oprimió quince veces y se retiró. Conectó el cilindro del oxígeno a la mascarilla encendiéndolo a plena potencia y volvió a colocarle la mascarilla. Adam, mientras tanto, preparó los electrodos y encendió el monitor. –Espera, no le oprimas el pecho aún –ordenó.

Ambos observaron la pantalla. La curva había variado con la opresión. Había que esperar la respuesta.

–Fibrilación ventricular –murmuró Hannah, interpretando la curva enseguida.

–Sí –asintió Adam–. Sigue con la respiración.

Adam colocó los electrodos en el paciente y preguntó:

–¿Lista?

Hannah se retiró para no tocar al paciente con las rodillas y contestó:

–Lista.

Al recibir el shock, el paciente se sacudió. La curva de la pantalla, sin embargo, permaneció inmóvil.

–Sigue oprimiendo –ordenó Adam–. Yo recargaré mientras tanto.

El nuevo shock, de doscientos julios, no alteró la situación.

–Recargando a tres sesenta –dijo Adam–. Lo entubaremos y llamaremos para que vengan a ayudarnos.

Hannah asintió. Seguía oprimiendo el pecho del paciente, estaba sudando. Era una tarea dura, pero debía seguir haciéndolo hasta que Adam consiguiera que respirara, entubándolo o administrándole algún medicamento.

–Deja de oprimirlo. Apártate –ordenó Adam–. ¿Lista?

–Lista.

La sacudida del paciente horrorizó a la mujer, que gritó. Adam levantó la vista.

–Hacemos todo lo que podemos –aseguró mirándola–. Voy a meterle un tubo por la garganta para asegurarnos de que le llega el aire.

Hannah estaba a punto de oprimirle de nuevo el pecho cuando miró la pantalla y se dio cuenta de que el paciente reaccionaba.

–Mira, Adam.

–Sí, ha recuperado el pulso –añadió él tomándoselo en la nuca, satisfecho.

El paciente respiró por fin espontáneamente. Adam y Hannah se miraron. Aquel era su primer éxito, y el rostro de Hannah debía expresar vivamente la satisfacción. Adam sonrió. La respiración del enfermo fue haciéndose cada vez más regular. Hannah le quitó la máscara de oxígeno. El paciente gimió y se movió.

–Ponle otra vez la máscara, por si acaso –ordenó Adam–. Hay que asegurarse de que no deje de respirar.

Hannah le colocó la máscara y le pasó a Adam la jeringuilla intravenosa. Por primera vez llevaba a cabo su tarea con prontitud, sin fallar. Estaba eufórica. Rellenaron los papeles y trasladaron al enfermo a la camilla. Para entonces, había recuperado ya la conciencia y fue capaz de contestar a las preguntas de Adam.

–Solo tiene treinta y cinco años –comentó Hannah una vez que llegaron al hospital–, y siempre ha estado bien de salud. Ni siquiera fuma.

–Sí, no hay señal de que haya sufrido ningún infarto anteriormente –musitó Adam–. Puede que se trate solo de un fallo respiratorio. Luego iremos a preguntar.

–¿Crees que se pondrá bien? –preguntó Hannah con ansiedad–. Es tan joven.

–Me alegro de que pienses así, porque yo también tengo treinta y cinco años –sonrió Adam.

–Es mi primer éxito. Hemos logrado resucitarlo.

–Felicidades –contestó Adam sin dejar de sonreír–. Acabas de

salvar tu primera vida –añadió orgulloso de ella.

Hannah limpió y recogió la ambulancia y se sentó delante, en el asiento del copiloto, a esperar a Adam. Él seguía en urgencias, hablando por el transmisor con la central.

–Tenemos que ir al aeropuerto. Hay que recoger una carga para un trasplante. De médula espinal.

–¿Sin prisas? –preguntó Hannah.

–Sí –asintió Adam.

Aquel trabajo era todo lo contrario del anterior. Podían ir despacio, no salvarían más vidas aquella mañana.

–Me encanta este trabajo –comentó Hannah de camino al aeropuerto–. Nunca sabes qué va a suceder.

–Sí, la vida está llena de sorpresas –convino Adam.

Hannah se mordió el labio inferior. Ella también tenía una sorpresa que darle, y aquel era tan buen momento como cualquier otro. Tragó nerviosa y sintió que el pulso se le aceleraba. Hubiera deseado haberle contado lo de Heidi semanas atrás. Quizá entonces hubiera sido solo una sorpresa desagradable, en ese momento sería un shock. Y tenía mucho más que perder. Hannah era perfectamente consciente de sus sentimientos hacia Adam. Trató de armarse de coraje. Cuanto más lo retrasara, más difícil sería.

–¿Eh! –exclamó Adam tocándole el brazo–. ¡Que acabas de salvar una vida!

–Ayudé a salvarla –lo corrigió Hannah–. La salvamos entre los dos.

–Así es –confirmó Adam volviendo la vista hacia ella–. Somos un equipo excelente.

–Desde luego.

Por un momento Hannah se dejó llevar por la satisfacción, regodeándose en la cálida mirada de Adam. Incitaba en ella algo más que deseo. Algo más, incluso, que amor. Hannah deseaba compartir con él toda la felicidad que pudiera depararle la vida. Adam volvió la vista hacia la carretera. Entraban en el túnel Mount Victoria.

–¿Sabes lo que le ocurrió a Eddie anoche? –preguntó Adam.

–No –contestó Hannah concediéndose un respiro, un instante de conversación, antes de contarle a Adam nada–. ¿Qué le ocurrió?

–Que se rompió la pierna.

–¿Cómo?

–Se cayó de la parte de atrás de la ambulancia –explicó Adam con una sonrisa perversa–. Según parece, tenía tanta prisa por salir y atender a un aviso de prioridad 1 que, al abrir la puerta, tropezó.

–¡Dios! ¡Pobre Eddie! –exclamó Hannah sin poder evitar sonreír.

–Una fractura muy fea –añadió Adam serio–. En el fémur, por el centro.

–¿Y con quién iba?

–Con Gary. Tuvo que pedir refuerzos y atender a Eddie. Creo que Eddie no podrá volver al trabajo en un par de meses.

–¿Y el paciente?

–No era grave, gracias a Dios –explicó Adam–. Al final había tres ambulancias en la escena, y mucha gente curioseando.

–Eddie debe estar muy contrariado. Se perderá parte del entrenamiento, y está tan decidido a llegar lejos…

–Pues por el momento tendrá que ir despacio. Estará escayolado durante semanas.

–¿Qué tal le va a Michael? –preguntó Hannah, que había visto poco a sus compañeros de clase.

–Discutió con su compañero, Jim Melton. Michael estaba convencido de saber qué le ocurría al paciente, y según parece no estaban de acuerdo.

–¿Vaya! –exclamó Hannah–. ¿Qué ocurrió?

Adam terminó de contarle la historia de lo sucedido mientras se dirigían al aeropuerto. Un policía de seguridad los saludó y los dejó pasar.

–Justo a tiempo –comentó Adam contento–. Creía que tendríamos que esperar al menos media hora a que aterrizara el avión.

Hannah también lo esperaba. Tenía pensado aprovechar el rato para hablarle de Heidi, pero según parecía había perdido la oportunidad. Y era poco probable que se le presentara otra.

Tardaron más de dos horas en toda la operación, y cuando terminaron recibieron un nuevo aviso. Adam fue el primero en leer el mensaje.

–Prioridad dos –anunció, añadiendo con disgusto–: Se trata de una guardería. Agárrate. Seguramente se trate de una de esas ratas de alfombra.

Hannah no contestó. En lugar de ello, apretó los dientes. Un poco más, y sería imposible contarle nada sobre Heidi. Hannah leyó la dirección del aviso en el intercomunicador. Adam activó las luces de emergencia.

–¿Es en Rupert Bear’s Pre-school? –exclamó Hannah segundos más tarde.

–Ya te lo he dicho –contestó Adam sonriendo–. Debe ser un niño y, teniendo en cuenta que es una guardería, será serio.

–¿Por qué lo dices? –preguntó Hannah atemorizada.

Heidi asistía al Rupert Bear’s Pre-school, y probablemente estuviese allí en ese momento, porque aún faltaba tiempo para la hora de comer.

–Porque apenas hay medidas de seguridad en las guarderías –explicó Adam con desagrado–. Personalmente, yo no dejaría en ellas ni a un perro.

Hannah se retorció las manos y apretó los dientes. Jamás debía haber aceptado ese trabajo. Hubiera debido quedarse en casa, cuidando de su hija como había hecho durante los dos primeros años de su vida. ¿Y si era Heidi la herida? Hannah cerró los ojos por un momento, tratando de serenarse.

Lo que había dicho Adam sobre las medidas de seguridad no era cierto. Hannah y Norma habían puesto especial atención a ese tema cuando visitaron unas cuantas en la ciudad. La Rupert Bear's era una buena guardería. Las empleadas eran casi todas madres, y Hannah no había dudado en confiarles a su hija. De pronto oyó a Adam gritando.

–¡Vamos, despierta! ¡Necesito la dirección!

–No hace falta que la busque, sé dónde está –afirmó Hannah–. Tuerce a la izquierda en el siguiente semáforo.

–Gracias –contestó Adam sarcástico.

Adam estaba de mal humor, pero pronto lo estaría más aún. La mera idea de estar rodeado de niños lo desagradaba. Hannah se sentía incapaz de pensar en ese momento en las consecuencias que podría tener hablarle de Heidi. Estaba demasiado preocupada por su hija.

Cheryl, la directora de Rupert Bear's, los esperaba en la puerta.

–¡Gracias a Dios que han llegado! Por aquí, es uno de los niños.

–¿Quién? –preguntó Hannah saliendo del vehículo.

–¿Qué ha ocurrido exactamente? –preguntó Adam al mismo tiempo.

Cheryl los miró a ambos alternativamente, preguntándose a cuál contestar primero. Y enseguida reconoció a Hannah.

–¡Dios mío, pero si eres tú, Hannah! –sonrió la directora–. Casi no te reconozco con el uniforme.

–¿Cuál es el problema, señora? –preguntó Adam bruscamente.

–Es Shane. Tiene tres años –explicó Cheryl. Hannah respiró aliviada–. Se cayó de la cama y aterrizó con las manos. Quizá se haya roto la clavícula. Normalmente llevamos a los niños al hospital o llamamos a un médico, pero el pobre chico no hace más que quejarse. Por eso pensé que necesitábamos ayuda.

Mientras hablaba, Cheryl se dirigía hacia la puerta. Hannah caminaba aprisa a su lado. Casi habían entrado cuando llegó Adam. Iba muy despacio, y su falta de preocupación molestó a Hannah. Al menos había recordado recoger el equipo.

Shane estaba en brazos de Megan, una monitora. Le acariciaba el pelo y trataba de calmarlo, pero el niño no paraba de llorar. Adam se agachó.

–Eh, Shane, yo soy Adam –dijo alegremente.

Shane volvió la cabeza por encima del hombro de Megan. El movimiento le arrancó de nuevo el llanto, y Adam pareció alegrarse de no tener que preguntarle nada más.

–Quítale el jersey, Hannah. Utiliza las tijeras. Vamos a ver qué tenemos aquí.

Hannah sacó las tijeras del cinturón. No quería romperle el jersey, sabía lo orgulloso que estaba Shane de él. Su madre le había cosido un dibujo de los teletubby. Hannah se puso nerviosa y miró a su alrededor. Entonces vio la cantidad de madres, niños y profesores que los observaban. Muchas madres habían llegado a recoger a sus hijos para comer. Las empleadas comenzaron a repartir el almuerzo tratando de despejar la zona. Heidi y Norma no estaban entre ellos. Quizá se hubieran ido ya.

Adam se aclaró la garganta impaciente, esperando a que Hannah cortara el jersey. Tras aquella vacilante pausa, Hannah se puso a la tarea. Le cortó la manga del jersey y de la camiseta que llevaba debajo. Adam se apresuró a examinar al chico.

–Se ha roto la clavícula –afirmó convencido–, pero me preocupa más el codo.

Hannah observó la protuberancia del brazo de Shane. ¿Tenía el brazo roto, o solo dislocado? Adam lo palpó tratando de sentir el radio, pero Shane gritó y apartó el brazo.

–Hay que ponerle una intravenosa y darle algo para el dolor –declaró Adam con calma, volviéndose hacia Cheryl–. ¿Puede ayudarnos a sujetarlo, por favor? Tenemos que darle la vuelta. Hannah, agárralo con fuerza para que le coloque el brazo en su sitio. No le va a gustar, pero se pondrá contento cuando le demos un analgésico.

Hannah se echó a temblar. Adam le colocó el brazo en su sitio en un tiempo récord. Luego se lo vendó y le dio un sedante. Shane dejó de llorar. Estaba medio dormido, en brazos de Cheryl. –Quiero que venga mamá –dijo el niño.

–Lo sé –murmuró Cheryl besándolo–. Mamá nos estará esperando en el hospital. ¿Quiere que lo lleve fuera? –preguntó dirigiéndose a Adam.

–¿Va a venir usted con nosotros?

–Por supuesto. No puedo dejarlo en manos de extraños. Apenas conoce a Hannah, y además, con uniforme, no la reconoce.

–¿En serio? –preguntó Adam guardando su equipo.

–Ven conmigo –intervino Hannah tratando de distraer a la mujer–. Te prepararé un lugar para que te sientes y puedas llevar en brazos a Shane.

Muchos niños habían terminado de comer y estaban fuera, jugando. Hannah dejó a Cheryl en la camilla y salió de la ambulancia para recoger el escalón de subida. De pronto una de las niñas que se marchaba a casa se soltó de la mujer que la acompañaba y gritó:

–¡Mami!

Era un grito de júbilo. El rostro de Heidi mostraba una enorme sonrisa mientras se dirigía hacia ella. Hannah esperó a su hija, y enseguida Norma las alcanzó. Adam también llegó en ese momento.

–¡Dios mío! –exclamó Norma–, pero si no te había reconocido.

–Sí, creía que os habíais marchado a casa –contestó Hannah desesperada, soltando a Heidi–. Ahora tengo que irme.

–¡Yo voy contigo, mami! –gritó Heidi abriendo enormemente los ojos.

–No, cariño. Lo siento, pero tienes que ir a casa con Nanna.

Adam no apartaba los ojos de Heidi. La miraba como si se tratara de un animal salvaje horripilante. Norma y Hannah intercambiaron miradas cómplices.

–Mamá, este es Adam Lewis –lo presentó Hannah.

–Hola, Adam –sonrió Norma amistosamente–. He oído hablar de ti.

–Es mi madre, Adam –continuó Hannah–. Norma Duncan.

–Hola, Norma –contestó Adam atónito–. Yo también he oído hablar de ti. ¿Qué tal la artritis?

–Mmm…. –Norma miró a Hannah sin saber qué decir.

–Luego nos vemos, mamá –se apresuró a decir Hannah, interrumpiendo el violento silencio–. Ahora tenemos que llevar a Shane a urgencias.

Norma recogió a Heidi. Adam hizo un gesto breve y cortés con la cabeza y pasó por delante de ella. Heidi sonreía. Y les decía adiós con la mano.

–Adiós, mamá.

–Adiós, cariño.

Hannah cerró las puertas de la ambulancia y se sentó detrás, con Shane y Cheryl. Adam arrancó. Hannah observó su rostro por el retrovisor. Jamás lo había visto tan serio. Suspiró, y comenzó a rellenar el formulario.

–Cuéntame otra vez lo sucedido, Cheryl.

Al llegar a urgencias, Hannah fue la encargada de entregar el informe.

–Se llama Shane Davidson, y tiene tres años. Se cayó de la cama, que está a unos quince centímetros de alto, y aterrizó sobre la mano derecha. Tiene fracturada la clavícula, y el brazo derecho o bien fracturado o bien dislocado.

La enfermera que había ido tomando nota saludó al niño:

–Hola, cariño. Tu mamá te está esperando. Vendrá enseguida.

–Le hemos puesto 1,5 miligramos de morfina y ha surtido efecto –añadió Hannah tendiéndole el informe.

–Gracias, mandaré a alguien a buscar a su madre.

–Yo iré –se ofreció Hannah–. La conozco.

Natasha Dawson caminaba nerviosa de un lado a otro. Hannah

sonrió.

–Shane está bien, Natasha. Ahora está dormido. Se alegrará mucho de verte –añadió indicándole el camino.

–Sabía que ocurriría algo así –suspiró Natasha–. Estaba a punto de cerrar un trato para vender una casa cuando me llamaron, y te aseguro que a mis clientes no les ha gustado nada que saliera corriendo. Si pierdo esta venta, mi jefe se enfadará, pero, ¿qué podía hacer? Shane es mucho más importante para mí.

–Por supuesto, yo habría hecho exactamente lo mismo – convino Hannah.

–Yo no necesito trabajar –confesó Natasha–. No necesito el dinero, quiero decir. Pero me encanta mi trabajo. Si tuviera que quedarme en casa, sería muy desgraciada, ¿y en qué clase de madre me convertiría entonces? –Hannah asintió–. Además, a Shane le encanta ir a la guardería. Es hijo único, y le gusta mucho estar con otros niños.

–El accidente podría haber ocurrido en casa –afirmó Hannah poniendo una mano sobre su hombro–. No necesitas justificarte, nadie te acusa de ser una mala madre.

Excepto, quizá, Adam Lewis, pensó Hannah.

Hannah esperaba que hablaran del tema en cuanto estuvieran solos, pero Adam no dijo nada. En lugar de ello condujo en silencio hasta recibir un nuevo aviso. Era un caso de poca gravedad, un traslado de un anciano de una residencia a un hospital. Hannah buscó la dirección en el mapa.

–Sé dónde está –dijo Adam–. He ido miles de veces.

–Pues yo no, y me gusta saber a dónde voy. Es bueno practicar.

Adam no respondió. Hannah observó su perfil durante unos segundos. Estaba tenso. Y era evidente que estaba demasiado enfadado como para hablar. Tendría que esperar a que él decidiera el momento. Suspiró, y miró hacia la carretera.

De camino al siguiente aviso, Adam seguía sin hablar. Cuando finalmente llegaron a la central, él desapareció en el almacén. Hannah sabía que debía ayudarlo a reponer todo lo necesario en la ambulancia, pero no deseaba encerrarse con él en una habitación tan pequeña donde podía interrumpirlos cualquiera. Aquel no era el lugar más adecuado para discutir. De todos modos, había que cambiar el cilindro de oxígeno, así que Hannah se puso a la tarea. Cuando terminó recibieron el último aviso de aquel turno.

Una hora más tarde, después de hacer el trabajo, Adam condujo la ambulancia hasta una gasolinera para repostar. Hannah estaba convencida de que Adam, sencillamente, no tenía intención de hablar durante las horas de trabajo, pero tras marcharse de la gasolinera él

detuvo la ambulancia en el arcén y apagó el motor. Desconectó la radio, cortando así el ruido de fondo de los mensajes entre central y ambulancias, y se hizo el silencio. Estuvieron así, sin hablar, un minuto. Hannah esperó. Por fin había llegado el momento. Fue Adam quien rompió aquel violento silencio.

–Así que… –comenzó a decir serio, de mal humor–… esa era tu madre, ¿no?

–Sí –contestó ella con la cabeza gacha, mirándose las manos sobre el regazo.

–La mujer que está tan enferma de artritis que no puede vivir sola –continuó Adam. Hannah no respondió–. La mujer que detesta a los extraños y tiene tan mal humor, ¿verdad?

Hannah se encogió de hombros. ¿Cuántas de sus mentiras iba a sacar a relucir? Bien, no había sido sincera, pero tenía una buena razón. Hannah se enfadó. Adam había pasado la tarde planeando aquel ataque. Si quería que la discusión resultase desagradable, no iba a ser ella quien cediera sin luchar. En último término, no estaba dispuesta a perder su dignidad.

–En realidad es una persona muy agradable –comentó Hannah con firmeza–. Me mudé a vivir de nuevo con ella cuando nació Heidi, y fue una decisión muy acertada.

–¿Heidi? –repitió Adam con desagrado.

–Mi hija –afirmó Hannah orgullosa. Nadie, jamás, volvería a hacerla vacilar a la hora de declarar que era madre–. Tiene dos años y medio, y es una personita muy especial –añadió mirando de reojo a Adam, cuya expresión la hizo vacilar–. Llevo tiempo buscando el modo de contártelo.

–Y te ha costado mucho, ¿verdad, Hannah? Has tenido semanas, no, meses, para decírmelo. Podías haberlo sacado a relucir en la conversación en cualquier momento. Mira a Christine, que no paraba de hablar de sus malditos hijos.

–¡Exacto! –exclamó Hannah mirándolo a los ojos–. Y tú estuviste metiéndote con ella durante todo el curso. No necesito ese tipo de presión, gracias.

–Yo no me metía con ella –contestó Adam en tono de advertencia.

–Sí lo hacías –lo contradijo Hannah–. Dejaste muy clara tu opinión, y no la dejaste en paz ni un momento. Suspendió el curso en el momento en que la llamaron por teléfono para avisarla del accidente de su hijo.

–Yo no la suspendí, ella no se presentó –se defendió Adam enfadado.

–¿Y quién la presionó? ¿Niegas que tengas prejuicios contra las madres trabajadoras?

–Pero tú no suspendiste, ¿no?

–Tú no sabías que yo era madre.

Adam apartó la vista y comenzó a tamborilear con los dedos en el volante.

–Podías habérmelo contado en cuanto conseguiste el empleo.

–Sí, claro. ¿Cuándo, exactamente?, ¿después de atender aquella llamada de la cual saliste jurando que no querías saber cómo era la vida de una madre trabajadora? –Adam continuó sin mirarla–. ¿O después de que llamaras a los niños ratas de alfombra? O quizá te parezca mejor momento tras exclamar tú que no dejarías ni a un perro en aquella guardería. Detestas a los niños, todo el mundo lo sabe.

Los dedos de Adam dejaron de tamborilear. El silencio fue haciéndose más tenso, pero Adam continuó sin mirar a Hannah. Cuando por fin habló, su voz sonó tan vacía y falta de modulación como su rostro carecía de expresión.

–Creía que entre tú y yo había algo especial.

–Yo también lo creía –repuso ella sintiendo que se le formaba un enorme nudo en la garganta.

–No, tú no lo creías –contestó Adam mirando por fin a Hannah con una expresión tan desoladora que ella se estremeció–. Me refiero a algo especial de verdad, algo con futuro.

–Mi hija es parte de mi futuro, Adam. Es parte de mí.

–Mi futuro no incluye niños. Ni míos… ni de nadie. Creía que lo sabías, Hannah. Sabías que esto terminaría en cuanto descubriera que tienes una hija, por eso no me lo dijiste.

Hannah no podía tragar. Hubiera querido llorar, desahogarse. Pero no podía. Aún no.

–Sí, supongo que sí. No hay futuro para nosotros dos.

–No, creo que no –replicó Adam–. Lo siento, Hannah.

–Yo también lo siento –contestó ella observándolo poner el coche en marcha–. Sabía que esto no sería una buena idea.

–¿El qué?, ¿mentir?

–No –respondió Hannah tensa–, mantener una relación con un compañero de trabajo. No va a ser fácil trabajar juntos, ¿no crees?

–Lo superaremos –respondió Adam con frialdad–. Al menos, yo –añadió mirándola brevemente–. Son cosas que ocurren, pero se acabó. No pienso dejar que esto interfiera en mi vida, y tú tampoco debes hacerlo. Nadie sabe nada de lo nuestro – continuó Adam mientras las puertas del garaje de la central se abrían.

Adam salió del vehículo convencido de sus propias palabras. Había vivido cosas peores. Olvidar a Hannah no sería realmente un problema.

Capítulo 5

Era un grave problema. Adam había subestimado la dificultad que supondría olvidarse de Hannah. Al principio, el enojo lo había ayudado. Adam trataba de alimentarlo siempre que podía. Hannah lo había engañado, lo había alentado y atraído físicamente hasta hacerlo enamorarse de ella. Había llegado incluso a decirle que la amaba, y eso solo se lo había dicho a otra mujer en toda la vida. Y sin embargo ella había callado, omitiendo reiteradamente decirle que no había futuro para ellos. Y eso sabiendo, sin ningún género de duda, que detestaba a los niños.

En el garaje, Adam le dirigió a Hannah la mirada más severa que pudo. Ella pareció no darse cuenta. Llovía con fuerza. Adam comprobó el motor de la ambulancia y el equipo de primeros auxilios. Hannah se ocupó de la bombona de oxígeno. Pesaba demasiado para ella, pero Adam reprimió el deseo de ayudarla.

Tom Bagshaw llegó entonces para hacer su turno de día con Hannah. Iba bostezando, pero eso era habitual en él aquellos días. Hacía un par de meses que había tenido su primer hijo, y estaba orgulloso de perder las mismas horas de sueño que su mujer. Adam lo miró de mal humor.

–Tienes ojeras y cara de cansado. Otra vez.

–Merece la pena, compañero –sonrió Tom.

Hannah volvió la cabeza hacia ellos al oír la voz de Adam, pero solo miró a Tom.

–Hola, Tom, ¿qué tal estás?

–Agotado –contestó Tom contento–. Esta noche me he levantado cuatro veces. ¿Quieres que te eche una mano con el oxígeno?

–No, puedo arreglármelas sola.

–Entonces me ocuparé del equipo –se ofreció Tom.

–Eso ya está hecho –contestó Hannah.

–¡Excelente! ¿Listos para marcharnos, entonces?

–Cuanto antes, mejor –contestó Hannah limpiándose las manos en la ropa–. Solo falta la revisión mecánica.

Adam cerró el equipo de primeros auxilios de golpe. Quizá Hannah creyera que era sutil, pero él se daba cuenta. La única razón por la que tenía prisa por marcharse era él. Tras la discusión del jueves anterior, los días siguientes habían sido muy tensos, por decirlo de una manera suave. Por suerte no les había tocado salir en ambulancia juntos. Durante los turnos de noche, tanto Hannah como Adam habían hecho uso de los dormitorios después de medianoche, saliendo solo cuando se producían avisos. Apenas habían coincidido. Adam había esperado

que los cuatro días libres les sirvieran para disipar la tensión, pero por desgracia parecía ser al revés.

¿Por qué diablos había puesto tanto empeño en que Hannah ingresara en el equipo azul?, ¿por qué había dejado que aprobara el curso con tanto éxito? Adam dejó el equipo de primeros auxilios en la ambulancia y comprobó las mascarillas de oxígeno. Aún podía ver a Hannah. Estaba de pie junto al vehículo de al lado, haciéndole señales a Tom para indicarle que las luces de la ambulancia funcionaban bien. Luego comprobaron la sirena y las luces de emergencia.

Por supuesto que no había podido suspender a Hannah, debía estar contento de que estuviera en el equipo azul. Lo que no debía haber hecho, sin embargo, era dejar que su atracción por ella sobrepasara ciertos límites. Hubiera debido de mantener con ella una relación estrictamente profesional. Lo único positivo de aquella situación era que ninguno de sus colegas conocía su relación, de modo que nadie sabía lo estúpido que había sido. Matt, el compañero de Adam de ese día, llegó en ese momento y preguntó:

–¿No ibas a hacer tú hoy el tercer turno?

–Lo cambié –respondió Adam esperando que Hannah estuviera escuchando–. Con Tom.

¿Pensaría Hannah que había sido él quien lo había cambiado, en lugar del director de la central?

–Tengo suerte –comentó Tom.

–Ya sé por qué lo ha cambiado –le dijo Matt a Tom–. Es por el trabajo que hay que hacer a las nueve de la mañana.

–¿Qué trabajo es? –preguntó Hannah.

–Hay que ir a un colegio en Naseby Street –explicó Matt colgándose el intercomunicador en el cinturón–. ¿Os imagináis que mandaran a Adam a esa misión?

Tom se echó a reír. Hannah ni siquiera sonrió. Ni Adam, que se marchó en dirección al almacén.

–Creo que alguien se ha levantado hoy con el pie izquierdo –comentó Matt.

–Sí, solo de pensar en esos chicos se pone enfermo. Para Adam es una pesadilla.

Adam abrió la puerta del almacén y dejó que se cerrara de golpe. ¿Por qué había permitido siempre que se extendiera el rumor de que odiaba a los niños? Quizá, si Hannah conociera toda la verdad, se daría cuenta del daño que le había hecho. Se daría cuenta de que no tenía derecho a estar tan enfadada como él.

Adam buscó las mascarillas y el resto del equipo que necesitaba. Nadie sabía la verdad. Aquella parte de su vida había quedado atrás el día en que se mudó a vivir a aquella ciudad y comenzó a trabajar como oficial de ambulancia. Habían pasado muchos años, el pasado

estaba enterrado. Era el único modo de continuar. Adam había encontrado el modo de seguir adelante, y no iba a dar un solo paso atrás. Ni tenía intención de contarle nada a nadie. Ni siquiera a Hannah Duncan.

El primer aviso de Hannah y Tom de aquel día fue un traslado. Tenían que llevar a una anciana a un centro de rehabilitación tras una operación. Para cuando llegaron de vuelta a la central eran las ocho y media. La lluvia torrencial había cesado, y un fuerte viento se llevaba las nubes que quedaban. –No vamos a llegar a tiempo al colegio – observó Hannah.

–No –contestó Tom pensativo–. Central, aquí unidad 225.

–Adelante, 225.

–Estamos de vuelta, pero no llegaremos a Naseby Street hasta las nueve y media. Quizá debáis mandar a la unidad 241.

Hannah abrió inmensamente los ojos y sonrió. Si Adam estaba en su vehículo, lo habría oído. No era más que una broma, pero Adam no era precisamente muy feliz aquellos días. ¿Por qué no dejarlo sufrir, como sufría ella? La semana anterior había sido un suplicio.

Bien, era cierto, había hecho mal en no decirle nada pero, ¿por qué la existencia de su hija tenía que significar semejante catástrofe para los dos? Si Adam la quería, debía aceptar todo aquello que formara parte de su vida. De haber sido al revés, y ser Adam quien tuviera una hija, ella no habría puesto pegas a la hora de continuar con su relación. La central tardó unos minutos en contestar a Tom:

–Negativo, 225. Naseby Street tendrá que esperar.

–Adam no ha picado el anzuelo –comentó Tom dejando el micrófono.

–¿Por qué odia tanto a los niños? –preguntó Hannah.

–No tengo ni idea –contestó Tom encogiéndose de hombros–. No lo entiendo. ¿Te he contado ya que Harry empieza a sonreír?

–Sí, me lo has contado.

–Creo que le va a salir un diente.

–Es un poco pronto, con ocho semanas –contestó Hannah–. A Heidi no le salió el primer diente hasta los ocho meses.

–Algunos niños nacen con dientes. Lo he leído en un libro – afirmó Tom.

Hannah asintió. Tom estaba encantado de ser padre. Su sorpresa, la semana anterior, cuando Hannah le contó que tenía una hija, había sido tal que, desde entonces, aprovechaba todas las oportunidades que se le presentaban para hablar de su hijo. Hannah, en cambio, hubiera preferido hablar de otra cosa.

–¿Cuánto tiempo hace que conoces a Adam?

–Cuatro años –contestó Tom–. Ya estaba aquí, cuando llegué yo. Eso fue justo después de que me casara con Jane. ¿Sabes que nos costó tres años que se quedara embarazada?

–¿Sabes si Adam ha estado casado?

–No, ¿qué te hace penar eso? –preguntó él sorprendido–. ¿Es que te interesa?

–En absoluto –rio Hannah–. Es solo curiosidad. Jamás habla de sí mismo.

–Justo lo contrario que yo, quieres decir –sonrió Tom–. Hubo un tiempo en que se rumoreó que había estado casado, pero ya sabes cómo son estas cosas. Él jamás habla. –¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí?

–Unos cinco años, creo, pero estaba ya antes en el servicio de ambulancias. Hizo el entrenamiento en Australia, y era oficial cuando vino a Nueva Zelanda.

–Creo que ha mantenido relaciones con mujeres una o dos veces desde que está aquí –comentó Hannah.

–Bueno, él no habla mucho –asintió Tom–, pero yo jamás lo he visto salir dos veces con la misma mujer. ¿Estás segura de que no estás interesada?

–Me gusta trabajar con él –admitió Hannah–. Y me lo pasé muy bien durante el curso. Como profesor, es brillante. Me sorprende que no esté casado.

Debía habérselo preguntado a Adam mientras aún se dirigían la palabra. Había tenido muchas oportunidades, pero el instinto le había aconsejado no hacerlo. De haberle contado Adam algo personal, ella se habría visto obligada a hacer lo mismo. Guardar silencio había sido mucho mejor para los dos. En casa de Adam no había nada que hubiera podido darle una pista, y no era que no las hubiera buscado. Simplemente no había una sola fotografía.

–Este horario de turnos puede resultar muy estresante para las parejas –comentó Tom–. Sobre todo para las familias jóvenes. Quizá Adam quiera evitar el agobio. No todo el mundo puede soportar la tensión de tener niños en casa, con sus horarios de biberón y cambio de pañales.

–Tú sí –sonrió Hannah.

–Cierto –asintió Tom orgulloso–. ¿Cuánto tiempo tenía tu hija cuando comenzó a dormir toda la noche de un tirón?

–Seis meses –contestó Hannah resignándose a hablar de bebés durante el resto del día–. Aunque, claro, cuando comenzaron a salirle los dientes, volvimos atrás otra vez.

El trabajo en el colegio de Naseby Street fue todo un éxito.

–Hannah es madre, y eso se nota –comentó Tom después a sus colegas aquel día–. Tenía a los críos hechizados. –Quizá debieras haber sido maestra –sugirió Matt.

–Aún puede serlo –intervino Adam levantando la vista del periódico que había estado fingiendo leer–. Seguro que acaba harta de trabajar aquí.

–Ya he escogido profesión, gracias –contestó Hannah mientras preparaba café, volviendo la cabeza para mirar a Adam, de espaldas.

–Sí, Adam, no le des ideas –añadió Tom–. Nos gusta tenerla con nosotros.

–Además, en este trabajo también hay que tratar con muchos niños, ¿verdad, Adam? –insistió Matt, bromeando.

Adam gruñó y pasó una página del periódico. Tom se sentó en la mesa de aquella sala de empleados.

–Casi es la hora de marcharse a casa –comentó satisfecho–. ¿Qué tienes planeado hacer esta noche, Hannah?

–Lo de siempre –respondió ella–. Bañar a Heidi y leerle un cuento. Luego me dedicaré a hacer algo realmente aburrido, como lavarme el pelo.

Adam volvió a pasar otra página. ¿Por qué no encontraba un solo artículo interesante? Necesitaba borrar de su cabeza la imagen de Hannah acurrucada en un sofá, con el pelo recién lavado, y una niña pequeña abrazada a ella. Casi podía oír su suave voz contando un cuento.

–Voy a lavar la ambulancia –dijo Adam levantándose de su silla bruscamente.

Tener algo que hacer no sirvió de nada. No podía dejar de imaginar a Hannah lavándose el pelo. O, peor aún, peinándoselo aún mojado, mientras los rizos le caían por la espalda. Conocía la sensación de aquellos rizos entre los dedos. Casi podía sentirlos acariciándole la piel. Adam juró entre dientes, golpeó el cubo de agua sin darse cuenta y lo tiró.

Pronto podría marcharse de allí, y quizá fuera capaz de olvidarla si no la tenía delante. De camino a casa, compraría comida preparada y escucharía música con una copa de vino. O, mejor aún, leería un libro. Adam siempre había tenido facilidad para engancharse a la lectura con un libro de ficción, siempre había sabido olvidar sus problemas para centrarse en los de los personajes.

Pero en aquella ocasión no lo consiguió. Por alguna razón, su escritor favorito no lograba cautivarlo. Los personajes parecían de cartón piedra, no tenían ni idea de qué era el amor. El autor, probablemente, jamás se hubiera enamorado. No como él se había enamorado de Hannah. O quizá fuera él el que se equivocara, quizá no estuviera en absoluto enamorado. Había estado enamorado de Linda,

se había casado con ella y, sin embargo, jamás había estado obsesionado como lo estaba con Hannah. Jamás se había puesto tan nervioso al verla como cuando veía a Hannah. Ni jamás había tenido que hacer tal esfuerzo de voluntad para no acariciarla todo el tiempo. Adam nunca había puesto en cuestión el amor o la relación que había mantenido con Linda. Hasta ese momento.

El libro que tenía entre las manos pareció cerrársele por sí solo, sin ningún esfuerzo. Había comenzado a recordar pero, por mucho peligro que eso supusiera, Adam no dio marcha atrás.

Linda. La callada y valiente Linda. Valiente porque tenía miedo a muchas cosas, pero no dudaba en enfrentarse a ellas. Por ejemplo a un difícil embarazo y a un parto interminable y fatal. Tras el nacimiento de la niña, apenas se había quejado.

Había aceptado el pronóstico del médico sin más, en silencio. Linda había permanecido estoicamente en cama durante dos días, hasta que fue evidente que lo que tenía no podía ser gripe. Pero entonces fue ya demasiado tarde para luchar contra la galopante infección postparto. Linda había muerto a los dos días de nacer Madison.

Adam terminó la copa de vino y se sirvió otra. Ya no había vuelta atrás, seguiría recordando. Últimamente apenas se acordaba del pasado. Quizá, en aquella ocasión, no le resultara tan doloroso.

En aquellos años oscuros Adam no había recibido la ayuda de nadie. Su familia no hizo nada por él, y la de Linda lo culpó de la muerte de su hija. El caso había aparecido en los periódicos como ejemplo de escasez de personal médico y presión laboral, caso que había terminado en un diagnóstico apresurado y erróneo. Los padres de Linda habían puesto una demanda al hospital, pero Adam no había querido colaborar. Había preferido centrarse en su hija recién nacida, canalizando la pena hacia la única luz al final del túnel que era capaz de ver.

Tras la muerte de Linda, Adam había pedido un año sabático en su trabajo como oficial de ambulancia. Quería ocuparse de su hija. Madison dejó enseguida de ser una distracción para pasar a ser el centro de su vida. Tenía un precioso cabello rubio rizado, y sus enormes ojos marrones y su sonrisa cautivaban a todo el mundo. ¿Por qué la hija de Hannah tenía que parecérsele tanto? ¿O no se parecían? Adam apartó la copa de vino y sacó de la librería una caja con forma de libro. Guardaba dentro los preciosos recuerdos de los que no había podido separarse, por mucho que le doliera contemplarlos. Llevaba cinco años sin mirarlos, desde que había llegado a Nueva Zelanda a comenzar una nueva vida.

En la caja había un brazalete hospitalario de identificación, un par de botitas de lana y dos anillos de boda. Al fondo, certificados de

nacimiento, de defunción y de matrimonio. Y fotos. Quince, por lo menos. Una de Adam y Linda el día de la boda, el resto de Maddy.

Adam sacó la foto del fondo. En ella Maddy tenía precisamente dos años y medio, la misma edad que Heidi. No eran tan parecidas. Los ojos de Heidi eran azules, y su cabello era más espeso y de un tono diferente. Acabaría siendo rubia platino, como su madre. Maddy, en cambio, no se parecía a Linda. Jamás había sentido miedo, y no era callada.

La imagen de la foto quedó borrosa por las lágrimas. Adam sintió los tentáculos del dolor aferrarse a su corazón. Aquella había sido la última foto que había tomado de su hija. Al día siguiente estaba muerta. Y la culpa era suya. Adam seguía preguntándose aún qué habría ocurrido si…

Si no hubiera decidido volver al trabajo, si no hubiera necesitado algo más en su vida, aparte del hecho de ser padre, y se hubiera sentido satisfecho dedicándose únicamente a su hija… Si hubiera podido pagar a una niñera en lugar de llevarla a la guardería, si no hubiera estado de servicio precisamente aquel día… Si no hubiera sido justamente él quien acudiera con la ambulancia al aviso, encontrándose a su hija inconsciente tras una caída… Madison no se habría caído del árbol si la guardería hubiera dispuesto de las suficientes medidas de seguridad. La niña ni siquiera llegó a recuperar la conciencia.

Adam volvió a dejar la caja en la librería, a dejar los recuerdos atrás. Le había costado menos de lo que esperaba, quizá incluso pudiera dormir sin pesadillas. Había hecho bien enterrando los recuerdos, apartándose de los niños sin dejarse embelesar por ellos. Jamás volvería a exponerse a semejante riesgo. Había construido una muralla en torno a su corazón, y así había permanecido en pie, durante más de cinco años, tras la desoladora muerte de Maddy.

Y, por la misma razón, también las mujeres quedaban al otro lado de la muralla. Evitando el peligro, jamás sentiría dolor. Por el momento la estrategia había funcionado. Una aventura ocasional de vez en cuando, algo de sexo… nada importante. Nada que pudiera dejar después vacío su corazón.

¿Por qué diablos no funcionaba con Hannah?

Capítulo 6

No iba a ser fácil. Hannah observó el horario sobre el tablón de

anuncios de la sala de empleados. No cabía error. Le tocaba salir con Adam en la ambulancia esa noche, y tendría que soportarlo. Pero no sería fácil. Bastante difícil había sido ya coincidir con él en los descansos. Aquella noche compartirían la estrechez de la cabina del vehículo.

Y Adam, evidentemente, sentía lo mismo. No sonrió al saludarla. A los dos les llevaría tiempo. Hannah revisó el equipo y esperó a que Adam saliera del almacén para ir a buscar recambios. Era domingo, y se celebraba un partido de rugby. Un aficionado, al menos, resultaría herido. Probablemente más.

A las seis y media de la tarde la unidad 241 estaba lista. El aviso era de prioridad 3, así que tenían media hora para llegar. El paciente, en la sala de maternidad de un hospital rural a media hora de la ciudad, no estaba grave. Se trataba de un recién nacido que había que trasladar a cuidados intensivos.

–Parece que va a llover –comentó Adam tras unos cuantos minutos en silencio.

–Sí, hoy ha hecho frío –respondió Hannah.

–En septiembre siempre llueve mucho.

–¿En serio?

–Mmm.

Hannah miró a ambos lados. Adam mantuvo la vista fija al frente. ¿Era a eso a lo que se había reducido su relación, a una conversación cortés a propósito del tiempo? Probablemente era mejor que el tenso silencio. Hannah vio de reojo que Adam tenía ojeras. Hasta el momento se había alegrado de que él sufriera tanto como ella. Preocuparse por él resultaba muy molesto. Hannah tomó las hojas del aviso y comenzó rellenarlas.

–¿Qué sabemos del paciente? –preguntó, ya que había sido él quien había contestado por el interfono.

–Que nació con treinta y seis semanas de gestación, hace unas dos horas. No respira del todo bien, así que el médico ha preferido mandarlo a cuidados intensivos.

Hannah escribió la dirección del hospital rural y rellenó la casilla sobre el motivo del aviso con las palabras «traslado». Al menos el bebé permanecería callado, en la incubadora, y no molestaría a Adam.

–¿Vendrá algún médico acompañante?

–Eso creo.

–¿Sabemos el nombre?

–Escribe simplemente bebé Mulligan.

–¿Mulligan?

–Es el apellido. ¿Qué tiene de malo? –preguntó Adam dirigiendo la vista por fin hacia ella.

–Nada –contestó Hannah mordiéndose el labio. No creía haber

pronunciado el apellido con excesivo énfasis. ¿Cómo podía haberlo notado Adam? Él volvió a mirarla por segunda vez, y ella suspiró resignada–. Ese hubiera debido ser mi nombre, de haberme casado. Con el padre de Heidi –añadió tras una pausa.

–¿Y por qué no os casasteis?

–Él murió –respondió Hannah escuetamente–. A los pocos días de descubrir que estaba embarazada.

–Entonces, ¿pensabais casaros? –preguntó Adam tras una pausa.

–Claro, llevábamos dos años de novios. Nos conocimos en Londres, pero yo quería volver a Nueva Zelanda antes de casarnos. Nos queríamos –continuó Hannah en voz baja–. Y estábamos muy ilusionados con el bebé.

En aquella ocasión, el silencio que se produjo fue más prolongado. ¿Estaría Adam comparándose con Ben?

–Y… ¿qué pasó? –preguntó Adam de repente.

–Que se ahogó –contestó Hannah tensa, volviendo a suspirar–. Bueno, en realidad no fue así. Tenía un problema cardíaco congénito del que nadie tenía noticia. Se le paró el corazón y murió instantáneamente, solo que justo en ese momento se estaba bañando en el lago.

Casi habían llegado a su destino cuando Adam volvió a preguntar:

–¿Y tú…? –vaciló–… ¿trataste de salvarlo?

–Sí.

–Debió ser terrible –comentó Adam con ojos compadecidos.

–Sí –contestó ella escuetamente, negándose a aceptar su compasión.

–¿Sigues teniendo pesadillas? –preguntó Adam en voz baja.

Hannah volvió la vista hacia la ventanilla. Su respuesta no fue ni positiva ni negativa. Quería demostrarle que aquella pregunta era demasiado personal. Adam ya no tenía derecho a obtener una respuesta.

El silencio que siguió fue menos tenso. Adam no tenía ni idea de lo cerca que había estado de la verdad. Hannah había vuelto a tener la pesadilla esa misma noche, pero diferente. Peor. Porque en esa ocasión no había sabido distinguir el rostro del hombre que se ahogaba. ¿Era Ben, o Adam? ¿Cómo era posible que Adam hubiera podido derribar el muro que protegía su corazón?, ¿y cómo diablos volver a echarlo de él?

–No debería habértelo preguntado –comentó Adam en tono de disculpa–. Sé muy bien que hay ciertas cosas que es mejor no desenterrar.

–¿En serio? –preguntó Hannah dejándose llevar por la curiosidad.

–Yo… estuve casado… durante muy poco tiempo –explicó

Adam–. Ni siquiera llegamos a conocernos bien. Mi mujer también

murió inesperadamente. Y de la manera más tonta.

–Lo siento.

Hannah hubiera deseado hacerle más preguntas. Miró a Adam y trató de averiguar hasta qué punto se mostraría comunicativo. Aquella mirada de Hannah le hizo desear a Adam contárselo todo. Sin embargo sus mecanismos de defensa estaban a punto, recién apuntalados. Y ya había hablado demasiado, aquello era el máximo que podía dar en respuesta a las revelaciones de Hannah. Ella había salido del drama más entera que él, había tenido mucha más suerte.

–Pertenece al pasado, y allí es donde estar –suspiró Adam–. No debí preguntar. A mí, por lo menos, no me gusta que me pregunten.

Hannah volvió la vista hacia la ventanilla. De modo que la vida personal de Adam quedaba fuera de su alcance. Tanto como la suya para él. Era justo. Tampoco ella tenía derecho a preguntar. Al llegar a su destino ambos perdieron la oportunidad de recuperar la confianza mutua.

–Sacaré la rampa –se ofreció Hannah–. Hará falta para subir la incubadora, ¿no?

El viaje de vuelta se desarrolló sin incidentes. Los acompañaron una enfermera y los padres del bebé. Hannah observó al bebé, de cabellos negros como el padre, y comentó:

–Se ve que el niño ha salido a usted.

–Sí, es completamente irlandés –contestó la madre sonriente. –¿Han decidido ya el nombre?

–Bueno, llevamos ocho meses llamándolo Paddy. Es pegadizo. Era el nombre de su abuelo.

–Los abuelos de mi hija también son irlandeses –comentó Hannah, consciente de que Adam la escuchaba–. Algún día la llevaré a Irlanda a que los conozca.

–¿Es morena también?

–No, es como yo –respondió Hannah tomando un mechón de su pelo–. Al menos no tendrá que preocuparse cuando le salgan canas. Nadie las distinguirá.

Los cabellos de Hannah no eran grises, sino plateados. Tenían un tono absolutamente único, uno entre mil. Aquella noche Adam fue muy consciente de la presencia de Hannah. Ella lo hizo todo, hasta limpiar vómitos, con eficacia y buen humor, como siempre. Había probado la amargura de la vida, y sin embargo seguía adelante, sin miedo, lista para afrontar lo que fuera. Como por ejemplo el amor. Adam sabía mejor que nadie lo que debía haber sufrido tratando de salvar a su novio.

Quizá también él debiera echar fuera de su corazón los demonios

del pasado, compartir sus experiencias negativas con otra persona por primera vez. Y, de hacerlo, sería con Hannah.

Pero no era posible. Sería dar demasiado de sí mismo, hacerse vulnerable. Porque en realidad Hannah no conocía lo peor que la vida podía ofrecerle, no había perdido a su hija.

Quizá, con el tiempo, Adam acabara confiando en otro ser humano. Quizá incluso pudiera arriesgar todo lo que había conquistado en los últimos cinco años. O quizá, una vez más, lo de Hannah no fuera más que una obsesión. Quizá se cansara de ella, si la conocía lo suficiente. Entonces volvería a ver las cosas bajo otra perspectiva, y no más negativa. Al contrario, estaría mejor, porque se habría librado de la obsesión y de la constante frustración de no poder acariciarla. Tenía que haber una salida para su situación.

Lo que Adam no esperaba era que esa solución se la ofreciera Enid Packman, una mujer de noventa y seis años. El aviso llegó a las tres de la madrugada. Cuando llegaron a Spring's Orchard Retirement Village, la residencia de ancianos, Adam seguía tratando de olvidar el delicioso aspecto de Hannah al salir del dormitorio de la central.

–¿Tú qué crees, Hannah?

–¿Dónde dice que le duele, señorita Packman?

–En la pierna. Es terrible, pero solo me duele cuando la muevo.

–Probablemente se haya fracturado el fémur izquierdo.

–Le daremos un calmante y le pondremos almohadas entre las piernas antes de moverla –asintió Adam–. ¿Qué estaba usted haciendo, para caerse de noche?

–Levantarme a desayunar, ¿qué otra cosa iba a hacer? – preguntó la señorita Packman–. Dios sabe por qué ponen el desayuno a media noche, pero no seré yo quien proteste. Olí las gachas, así que me levanté. Y entonces me caí. Si vais a servir el desayuno a esas horas, al menos encended la luz –añadió en tono de reproche, dirigiéndose a una de las cuidadoras del centro.

Hannah apenas podía contener la sonrisa. Miró a Adam y vio que él también sonreía.

–¿Qué tal se encuentra ahora, señorita Packman? Aparte de la pierna, claro –preguntó Adam.

–Estoy enfadada –declaró la paciente–. Y tengo hambre. Quiero gachas.

–¿Le duele el pecho? –insistió Adam, que conocía la historia cardíaca de la enferma.

–No. Y que sea con azúcar morena y crema. Con poca crema. No me va bien para el corazón –añadió la paciente–. Además, tengo que cuidar mi figura.

–Claro –convino Adam sonriendo–. Está usted estupenda, señorita Packman. Ahora voy a inyectarle un calmante para el dolor. La

llevaremos al hospital. –¿Sirven gachas en el hospital?

–A montones –contestó Adam ajustando el torniquete al brazo de la anciana–. No es usted alérgica a nada, ¿verdad?

–No me gusta la mantequilla de cacahuete –contestó la señorita Packman mientras Adam le buscaba la vena–. Se me pega a los dientes. Aunque, en realidad, no son míos –añadió para Adam, en un aparte.

–Me refiero a medicamentos, señorita Packman –sonrió Adam–. ¿Ha tenido alguna reacción adversa a alguno, alguna vez?

–No, no se menciona ninguna alergia en su historial – intervino la enfermera de la residencia.

–Soy alérgica a los hombres –comentó la señorita Packman dirigiéndose a Hannah–. Por eso no me casé.

–Muy inteligente –sonrió Hannah.

–Sí, pero es que jamás conocí a nadie tan atractivo como tú –continuó la paciente señalando a Adam–. Ni tan amable. Apenas me has hecho daño.

–Es que aún no le he clavado la aguja –contestó Adam reprimiendo la risa–. Ahí va.

–Pues no he sentido nada. ¿No es encantador, este hombre?

Hannah le pasó el sedante a Adam. Sus miradas se encontraron. La conversación de aquella paciente, con su salero y buen humor, bastó para borrar todo rastro de ira entre Adam y Hannah. Ambos sonrieron.

–Prepara nueve mililitros de suero y uno de morfina, ¿quieres, Hannah, por favor?

Eran las cuatro y media de la madrugada cuando la unidad 241 quedó disponible de nuevo. Hannah cargó la camilla en la ambulancia y agarró la sábana para doblarla al mismo tiempo que Adam. Sus manos se rozaron, pero Hannah las apartó rápidamente. Se dirigió a los asientos delanteros, donde había dejado unos papeles para rellenar debajo de la almohada, y entonces chocó con Adam, que había tenido la misma idea.

–Lo siento.

–No lo sientas –contestó Adam con voz ronca. Al oírlo, Hannah levantó la vista. Sus miradas se encontraron. Ella no pudo apartar los ojos de él–. Te he echado de menos.

–Yo también.

–Me resulta muy difícil trabajar contigo, Hannah. Deseándote así –suspiró pesadamente, tomando un mechón de sus cabellos–. Creí que te olvidaría, pero cada día me resulta más difícil – Hannah permaneció en silencio, asintiendo con la cabeza–. ¿Sientes tú lo mismo? –continuó Adam en voz baja.

Hannah levantó la vista. ¿Debía confesar sus sentimientos? Probablemente no pudiera ocultárselos, por mucho que quisiera.

Adam podía leer la respuesta en su rostro. Él levantó un dedo y acarició su mejilla.

–¿Qué vamos a hacer, Hannah Duncan?

–No lo sé –susurró ella–. No creo que podamos hacer nada. –Tiene que haber una solución –afirmó Adam enérgico–. No puedo seguir viviendo así, sin que formes parte de mi vida.

–Formo parte de tu vida.

–Ya sabes a lo que me refiero.

–No tenemos futuro, Adam. Tú mismo lo dijiste.

–Pero tenemos presente.

–¿Es eso lo que deseas realmente, Adam?, ¿una relación que no va a ninguna parte?, ¿sexo?

–Podría conseguir sexo en cualquier parte, Hannah –repuso él–. Es a ti a quien quiero.

–Yo no estoy sola –le recordó Hannah–. Tengo mi vida hecha, y no voy a dividirme en dos para teneros a ti y a mi hija.

–Ni yo lo espero.

–¿Qué sugieres entonces, Adam? –preguntó Hannah tratando de reprimir la esperanza.

Quizá Adam estuviera por fin preparado para aceptar a su hija. Con el tiempo, era posible incluso que llegara a amarla.

–Quiero estar contigo –explicó Adam con pasión–. El pasado ya no importa, y el futuro está lejos. Tenemos el presente, el aquí y ahora…

La luz amortiguada y la estrechez de la parte trasera de la ambulancia acentuaban la intimidad del momento. Adam no iba a tocar a Hannah. No durante las horas de trabajo, al menos. Pero le resultaba increíblemente difícil comunicarle lo que quería decir solo con palabras.

–Mis sentimientos hacia ti son demasiado fuertes como para reprimirlos –continuó Adam en voz baja–. Y no van a desaparecer así como así. Tiene que haber una forma de solucionar este problema. Lo único que te pido es que lo intentemos. Por favor.

–Me gustaría mucho, Adam –contestó Hannah pensativa, tras una pausa que se le hizo muy larga–. Es una buena idea.

–Sí, es la tercera mejor idea que he tenido nunca –respondió Adam sonriendo.

Adam arrancó el coche con entusiasmo, sonriendo y recibiendo a cambio una cálida recompensa. Después de todo, no tenía que casarse con Hannah. Ni siquiera tenía que vivir con ella. ¿Cuántas mujeres arrastraban a sus hijos a una cita romántica? Probablemente no tuviera muchas oportunidades de ver a Heidi, y cuando lo hiciera, bastaría con hacer lo mismo que hacía cuando tenía que tratar con niños en el trabajo. Se había enfrentado a ellos miles de veces, dominaba la técnica.

Todo sería más fácil de lo que esperaba, reflexionó Adam. Heidi rompió a llorar en el instante mismo en que puso un pie por primera vez en casa de Hannah.

–Lo siento –se disculpó ella agarrando a la niña–. No está acostumbrada a los extraños. Además, está cansada. Enseguida la acuesto.

–Yo la acostaré, si quieres –se ofreció Norma.

–No, tú vete, mamá. No querrás llegar tarde a tu primera cita, ¿verdad?

–No es una cita –se quejó Norma cohibida–. Solo voy a acompañar a Gerry a la consulta.

–Gerry Prescott es uno de los médicos de la consulta donde trabaja mamá –explicó Hannah dirigiéndose a Adam–. Lleva dos años tratando de conseguir que mi madre salga con él.

–En realidad lo que le gusta es mi familia –explicó Norma–. Gerry nunca tuvo hijos, y le da envidia de mi nieta. Adora a Heidi.

–Espero que te lo pases bien –repuso Adam.

–Bueno, solo vamos a una charla sobre unos productos farmacéuticos y luego a un concierto –explicó Norma besando a su nieta en la cabeza–. Adiós, pequeñina. ¿Qué tal voy?

–Preciosa –afirmó Hannah–. Pásatelo bien. No te esperaré levantada.

–No pienso llegar tarde –repuso Norma–. Me alegro de verte, Adam.

–Y yo de verte a ti, Norma –sonrió Adam–. Hannah tiene razón, estás preciosa.

–Entonces, me marcho.

Nada más cerrarse la puerta y quedarse solos se hizo un incómodo silencio. Hannah trató de desembarazarse de su hija, pero esta se agarró con fuerza a su cuello.

–¡No!

Adam trató de sonreír, pero la situación le resultaba desesperante. Y Hannah debía haberse dado cuenta, porque parecía incómoda.

–Hay una botella de vino en la nevera –repuso Hannah–. ¿Por qué no la abres y sirves dos copas? Le leeré a Heidi un cuento y la meteré en la cama.

Adam esperó unos minutos dando lentos sorbos de vino, pero Hannah no apareció por la cocina. Entonces Adam deambuló por el salón. Había pruebas de la presencia de una niña por todas partes en la casa. Una mesa diminuta con sillitas en un rincón, una cesta de bloques y una casita de muñecas, una galleta mordisqueada sobre el brazo del sillón… fue precisamente la galleta lo que lo irritó.

Aquello ya lo había vivido. Maddy jamás se terminaba la comida o los tentempiés, cuando encontraba algo más interesante que hacer. Y los restos de aquellas chucherías aparecían por todas partes, en los lugares más insospechados. Como la galleta de chocolate derretido que encontró en una ocasión bajo la almohada, o las zanahorias crudas flotando en el retrete. Adam se dirigió al vestíbulo y oyó la voz de Hannah murmurando. Entornó la puerta y escuchó.

–Y desde entonces el osito de peluche siempre hacía ese ruido, porque siempre había alguien que lo abrazara.

–¡Haz que haga ese ruido, mamá!

Adam se detuvo delante de la puerta. Contempló a Hannah abrazar a su hija y lamentó haber abandonado la cocina. Aquel abrazo era tan tierno que resultaba casi doloroso. Adam dio un largo trago de vino.

–Pero no he hecho ruidito, mamá.

Hannah volvió a abrazar a su hija haciéndola cosquillas para que la niña gritara y riera de placer.

–Ya está, ya has hecho ruidito. Ahora a dormir –sonrió Hannah levantándose del sillón.

Adam dio un paso atrás. No quería que ella lo descubriera espiando.

–¿Se ha ido ya ese hombre?

Adam dio otro paso atrás más. La pregunta de Heidi revelaba que estaba tan molesta con su presencia como él.

–No, aún no, cariño –respondió Hannah–. Es un amigo de mamá. Ha venido a cenar conmigo.

–¿Y conmigo no?

–No –negó Hannah con firmeza.

Adam volvió a la cocina. Estaba sirviéndose otra copa cuando ella llegó.

–Lo siento, no esperaba tardar tanto.

–No pasa nada –aseguró Adam–. Este vino es muy bueno, voy por la segunda copa.

–Gracias –contestó Hannah tomando la que él le ofrecía–. Salud.

–Esta casa es muy interesante –comentó Adam–. Tenía la sensación de que no encajarías ni en un apartamento de ciudad ni en la típica casa grande de las afueras.

–Sí, estas viejas casas con terraza son únicas –convino Hannah–. Son diminutas. Es una lástima por Heidi, porque el jardín trasero es demasiado pequeño, pero nos gusta vivir en el centro, y estamos a tiro de piedra del jardín botánico.

–Es una casa con carácter –afirmó Adam sonriendo–.

Además, está cerca de la guardería.

–Mmm –asintió Hannah, que prefería no seguir conversando a propósito de la niña.

–¿Qué tal está ese niño de la guardería? –preguntó Adam con falso interés.

–Bien. Su madre le ha pintado a los Teletubbies en la escayola. ¿Tienes hambre?

–Pues creía que no, hasta que olí lo que hay en el horno – contestó Adam alegrándose de cambiar de conversación–. De pronto estoy hambriento.

–No es más que un guiso –repuso Hannah con una sonrisa–. Carne con setas, nada especial.

–Pues para mí, que no sé cocinar, resulta de lo más especial –confesó Adam brindando–. Igual que tú.

–¿Es que yo también huelo?

–Vamos a ver –Adam le quitó la copa de las manos y la dejó, junto con la suya, sobre la mesa. Luego retiró el pelo de la espalda de Hannah con ambas manos y se inclinó para besar su cuello–. Sí, hueles… de un modo absolutamente delicioso.

–¿A guiso? –preguntó Hannah sin apartar la vista de él.

–No, a ti –contestó Adam, sujetando aún sus cabellos.

Adam volvió a inclinar la cabeza, pero esa vez para besarla en los labios. Luego dejó que cayeran sus cabellos libremente por la espalda mientras sus dedos le sujetaban la cabeza enredados en ellos. Hannah abrió los labios bajo los de él y sus manos enseguida se enlazaron en la nuca de Adam. El sabor de la boca de Hannah lo llenaba de deseo, de un deseo que había estado reprimiendo durante casi dos semanas. Finalmente Adam se apartó gruñendo de frustración.

–Será mejor que sirva la cena –comentó Hannah temblorosa.

–Sé muy bien qué quiero comer –contestó Adam cediendo a la debilidad.

–No podemos –objetó ella nerviosa–. Aquí no –añadió mirando por encima de su hombro.

Aquel gesto fue suficiente para recordarle a Adam que no estaban solos. A pesar de todo, él sonrió.

–Entonces tendré que conformarme con el guiso. ¿Cuándo vendrás a mi casa a cenar?, ¿mañana?

–Pero si no sabes cocinar –bromeó Hannah.

–Bueno, puedo comprar algo –contraatacó Adam inclinándose hacia ella una vez más–. Además, ¿quién necesita comer?

–Nosotros –se apresuró Hannah a contestar dando un paso atrás y agarrando un guante para abrir el horno–. Ahora mismo, antes de que nos distraigamos más. Puedo ir a tu casa mañana.

–Sí, tengo buenas ideas, ¿verdad?

Adam tenía buenas ideas. Fue él quien sugirió que llevaran a Heidi

de excursión el jueves y a comer pizza a su madre y a su hija a la semana siguiente. Alternaban las salidas familiares con las escapadas a solas, a casa de Adam. La negativa de Hannah de quedarse a dormir la noche entera en su casa decepcionó a Adam, pero a ella también le decepcionó tener que esperar a que él le contara más cosas sobre su pasado. A pesar de todo, las cosas iban bien. El hecho de que Adam accediera a contarle a sus colegas que salían juntos era una buena señal. Matt y Tom estaban encantados. Heidi seguía mostrándose muy tímida, pero a Adam parecía no importarle. Hannah sospechaba que incluso lo prefería. Al menos Heidi no lloraba cada vez que lo veía.

Hannah trabajó dos turnos intensivos de cuatro días antes de volver a salir en la ambulancia con Adam. Estaba en el período de prueba de dos meses. En pocas semanas comenzaría un cursillo teórico intensivo tras el cual tendría que hacer un examen para alcanzar el grado 1.

–¿Vas a dar tú las clases del grado 1? –preguntó Hannah.

–No, por suerte –respondió Adam.

–¿Por qué, por suerte?

–Porque no podría darlas contigo sentada enfrente todo el día.

–Pero en cambio no te molesta que salgamos juntos en la ambulancia.

–¿No?, ¿quieres apostar? –preguntó Adam sonriendo–. Ahora mismo he olvidado por completo adónde vamos.

–A Gibraltar Crescent –le recordó Hannah–. Hay un enfermo en el número 209. Toma la siguiente calle a la izquierda y luego la primera a la derecha –indicó mirando el mapa.

–Eso de una persona enferma puede significar muchas cosas –musitó Adam–. A veces me gustaría que nos dieran más información.

–Bueno, así es más interesante –señaló Hannah–. Nos mantiene en vilo. Hay que estar preparados para cualquier cosa.

La mujer que les abrió la puerta no parecía enferma. Estaba pálida y tenía ojeras.

–No, no es por mí por quien he llamado, es por mis bebés.

Por aquí, por favor.

–Yo soy Hannah –se presentó mientras la seguía por el pasillo–. ¿Y usted?

–Susan.

–Pues no tienes muy buen aspecto, Susan.

–Sí, no sé si me ha sentado algo mal o tengo gripe. Estos son Molly y Tyler. Están enfermos, no puedo conseguir que coman nada.

Molly y Tyler eran dos gemelos de seis meses. Ambos habían vomitado y necesitaban un cambio de pañal. Y los dos lloraban. Hannah se mordió el labio y miró aprensiva a Adam. No iba a disfrutar mucho de aquel aviso.

–¡Oh, Dios! Disculpadme –se excusó de pronto Susan, corriendo por el pasillo.

Adam y Hannah la oyeron vomitar.

–Ve a ayudarla –sugirió Adam–. Que se acueste. Tómale la tensión y ve haciéndole una historia. Y ayúdala a preparar una bolsa con las cosas de estos dos. Sospecho que se están deshidratando, y su madre no está en condiciones de cuidarlos. Tendremos que llevarlos a todos al hospital.

–Pero hay que cambiar a los niños –señaló Hannah–. Déjame a mí.

–Susan necesita lavarse. Yo cambiaré a los niños –alegó Adam–. No soy un inútil.

Hannah dejó a Adam con los niños. Susan terminó de vomitar y se sentó en el suelo, llorando.

–Todo saldrá bien, Susan –aseguró Hannah–. Te ayudaré a lavarte, enseguida te encontrarás mejor.

Hannah le tomó el pulso y la presión sanguínea y comenzó a hacer la historia.

–Vamos a tener que llevaros al hospital. Os estáis deshidratando. Los tres. Y eso es peligroso para los niños.

–No sabía qué hacer –contestó Susan–. Los dos últimos días me las he arreglado bien, pero esta mañana todos estábamos peor.

–Has hecho bien llamando. Voy a preparar una bolsa con cosas para los niños. ¿Les queda algo de ropa limpia?

–Sí, en la cesta de la ropa –asintió Susan–. No he podido ni guardarla. Siento que esté todo tan desordenado.

–No importa –aseguró Hannah mientras las lágrimas comenzaban a correr por las mejillas de Susan–. ¿Dónde tienes la cesta de la ropa?

–En el salón.

Los bebés seguían llorando. Adam se puso unos guantes y cambió a Molly. Hannah lo vio al dirigirse hacia el salón. –Pásame algo de ropa limpia, si queda –pidió Adam.

Hannah obedeció y se quedó atónita al ver lo hábil que era Adam manejando bebés.

–¿Dónde aprendiste a hacer eso?

–Tengo muchos talentos ocultos –respondió Adam con una sonrisa, terminando de vestir a Molly–. Bien, vamos a ver si podemos calmar a esta niña.

Adam tomó a Molly en brazos y la niña se calló instantáneamente. Su hermano seguía llorando. Entonces él, sin soltar a Molly, alcanzó a Tyler con el otro brazo.

–¿Qué te pasa a ti, amigo?, ¿no te basta con llevar pantaloncitos limpios? –preguntó haciéndole cosquillas–. Eres un chico terrible.

Hannah abrió los ojos sorprendida. Tyler había dejado de llorar. Para tratarse de una persona que odiaba a los niños, Adam sabía

demasiado bien qué hacer con ellos. La curiosidad afloró en ella y, por fin, una vez que los dejaron a los tres en el hospital, preguntó:

–¿Tienes muchos hermanos, o qué?

–No, era hijo único. ¿Por qué?

–Pues entonces debes tener amigos con hijos. Sabes perfectamente cómo tratar a un bebé. Y no se trata precisamente de un don natural, ¿sabes? Y menos en los hombres.

–Llevo mucho tiempo haciendo este trabajo –contestó Adam encogiéndose de hombros–. Hay que ocuparse de niños muchas veces. Vamos a ver si llegamos a la central a tomar café antes de que haya otro aviso –añadió arrancando la ambulancia.

Adam no iba a engañarla. El trabajo en la ambulancia jamás habría podido proporcionarle tanta práctica en el manejo de bebés. Al llegar a la central Hannah se lavó las manos. Esperaba que no le afectara el virus gástrico que debían padecer los bebés. Mientras se secaba, Katherine Gordon entró en los lavabos. Era una colega del equipo rojo, y no solía coincidir con ella.

–He oído decir que Adam y tú os habéis enfrentado hoy a una pequeña epidemia.

–Bueno, seguro que Adam le ha dado mucho bombo – contestó Hannah.

–Sí, le encanta decir que detesta a los niños.

–Pues yo comienzo a tener dudas al respecto –comentó Hannah–. No creo que los odie, en realidad.

–Claro que no –contestó Katherine–. Llevo mucho tiempo trabajando con él, y te aseguro que no es un tipo tan duro. No sé por qué razón quiere aparentarlo.

Mientras se servía café, Hannah observó a Adam. Su amor por él había crecido en las últimas semanas. No podía imaginar el futuro sin él. Pero aún tenía dudas. ¿Qué ocurriría si no llegaba nunca a aceptar a Heidi? Si solo fingía que detestaba a los niños, ¿por qué no era sincero con ella? No resultaba muy agradable que Adam levantara aquella muralla de apariencias también frente a ella.

Adam permanecía mudo acerca de su breve y trágico matrimonio. Hannah le había contado su historia con Ben tratando de darle una oportunidad para que él hiciera lo mismo sin sentirse presionado. Pero Adam se había escabullido. Quizá hubiera deseado tener niños alguna vez, con su difunta mujer. Quizá la pérdida hubiese sido tan desoladora que le resultaba imposible formar otra familia con otra mujer. O quizá no hubiera encontrado aún a ninguna mujer comparable a ella. ¿Era ese el problema?, ¿callaba Adam por no herirla?

Apenas se había tomado el café cuando recibieron otro aviso de prioridad 1. Hannah corrió al garaje. Confiaba en que, con el tiempo,

las cosas se solucionarían por sí solas. ¿No había sido Adam precisamente quien había dicho que el pasado, pasado estaba, y que el futuro ya se vería? La vida les sonreía.

Sí, la vida les sonreía. Adam veía a Hannah casi siempre que quería, y cada vez estaban mejor. En realidad eso lo preocupaba. Él esperaba que sus sentimientos menguaran o, al menos, se estabilizaran hasta el punto de no importarle que Hannah abandonara el lecho por las noches para marcharse a su casa. O hasta el punto de no sentir celos porque ella quisiera pasar un día a solas con su hija. Estar sin ella comenzaba a ser molesto, era como perder el tiempo. Adam comenzó a pensar en la posibilidad de vivir juntos.

Tener a Heidi revoloteando a su alrededor tampoco sería tan terrible. Era una niña mona, y no había traspasado la barrera emocional que Adam había levantado para protegerse de ella. Casi hasta disfrutaba de su presencia, una vez que Heidi dejó a un lado su timidez. Se parecía a Hannah, y eso lo intrigaba. Sin embargo no lamentaría que Heidi desapareciera. Era a Hannah a quien quería, pero si el precio era Heidi estaba dispuesto a pagarlo.

El sábado por la tarde habían pensado ir al jardín botánico, el parque favorito de Heidi. Hannah debía preparar la merienda, pero cuando Adam llegó a buscarlas se encontró con que todo había salido al revés.

–Lo siento –se disculpó Hannah–, no me encuentro bien.

–¿Qué te ocurre?

–Creo que tengo lo mismo que aquellos dos gemelos. He vomitado tres veces durante la última media hora –contestó Hannah.

–Siéntate, no tienes buen aspecto. ¿Heidi está enferma también?

–No, está por ahí, jugando. Me muero por dormir, pero tengo que vigilarla.

–¿Dónde está Norma?

–Ha ido a montar en bicicleta con Gerry Prescott –sonrió Hannah.

–Ve a acostarte, y procura dormir. Te encontrarás mucho mejor.

–No puedo –protestó Hannah.

–Sí, sí puedes –insistió Adam–. Yo vigilaré a Heidi. De hecho… la llevaré al parque –añadió sorprendiéndose a sí mismo–. Así podrás descansar.

–¿Estás seguro, Adam?

Heidi llegó corriendo con un juguete de madera que hacía mucho ruido. Tanto, que Hannah se tapó la cara con las manos. Era evidente

que estaba demasiado enferma para soportarlo.

–Heidi, ¿quieres venir al parque conmigo?

–¿Y mamá?

–No, solo conmigo.

Heidi se metió el pulgar en la boca. Adam estaba acostumbrado a verla hacer ese gesto. Significaba que estaba considerándolo.

–Mamá no se encuentra bien –insistió Adam–. Tiene que descansar. Tú y yo iremos al parque, te montaré en el columpio.

Unos enormes ojos azules observaron atentamente a Adam. Heidi se sacó el pulgar de la boca y tomó una decisión.

–Sí, vamos a los columpios.

–Bien, enseguida –prometió Adam–. Vamos por tu abrigo y a meter a tu mamá en la cama.

–Ten cuidado con lo que dices delante de mi hija –bromeó Hannah.

–Sí, no estaría mal aprovechar la oportunidad. Pero prefiero a las mujeres sanas –sonrió Adam–. Te haré una taza de té. Necesitarás algo para el dolor de cabeza, me figuro.

–¿Y cómo sabes que me duele la cabeza?

–Te has tapado la cara al oír a ese ruidoso juguete de madera. Vamos, a la cama –insistió Adam tomándola del codo.

Heidi quiso llevarse el muñeco al parque. Fueron caminando, con el muñeco arrastrando. Al llegar a un semáforo la niña se agarró de la mano de Adam. La última vez que había llevado así a una niña había sido con Maddy. Adam apretó los dientes. Cuidaría de Heidi solo esa tarde.

El parque estaba abarrotado, y Heidi tuvo que esperar turno para subir a los columpios. Luego quiso escalar por los puentes metálicos en forma de arco, construir un castillo de arena y volver a los columpios. Para Adam aquel alboroto infantil resultaba agotador. Una hora después, estaba deseando volver a casa.

–No, yo quiero quedarme a jugar –declaró Heidi.

–Solo cinco minutos más –ordenó Adam–. Luego iremos a tomar un helado.

–Bien –contestó Heidi volviéndose hacia el puente para escalar.

Heidi se colgó del puente cabeza abajo junto a otro niño.

Adam se quedó de pie con ella, con el muñeco de madera en la mano. Entonces una mujer le dirigió la palabra y él se volvió, perdiendo de vista a Heidi por unos segundos. Cuando quiso volver a encontrarla había desaparecido. Adam se asustó. Aterrorizado, buscó a su alrededor. No estaba en los columpios. El parque estaba tan lleno, y los niños se movían tan deprisa… Adam la llamó a gritos.

–¡Heidi!, ¿dónde estás?

–Aquí.

Adam miró para arriba. Heidi se había subido a lo más alto del

puente, muy por encima de su cabeza. Adam tragó asustado. ¿Cómo había trepado hasta allí?

–Baja ahora mismo –ordenó Adam.

–Bueno –contestó la niña soltándose tranquilamente para saltar.

Adam no sabía que tuviera tan buenos reflejos. Tomó a la pequeña en brazos justo un segundo antes de que llegara al suelo.

–Eres muy traviesa –gruñó Adam–. Eso que has hecho no está bien –Heidi observó el rostro asustado de Adam y se echó a llorar. Adam respiró hondo–. Bueno, tranquila, no pasa nada. Pero tienes que prometerme que jamás volverás a hacerlo. Podrías haberte hecho daño.

Heidi lloró aún más. Al ver que el resto de adultos los miraban, Adam recogió el juguete del suelo y se llevó a la niña a un banco apartado. No podía llevar a Heidi a casa en ese estado. ¿Qué pensaría Hannah?

Heidi enterró la cabeza en su hombro. Adam se sentó y le dio golpecitos en la espalda. Entonces recordó los llantos de Maddy. Solían desvanecerse poco a poco, hasta quedarse callada. Con Heidi ocurrió igual. Adam se quedó absorto en medio del silencio, abrazando a la niña, tratando de no disfrutar de aquel calor. Ni siquiera se dio cuenta de cuánto tiempo estuvo así. Heidi se quedó dormida.

Adam pensó despertarla, pero parecía tan serena que le dio pena. Su diminuto rostro expresaba una perfecta paz. Por fin se le había pasado el susto. Adam sonrió. Heidi había confiado en él, en que él la agarraría. Y él había sabido responder. La niña estaba a salvo y volvería a confiar en él. Sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, Adam inclinó la cabeza y besó a Heidi en la frente. La niña abrió los ojos y sonrió.

–¿Volvemos a casa? –sugirió Heidi.

Adam asintió. Heidi sonrió y lo tomó de la mano. Al sentir sus deditos agarrarse confiados, Adam comprendió que estaba perdido. Heidi había conseguido lo que él se había jurado que nunca permitiría. Se había ganado su amor. Desde aquel instante, su miedo a perder a aquella niña sería tan grande como su miedo a perder a Hannah. Las amaba a las dos. Y eso era demasiado para él.

Capítulo 7

Adam estaba nervioso. Hannah no creía probable que se debiera al aviso de prioridad 1 que acababan de recibir. Se trataba de un

accidente de tráfico, pero él tenía que haber visto miles. Además, estaba así desde primera hora de la mañana. Adam tocó el claxon pidiendo paso. Apenas podía oírse la radio. Hannah tomó el micrófono y contestó:

–Aquí unidad 241. Adelante, control.

El ruido y las interferencias le impidieron oír la primera parte del mensaje. Luego escuchó:

–Un camión y un trailer han caído rodando por la falda de la colina. Parece que ha afectado también a tres coches que iban en dirección contraria.

–¿Qué hay de los refuerzos? –preguntó Adam encendiendo la sirena.

–¿Sabemos el número de víctimas? –preguntó Hannah presionando el botón de la radio.

–Negativo –respondió control–. Seguramente más de cuatro. Dos en estado 0, según los testigos. Hay gente atrapada. Código 100.

Hannah miró a Adam. Estado 0 significaba que había pacientes en estado crítico. Posiblemente inconscientes, con dificultades respiratorias o hemorragias internas. Código 100 significaba que los bomberos estaban de camino. Tenían que sacar a las víctimas atrapadas. Aquello sonaba muy serio.

–¿Y los refuerzos? –volvió a repetir Adam.

–La unidad 225 va detrás de vosotros. También hay médicos de camino.

Adam asintió y aceleró. Los coches se apartaron a los lados. Hannah contuvo el aliento al pasar por en medio de dos autobuses. Adam, sin embargo, aceleró.

–Unidad 241, ¿me copiáis?

–¡Roger! –contestó Hannah presionando el botón de la radio.

Hannah miró por el retrovisor. Había luces de sirenas tras ellos. Seguramente sería el médico, que participaba en los rescates cuando el número de ambulancias disponible era escaso y la situación era grave. Hannah no se atrevió a mirar el velocímetro. Jamás había viajado a tanta velocidad. Ni jamás había estado tampoco en un accidente grave.

Adam se concentró en llegar cuanto antes, ella en recordar qué debía hacer: evaluar la situación, comprobar la respuesta de los pacientes, su respiración y su circulación. En ese orden. Sin embargo la teoría siempre estaba lejos de la realidad. ¿Qué encontrarían al llegar?, ¿gasolina derramada, con peligro de incendio y explosión? ¿Qué transportarían el trailer y el camión?, ¿materiales tóxicos? ¿Y si había más de una víctima en estado crítico?, ¿tendría que ocuparse sola de uno de ellos? Las palmas de las manos le sudaban.

–¿Te encuentras bien?

–Sí, estoy bien.

–Estás pálida –afirmó Adam–. No estoy seguro de que hayas hecho bien hoy, viniendo a trabajar.

–Estoy bien –aseguró Hannah–. Me pasé el domingo y el lunes en la cama, y ayer me lo tomé con tranquilidad. Estoy completamente recuperada.

–Pues estás pálida.

–Es que jamás había estado en un accidente de tráfico de este calibre –admitió Hannah–. Estoy nerviosa.

–Lo harás bien. Recuerda la lección.

Hannah asintió. Por fin salieron a la autopista, y el tráfico aminoró. Adam aceleró y la miró. Hannah sonrió. Era agradable que se preocupara por ella. Un coche de policía los adelantó con la sirena. Hannah comprobó que llevaba los guantes y el impermeable amarillo reflectante necesario para trabajar en la autopista. Al llegar a la escena del accidente, se tranquilizó. Adam sabía exactamente qué hacer.

La escena no era lo caótica que Hannah esperaba. El camión y el trailer estaban volcados a un lado, bloqueando la autopista. La policía había cortado el tráfico. Había un coche boca abajo, hundido en un pequeño dique en la cuneta. Otro más tenía el techo destrozado, bajo el trailer, y un tercero estaba al otro lado de la autopista, incrustado en un poste que lo había detenido en la caída.

Adam observó la escena. Entonces llegó el médico y detuvo el coche junto a ellos. Había mucho personal de emergencia. Ivan Moresby, el director del centro de ambulancias, recogía información de los testigos y coordinaba a los equipos de emergencia. Hannah y Adam se dirigieron hacia él.

–Aún no han llegado los bomberos, pero no creo que tarden. Tú y Hannah id al coche que está en el dique, el de la cuneta. Según parece hay al menos una persona consciente allí. Creo que tenemos a dos en estado 0 en el coche que hay bajo el trailer, pero tengo que confirmarlo.

Adam y Hannah corrieron al coche que les habían asignado. En medio del asfalto, sentada bloqueándoles el paso, había una mujer, la única ocupante del tercer vehículo involucrado en el accidente. No tenía dificultades para respirar ni sangraba. Adam le puso un collar a toda prisa y llamó a una policía para que se ocupara de ella hasta que llegara otra ambulancia. Luego corrieron al coche volcado en la cuneta.

Al acercarse, un transeúnte salió del dique. Estaba muy nervioso. Desde el coche, se oían gritos pidiendo auxilio.

–Las puertas están bloqueadas –dijo el transeúnte–. No hay manera de entrar.

Hannah escuchó el llanto de un niño, más débil que los gritos de la madre. Asomó la cabeza por la ventanilla y vio a un bebé en su sillita, pataleando. No podía verle la cabeza, oculta tras las orejas de la sillita. Hannah trató de abrir la puerta, pero no pudo. Adam dio la vuelta al coche para abrir la del piloto. La mujer gritaba histérica:

–¡No se vayan!, ¡por favor! ¡Sáquenos de aquí!

–Los sacaremos en cuanto podamos. Por favor, no se mueva –contestó Hannah asomándose por la ventanilla del conductor, donde estaba sentada la mujer.

–¡Mi hija, por favor, salven a mi hija!

–La ventanilla de atrás está un poco abierta. Voy a forzarla –afirmó Adam con creciente ansiedad–. Los bomberos llegarán en un momento.

Hannah trataba de comprobar el estado de la madre. Estaba colgada boca abajo, sujeta por el cinturón de seguridad. El pelo le caía suelto hacia el techo, lleno de sangre. Hablaba, gritaba y lloraba sin parar, de modo que no debía tener dificultades respiratorias. Movía las manos, pero tenía las piernas atrapadas bajo el volante. Abría los ojos inmensamente, horrorizada.

–¿Cómo te llamas? –preguntó Hannah.

–Trudy.

–Yo soy Hannah. ¿Te cuesta respirar, Trudy?

–No, no creo. ¡Quiero salir de aquí!

–Lo sé, lo sé. Estamos esperando a los bomberos. Ellos saben cómo arrancar la puerta. ¿Te duele el cuello?

–No lo sé, me duele todo. Excepto las piernas.

–¿Sientes las piernas?

–No –contestó Trudy agitándose, tratando de salir inútilmente–. Tengo las piernas atoradas. No puedo moverme.

Hannah trató de buscar el medio de calmarla. La sirena que oyó entonces ayudó.

–Esos son los bomberos. Ellos te sacarán de aquí.

–¡Mi hija… por favor!

Adam seguía forzando la ventanilla. Consiguió abrirla justo cuando el bebé comenzó a gritar más. Luego se inclinó metiendo los brazos y trató de alcanzar el cinturón de seguridad que sujetaba la sillita del niño. Pero no pudo. Apenas le cabían los brazos, los sacudía a ciegas.

–Déjame a mí –gritó Hannah–. Yo soy más pequeña.

Adam se apartó y Hannah se inclinó sobre el coche. Ivan Moresby se acercó entonces a ellos.

–Las dos víctimas del otro coche están en estado 0 –les informó.

Hannah parpadeó, desfallecida. Se arrodilló y metió dentro del coche toda la parte del torso que le cupo por la ventanilla.

–¿Qué tenemos en ese vehículo? –continuó preguntando

Ivan.

–La conductora, Trudy, está en estado 3. No sangra ni tiene dificultades respiratorias. Está atrapada bajo el volante, y la puerta está bloqueada. No podemos sacarla. Hay un bebé en el asiento de atrás. Estamos tratando de sacarlo.

Hannah vio la carita sonrosada de la niña. Se inclinó un poco más y trató de llegar al cinturón de seguridad.

–Huele a gasolina –dijo de pronto Ivan.

–¿Dónde diablos está el código 100? –preguntó Adam a gritos–. ¡He oído la sirena!

–Tienen problemas para llegar. Demasiado tráfico. Los policías están despejando la zona –contestó Ivan asomando la cara por la ventanilla–. Hola, Trudy. Te sacaremos enseguida. ¿Tiene airbag tu coche? –preguntó enderezándose de pronto, nada más escuchar la respuesta, y mirando a Adam significativamente–. ¿Has oído eso?

Adam asintió tenso. Y sintió pánico. No por él, sino por Hannah. Alargó una mano y le tocó la espalda.

–Sal de ahí, Hannah. Es peligroso.

–Un segundo –contestó ella luchando con el cinturón de seguridad–. Casi lo tengo.

–Iré a interceptar a los bomberos –afirmó Ivan–. Hay que inutilizar ese airbag cuanto antes.

Adam observó marcharse a Ivan. Los gritos de Trudy se hicieron más intensos. El airbag podía saltar en cualquier momento, incluso una hora después del impacto. Y la electricidad que lo accionaba podía causar una explosión, si el coche perdía gasolina. Y olía a gasolina. ¡Hannah estaba dentro!

–¡Ahora mismo, Hannah, sal! –gritó Adam tomándola de la cintura.

–¡La tengo! –gritó Hannah girando la sillita del bebé para que cupiera por la ventanilla y comenzando a echarse atrás.

La sillita tropezó y Hannah volvió a intentarlo. Adam la sujetó de la cintura.

–Vamos –dijo Adam tenso.

Hannah no había oído la conversación acerca del airbag, y se quedó confusa, mirando a Adam. Adam tiró de ella. Los bomberos acababan de llegar. La madre de la niña seguía gritando histérica, atrapada en el coche.

Un bombero se acercó corriendo y gritando hacia ellos. Llevaba un cobertor de seguridad para inutilizar el airbag. Adam se volvió. Apenas pudo ver a la ocupante del vehículo mientras el airbag se accionaba. El bombero agarró a Hannah del otro brazo, tapándola a ella y al bebé con su pesado abrigo de seguridad. Trudy dejó de gritar bruscamente. El repentino silencio resultó chocante, pero fue peor lo que siguió. La explosión desencadenó una fuerte onda expansiva.

Hannah se tambaleó, aferrada a la sillita del bebé. Todos se volvieron al mismo tiempo para ver la espiral de llamas y humo que envolvía al vehículo.

–¡Oh, Dios mío! –exclamó Hannah soltándose de Adam y del bombero y dejando la sillita en el suelo.

No pretendía ponerse a salvo, corría hacia el coche. Adam la interceptó y la sujetó.

–Ya no puedes hacer nada, Hannah –dijo Adam obligándola a volverse hacia él, sosteniéndola y tratando de evitar que viera la escena–. Ya nadie puede hacer nada.

El equipo de bomberos se puso en acción, pero ya era tarde cuando lograron contener el fuego. Adam llevó a Hannah a la parte posterior de la ambulancia y la mantuvo ocupada con el bebé. La segunda ambulancia, con Tom y Derek, ya había llegado. Se ocupaban de la mujer a la que Adam había puesto el collar. Ivan había vuelto a la central. Apenas quedaba nada que hacer.

Nada más ponerlo en posición vertical, el bebé volvió a recuperar su color natural. La sillita lo había mantenido a salvo. Hannah lo sostenía en brazos, y por fin había callado. Ella contemplaba el coche ardiendo. Trudy seguía dentro. Alguien llamó a la puerta trasera de la ambulancia. Adam abrió. Era la policía a la que habían visto antes.

–Hemos encontrado al padre del bebé. Os verá en el hospital.

–Gracias. ¿Sabes su nombre?

–Freeman. John Freeman. La niña se llama Melissa.

–Enseguida vamos.

Adam observó marcharse a la policía. Aún tenía mucho que hacer allí. Hannah sabía que debía poner al bebé en su sillita para ir al hospital, pero era incapaz de despegarse de él. Melissa se agarraba a su trenza y sonreía. Hannah estaba a punto de llorar. –Siéntate en la camilla, os ataré juntas a las dos –dijo Adam.

Adam condujo despacio, mirando de vez en cuando a Hannah por el retrovisor. Sentía un enorme peso en el pecho. Trató de calmarse. Seguramente se debía al estrés, pero había superado cosas peores que aquella.

Sabía cuál era el problema. La muralla defensiva que había levantado en torno a su corazón estaba llena de grietas, evidentes incluso antes de aquel espantoso accidente. Esas grietas las había causado su amor por Hannah y por Heidi. El miedo que había sentido al ver a Hannah en peligro, inclinada sobre el coche con medio cuerpo dentro, había ensanchado esa grieta. Solo de pensarlo se le ponía la carne de gallina.

–¿Va todo bien ahí atrás?

–Sí, estamos perfectamente –contestó Hannah ausente.

Adam suspiró y aceleró. Ante él se presentaba un peligro más.

¿Qué ocurriría si dejaba que esa muralla se desmoronara, si volvía a amar y permitía que lo amaran? No se trataba solo de un riesgo personal. Adam sabía que se debilitaría profesionalmente, que sería más vulnerable al estrés, al caos y al horror como el de aquel día. Y no se sentía lo suficientemente fuerte como para echarse esa carga sobre los hombros voluntariamente.

Tom y Derek llegaron a urgencias antes que ellos, y observaron a Hannah con preocupación. Hannah trató de sonreír, pero no pudo. Para ella era la primera vez. Debía estar preguntándose cómo podía haber creído que iba a poder realizar un trabajo como aquel. Hannah le tendió el bebé a la enfermera.

–El padre está en una de las salas de espera –dijo la enfermera–. Quiere hablar con alguien que haya estado en la escena del accidente.

Hannah se quedó helada, miró a Adam. Él la tocó el brazo y dijo:

–Yo lo haré.

Hannah asintió. Lo observó marcharse. No le quedaban fuerzas. Tom y Derek se marcharon, respondiendo a otro aviso, y Hannah se quedó sola, en la ambulancia. Se sentó en la camilla, enterró el rostro en las manos y se quedó inmóvil. Luego escuchó que se abría y cerraba la puerta, pero no levantó la vista. El colchón de la camilla se hundió con el peso de Adam al sentarse. Adam puso un brazo sobre su hombro y Hannah apoyó la cabeza sobre él.

–Lo siento –dijo ella con voz amortiguada–. No podré ser un buen oficial de ambulancia si me derrumbo así, ¿verdad?

–No te has derrumbado –contestó Adam apretando su hombro–. Es una reacción perfectamente natural a un accidente tan grave y estresante como el de hoy. Mucha gente tendría problemas para asimilarlo, por eso hacemos reuniones y disponemos de consejo psicológico –explicó Adam acariciándole la cabeza–. Has salvado a ese bebé. De haber sabido que el coche tenía airbag, ni siquiera te habría dejado intentarlo hasta no colocar el cobertor de seguridad. Podríamos haberlos perdido a los dos.

Hannah asintió. De pronto, deseó marcharse a casa más que nada en el mundo, abrazar a su hija.

–¿Se hace cada vez más fácil, con el tiempo? –preguntó Hannah en voz baja–. Me refiero a enfrentarte a este tipo de cosas.

–Sí, aprendes a distanciarte –respondió Adam–. Tienes que hacerlo, o no sobrevivirías. Pero eso no significa que te conviertas en una persona dura e insensible.

Adam respiró hondo y abrazó a Hannah con fuerza. ¿Era eso lo que le estaba ocurriendo a él?, ¿era eso lo que deseaba que le ocurriera? En ese momento lo que más deseaba era contarle a Hannah sus miedos, las razón de ese miedo. Ella lo comprendería. Y si se lo contaba, quizá las cosas cambiaran. Para mejor. Adam se aferró a esa

esperanza con decisión. Se lo contaría. Pero no allí.

–Más tarde habrá una reunión –añadió Adam.

–¿Y qué se hace allí? –preguntó Hannah con poco entusiasmo.

–Bueno, nos reunimos todos los que nos hemos visto envueltos en el accidente. Hablamos de él y de nuestra reacción. Probablemente Ivan llame a un consejero, o a un psicólogo para llevar la sesión.

–¿Es obligatorio asistir? –preguntó Hannah, a quien no le gustaba la idea de exponer públicamente sus emociones.

–Es aconsejable, no obligatorio.

–Preferiría hablar contigo.

–Yo también quiero hablar contigo –sonrió Adam–. Hablar de verdad. Ven a casa conmigo esta noche –añadió acariciando su mejilla.

–No puedo, Adam. Mamá tiene clase, no puede quedarse con Heidi –suspiró Hannah pesadamente.

–¿Y no puede perderse la clase por una vez?

–Está aprendiendo a hacer ventanas de cuarterones. Está haciendo una para el baño, y la terminará esta noche. Es la última clase.

–¿Y no puedes llamar a una niñera?

Hannah sacudió la cabeza. De ninguna forma estaba dispuesta a separarse de su hija esa noche, pero no podía decírselo a Adam. Él también la necesitaba. No podía rechazarlo en favor de su hija, no después del accidente.

–Ven a casa conmigo –sugirió Hannah–. Meteré a Heidi en la cama y mamá no estará. A menos que…

La voz de Hannah se desvaneció. A menos que Adam estuviera interesado en algo más que hablar. O a menos que Heidi se hubiera convertido en un obstáculo demasiado importante para él.

Adam vio cambiar la expresión de Hannah. Sabía qué estaba pensando. Por mucho que deseara abrazarla y hacerle el amor para reafirmar el lazo que los unía, había algo más urgente y más íntimo que compartir esa noche.

–Yo llevaré la cena –sonrió Adam–. Estaré allí a las siete.

Adam llegó justo a la hora. Hannah abrió la puerta y lo guio al salón.

–Siéntate, te traeré algo de beber.

–Será mejor que primero meta esto en el horno –contestó Adam señalando la comida preparada.

–Yo lo llevaré.

Hannah alargó la mano para tomar el paquete, pero se le escurrió. Por suerte Adam no lo había soltado.

–Tú siéntate, yo traeré algo de beber –sugirió Adam.

–Lo siento –rio Hannah–. Aún estoy nerviosa.

Hannah se sentó junto a la chimenea. No había conseguido calmarse. Estaba feliz de volver a ver a su hija, pero también nerviosa. Y el hecho de que Norma hubiera escogido precisamente ese día para comprarle una cama nueva a la niña no resultaba de mucha ayuda. Heidi había provocado un gran alboroto, consciente de que aquel era un símbolo de madurez. –Espero que Heidi se vaya a la cama antes de que llegue Adam –había dicho Norma antes de marcharse.

–No importa, creo que Adam comienza a aceptar a Heidi como parte del trato, mamá. –¿En serio? –preguntó Norma.

–¿Es que tú no lo crees? –Norma había sido la única que había visto a Adam volver del parque con Heidi el sábado anterior. De pronto Hannah recordó la expresión de irritación de Adam a primera hora de la mañana. Las piezas del rompecabezas comenzaron a encajar–. Tú no lo crees, ¿verdad, mamá?

–Claro, es solo que el sábado parecía tener prisa por marcharse. Eso es todo, cariño. Debió resultarle pesado cuidar él solo de Heidi.

–Bueno, esta noche no estará solo –sonrió Hannah.

Claro que debía haberle resultado pesado, era natural. Pero la experiencia tampoco había sido tan terrible. Desde entonces, Heidi no hacía más que hablar de Adam. Pero quizá Adam no se alegrara tanto como ella del cambio de actitud de la niña hacia él.

Hannah había acostado a la niña poco antes de la llegada de Adam, pero Heidi la había mirado con ojos brillantes y pícaros desde su nueva camita. Eso inquietaba a Hannah, pero aquella noche tenía demasiadas cosas en que pensar.

Por suerte Adam parecía tomárselo con calma. Él sabía cómo enfrentarse a un accidente, y la ayudaría a superarlo, a distanciarse y verlo con perspectiva. Hannah respiró hondo y sonrió al ver a Adam acercarse con una copa de vino. Él se sentó en un sillón frente a ella. Entonces una diminuta carita apareció en el dintel de la puerta.

–¡Oh, no! –murmuró Hannah.

Los ojos de Heidi brillaban con intensidad, tras descubrir que podía salir de su cama cuando quisiera. Llevaba un osito de peluche en la mano y se había metido el pulgar en la boca, pero no buscaba a su mamá. Observaba a Adam. Sacó el dedo y saludó:

–Hola –Adam se sobresaltó. Estaba de espaldas a la puerta, no la había visto aparecer–. Este osito suena.

Adam dio un largo sorbo de vino recordando la escena del parque. Más valía olvidarla, bastante tenía ya con lo que pretendía contarle a Hannah. Cada cosa a su tiempo. Apretó los dientes y se esforzó por sonreír. Hannah debía comprender que aquel no era el mejor momento.

–Vuelve a la cama, cariño –ordenó Hannah.

–Yo también quiero hacer ruidito, como el oso –dijo Heidi desobedeciendo y entrando en el salón.

Adam se desesperó. Había visto a Hannah abrazar y hacer cosquillas a Heidi. Sabía lo que quería la niña. Igual que Maddy. Adam se hundió en el sillón, pero Heidi siguió avanzando hacia él. Hannah se levantó.

–Te llevaré a la cama –dijo Hannah con firmeza–. Vamos.

–No, quiero hacer ruidito.

–Yo te haré ruidito –se ofreció Hannah.

–No, él.

–No –negó Adam tratando de sumar su autoridad a la de Hannah.

Unos diminutos brazos se agarraron a su pierna. Aquello era demasiado. Adam se puso en pie de inmediato. Heidi se soltó entonces sin querer y cayó hacia atrás, golpeándose la cabeza. Hannah gritó horrorizada. Agarró a Heidi y la abrazó más rápida que el rayo, y luego miró a Adam furiosa. –¿Cómo te atreves a empujar a mi hija?

–Yo no la he empujado –la contradijo Adam con calma–. Ha sido un accidente –añadió alargando la mano para tocar el chichón en la cabeza de la niña.

–No la toques –gritó Hannah apartando a su hija.

–¡Por el amor de Dios, Hannah! –exclamó Adam ofendido–. No pretendía hacerle daño.

–Bueno, pero se lo has hecho, a pesar de todo.

–¡Es solo un chichón! –volvió a exclamar él desesperado, en su defensa.

Adam estaba irritado consigo mismo por haber perdido el control. Y Hannah reaccionaba de un modo exagerado.

–No me refiero al daño físico –afirmó Hannah–. La has rechazado.

–¡Por el amor de Dios! –volvió a exclamar Adam.

Heidi sollozó y se metió el pulgar en la boca, dirigiéndole una mirada dura, apoyando a su madre. Adam sacudió la cabeza.

–Todo esto no es necesario.

–No –convino Hannah–. Desde luego. ¿Por qué no te marchas, Adam? Déjanos solas.

Adam sintió que un soplo de aire helado invadía su corazón para morir instantáneamente, creando un silencio frío.

–¿Es eso lo que quieres que haga, Hannah?

–Nadie va a hacerle daño a mi hija, Adam –afirmó Hannah enérgica, pero con calma–. Ni física, ni emocionalmente.

–Pero no ha sido como tú…

–Vete –lo interrumpió ella–. Sal de aquí, Adam. Sal de mi vida. Sal de nuestras vidas –terminó Hannah estrechando a su hija.

Capítulo 8

Las cosas podían haber salido peor. Mucho peor. De haber continuado por ese camino, derribando por completo el muro que protegía su corazón, no habría tenido esperanzas de volver a reconstruirlo nunca. Había que ser fuerte para reconstruirlo. Tal y como estaban las cosas, apuntalarlo sería difícil, pero no imposible. Adam se había pasado la mayor parte de la noche intentándolo, y a primera hora de la mañana, al llegar a la central, estaba agotado.

Pero podía enfrentarse al agotamiento. En cierto sentido, el cansancio le distanciaba de las cosas, de la realidad, y eso le gustaba. Sus pacientes no lo notarían, por mucho que estuviera destrozado a nivel personal. Hannah no le importaba. Y no necesitaba que lo echara de su casa; estaba deseoso de salir de su vida. Para bien, en esa ocasión. Al pasar por delante del teléfono Adam respondió automáticamente.

–Aquí control.

–¿Podría hablar con Ivan Moresby, por favor?

–Aún no ha llegado –contestó Adam mirando el reloj–. Llame dentro de diez minutos o, mejor, déjeme el mensaje.

–Soy Norma Duncan, la madre de Hannah.

–Hola, Norma, soy Adam. ¿Qué ocurre?

–Hannah no irá hoy a trabajar.

–¿Y eso? –preguntó Adam aliviado y preocupado al mismo tiempo.

–Creo que aún no ha superado el virus. Anoche, cuando volví a casa, tenía un aspecto lamentable. No creo que haya dormido nada.

Adam escuchó indiferente. Hannah lo superaría. Después de todo, había sido su elección. De no haberse vuelto tan violentamente contra él habrían hablado. Y él habría tenido la oportunidad de explicarle por qué había reaccionado de un modo tan exagerado ante Heidi. En ese momento, sin embargo, cualquier explicación quedaba descartada.

–Y luego, cuando le he preparado el té esta mañana, ha empezado a vomitar. No puede ir a trabajar –continuó Norma.

–Claro –convino Adam–. Asegúrate de que descanse. Y si no consigues que tolere líquidos y que deje de vomitar, llama a un médico.

–Voy a llamar, de todos modos –respondió Norma–. Le diré a Gerry Prescott que venga a verla a última hora de la mañana.

–Yo avisaré a Ivan Moresby. Lo arreglaré todo para cubrir los turnos de las dos próximas noches. Hannah debe recuperarse.

–Bueno, no creo que eso le guste mucho. Seguramente estará bien mañana. La preocupa conseguir las suficientes horas de carretera antes

del cursillo.

–Eso no será ningún problema –aseguró Adam–, y estoy convencido de que Ivan opinará lo mismo que yo. Dile a Hannah que no queremos volver a verla hasta la semana que viene.

Aquella enfermedad resultaba de lo más oportuna. Él se encargaría de ajustar los turnos en el equipo azul. Hannah no era la única que necesitaba tiempo para recuperarse.

Adam debía estar implicado en el cambio de turnos. Por primera vez desde que trabajaba como oficial de ambulancia, Hannah tenía asignado el cuarto turno. Su compañero sería un oficial de segundo grado llamado Roger Marks, un hombre que llevaba más de dos meses sin trabajar, recuperándose de un problema de espalda. Hannah no lo conocía, pero había oído hablar de él.

–Tendrás que conducir tú –fueron las primeras palabras que le dirigió a Hannah–, porque yo tengo que cuidar mi espalda. Eres nueva, ¿verdad?

–Llevo casi tres meses en ambulancias.

–Estas más verde que la hierba –sonrió Roger alejándose–. Espero que seas más fuerte de lo que pareces.

En aquel momento no se sentía muy fuerte. De hecho, solo llegar al trabajo le había costado un gran esfuerzo. El descanso en casa no le había servido de gran cosa. Casi hubiera preferido volver al día siguiente, enfrentarse a Adam inmediatamente después de lo ocurrido. Durante aquellos días de descanso, la ira había ido cediendo para dar paso a una batalla de sentimientos contradictorios en su interior: su amor por Adam, y su amor por su hija. Pero no iba a dejar que Adam le ganara terreno, no podía permitírselo. Una desagradable sensación de decepción envolvía su vida.

En realidad era pena más que decepción. El rechazo rotundo de Adam hacia su hija había sido definitivo, terminante. Hannah comprobó el equipo y reflexionó. Roger tenía más de cuarenta años, y según se decía jamás le había gustado el trabajo. Quizá todo fuera para bien. Hannah cerró el maletín de primeros auxilios. Aquella mañana había vuelto decidida a que su ruptura con Adam no le echara a perder el resto de su vida, y menos aún la satisfacción que le proporcionaba su trabajo. Abandonarlos ambos habría sido demasiado, tenía que aferrarse a su vocación.

Los avisos de aquel día parecieron conspirar con Roger para procurarle uno de los días más negros de su vida. Primero tuvieron que trasladar a un paciente de un hospital a una residencia. Roger alegó algo urgente que hacer y la mandó sola a cumplirlo. Hannah sospechó que simplemente quería tomar café.

Los dos avisos siguientes fueron también traslados, pero en esas ocasiones Roger la acompañó. Eso sí, quejándose continuamente de lo mal que conducían los taxistas, los conductores de autobuses, los viejos y las mujeres. Hannah se animó un poco cuando recibieron un aviso de prioridad 3, pero cuando llegaron a la dirección indicada se encontraron con que el médico había llegado antes. Roger no quiso perder el tiempo valorando de nuevo la situación, así que el aviso acabó convertido en otro traslado. La única diferencia fue que el paciente, en esa ocasión, estaba realmente enfermo. Se pasó el viaje vomitando. Al llegar al hospital, Roger quiso encargarse del enfermo y le asignó a Hannah la tarea de limpiar la ambulancia.

A la hora de la comida volvieron a la central, pero Hannah no se sorprendió al descubrir que no tenía hambre, así que se dirigió a la biblioteca. Quizá los libros lograran hacerla recordar por qué había escogido un trabajo así. Sin embargo el intercomunicador sonó antes de que pudiera abrir un solo libro. Leyó el mensaje. Otro traslado. Hannah atravesó la sala de empleados para dirigirse al garaje. Tom y Derek estaban allí.

–No tienes muy buen aspecto –la saludó Tom.

–Estoy bien, gracias –contestó Hannah tratando de sonreír.

Entonces sonaron más intercomunicadores y unos cuantos hombres la siguieron hasta el garaje.

–¡Prioridad 1! –exclamó Derek leyendo el mensaje de su intercomunicador–. Dolor en el pecho.

–¡Otra vez no, por favor! –exclamó a su vez Tom abriendo la puerta y cediéndole el paso a Hannah.

Las luces de la ambulancia de Tom se encendieron. Hannah atravesó el garaje sin hacer caso de otra ambulancia que entraba. Sabía perfectamente quién conducía la unidad 641. Al abrir la puerta de su vehículo, Hannah se encontró con Roger sentado en el lugar del copiloto.

–Tendrás que darte un poco más de prisa –le reprochó Roger–. No te pagan para dormir, ¿sabes?

Dormir aquella noche le costó. A la mañana siguiente besó a su hija antes de marcharse. Norma parecía preocupada.

–¿Estás segura de que quieres continuar con este empleo?

–Eso es precisamente lo que tengo que descubrir, mamá. Sería patético que dejara una vocación y un empleo que tanto me ha costado conseguir solo por un romance desgraciado.

–Adam Lewis es un estúpido –afirmó Norma–. Y te aseguro que no me importaría decirle lo que opino de él.

–No serviría de nada, mamá –suspiró Hannah–. Tengo que superarlo y continuar con mi vida.

–Esperemos que hoy tengas un día mejor –sonrió Norma tratando

de animarla.

–No puede ser mucho peor –contestó Hannah sonriendo a medias.

A pesar de tener a Roger de nuevo como compañero, el día sí pareció al menos comenzar mejor. Nada más entrar, tuvieron un aviso de prioridad 1. Se trataba de un hombre que se tambaleaba en medio de la calle. Al llegar lo encontraron sentado en medio de una rotonda.

–Apenas puede andar –explicó un transeúnte que pasaba por allí–. Estaba gritando y jurando, se ha lanzado contra un coche, casi lo atropellan.

–Está borracho –dictaminó Roger de inmediato.

Hannah no estaba tan segura. No olía a alcohol, y el hombre iba demasiado bien vestido y limpio como para llevar toda la noche en la calle.

–¿Cómo se llama, señor?

–¡Déjame! –exclamó el hombre empujándola, articulando a duras penas las palabras.

Hannah se volvió hacia el testigo y preguntó:

–¿Se ha golpeado la cabeza?, ¿ha estado inconsciente en algún momento?

–Venga, vamos a llevarlo a la ambulancia –afirmó Roger tomando al hombre del brazo y tirando de él para que se pusiera en pie–. Estamos bloqueando el tráfico.

–Puede que se trate de una contusión –dijo Hannah agarrando al hombre del otro brazo para ayudarlo a subir a la ambulancia.

–Pues yo no lo veo –contestó Roger sujetando al hombre con firmeza, tras sentarlo en la camilla, de donde se quería levantar.

El hombre cayó en la camilla musitando incoherencias. Roger se apresuró a ocupar el asiento del conductor. Hannah sacó el instrumental para tomarle el pulso, pero el hombre la empujó, gritando:

–¡Vete, déjame en paz!

–¿Cómo se llama? –volvió a preguntar Hannah–. ¿Sabe dónde está?

La única respuesta que recibió fue un sonoro ronquido. Hannah sacó la linterna. En esa ocasión, al levantarle los párpados al paciente, este no la empujó. Las pupilas respondían y parecían idénticas, pero le preocupaba la progresiva pérdida de conciencia que mostraba el paciente. Le palpó la cabeza, pero no notó que tuviera ninguna contusión. Hannah le tomó la tensión y observó que tenía la piel húmeda y fría. Sacudió al paciente y preguntó:

–¿Me oye, señor? Abra los ojos –Hannah no obtuvo respuesta. Comenzaba a preocuparse seriamente–. Roger, creo que el paciente se nos va. Será mejor pedir refuerzos.

–Pero si estamos a diez minutos del hospital –protestó Roger molesto.

Hannah se balanceaba entre la camilla y el equipo, apenas podía trabajar con tanto movimiento. Agarró la máscara de oxígeno y rogó:

–Por favor, para. No me gusta el estado en el que se encuentra el paciente.

Por fin Roger, incómodo, se detuvo y pidió refuerzos. La idea de que fuera Adam quien acudiera a ayudarlos no desanimó a Hannah. Esperaba que fuera él.

–Ha perdido reflejos, y tiene taquicardia –informó Hannah.

–Utiliza un tubo de succión –ordenó Roger–. Y dale respiración asistida. Yo conectaré el monitor.

Hannah se sintió aliviada de ver que Roger respondía por fin, pero seguía preocupada.

–Está muy frío –señaló–. ¿Crees que debemos inyectarle glucosa?

–Dentro de un minuto –respondió Roger desenredando los electrodos.

Hannah le puso la máscara de oxígeno tras succionarle la saliva con un tubo. Por fin oyó la sirena de la ambulancia de refuerzo. De pronto se abrió la puerta trasera. La presencia de Adam resultó reconfortante.

–¿Qué ocurre?

–Lo hemos encontrado tambaleándose por la calle, jurando y vociferando delante de los coches –informó Roger–. Según los testigos, debe estar borracho.

–¿Qué nivel de azúcar tiene en sangre?

–Ahora mismo estamos tratando de averiguarlo –contestó Roger.

–Yo le pondré la intravenosa –dijo Adam tomando el equipo que le pasaba su compañero, Matt.

Le hubiera gustado ayudar a Adam, pero se vio atrapada en la parte delantera de la ambulancia, sin poder moverse. Con tres hombres, una camilla y todo un equipo desplegado, sencillamente no había espacio. Adam la miró brevemente.

–Cámbiale esa máscara y ponle quince litros de aire por minuto –ordenó.

Hannah obedeció y sacó suero para ponérselo al paciente, pero al darse la vuelta comprobó que Adam había sacado el suyo de su equipo y no lo necesitaba.

–El nivel de glucosa es de dos mililitros –informó Matt.

Demasiado bajo. El paciente tenía hipoglucemia.

–Trae glucosa –ordenó Adam conectándola de inmediato al catéter y abriéndolo al máximo–. En marcha. Matt, síguenos en la otra ambulancia. ¿Qué nivel de conciencia tenía cuando lo encontrasteis? –preguntó Adam dirigiéndose a Hannah.

–Poco, enseguida quedó inconsciente –respondió Hannah.

–¿Y no se te ocurrió medir el nivel de glucosa?

–Bueno, para empezar no se mostró muy cooperativo.

–¿Olía a alcohol?

–No –respondió Hannah mordiéndose el labio inferior–. Ni tenía signo alguno de contusión en la cabeza.

–Se tarda treinta segundos en medir la glucosa –afirmó Adam de mal humor–. Quizá, la próxima vez, te acuerdes de que es uno de los test más importantes. Aunque haya bebido alcohol, los síntomas pueden enmascarar un problema más importante – le reprochó Adam observando el monitor. La irregularidad de la curva parecía ceder progresivamente, pasando a estabilizarse–. Lo menos que podías hacer era monitorizarlo. Tienes suerte si esto no acaba en una denuncia.

Hannah no necesitaba aquella reprimenda. El tono de voz de

Adam resultaba suficientemente desalentador. El hecho de que Roger, como oficial de más experiencia, no hubiera hecho su trabajo, no era una excusa. Trataría de hacerlo mejor. Y sería feliz, si el resto de avisos de aquel día eran solo traslados. Así no tendría que pedir refuerzos, y Adam tendría que descargarse con otra persona.

Las dos noches siguientes Hannah hizo el turno con Matt. Trató por todos los medios de evitar discretamente a Adam, pero Matt se dio cuenta enseguida.

–Ya sé que no es asunto mío, pero Adam es mi mejor compañero, y no me gusta verlo así –dijo Matt en un descanso, sonriendo a medias–. Trabajar con él es un infierno.

–Lo superará –contestó Hannah fingiéndose interesada por el documental que ponían en la televisión–. No había futuro para nosotros dos, Matt. Jamás debimos comenzar la relación.

Matt gruñó de mal humor. Evidentemente la explicación no lo convencía. Miró a Hannah y suspiró, resignado.

–Quizá tengas razón. Lo superará –musitó.

Por supuesto que Adam lo superaría. Y ella también… algún día. Tras el descanso de cuatro días, Hannah consiguió convencerse a sí misma de que las cosas se arreglarían por sí solas. Roger estuvo de baja de nuevo durante la semana siguiente, de modo que Hannah trabajó con Tom. Era agradable hablar de niños. Hannah echó mucho de menos a Heidi, y comenzó a preguntarse si aquel empleo merecía la pena. Quizá abandonándolo solucionara todos sus problemas.

A la semana siguiente Ivan la llamó a su despacho. Eso la alarmó. La única razón que se le ocurría era que Adam se hubiera quejado de ella por el caso del paciente con hipoglucemia. El hombre había recuperado la conciencia enseguida, poco después de llegar al hospital, e incluso había sido dado de alta aquella noche, pero quizá las quejas, la burocracia, llevara su tiempo. Hannah entró nerviosa en

el despacho.

–Estoy preocupado por ti, Hannah –afirmó Ivan–. Empezaste muy bien. Todos los informes que recibía de ti eran muy positivos. ¿Cuánto tiempo llevas con nosotros?, ¿tres meses?

Hannah asintió y se retorció las manos en el regazo. Adam se había quejado, estaba segura.

–¿Se ha quejado alguien de mí?

–¡Cielos, no! No es esa la razón por la que te he llamado – contestó Ivan ajustándose las gafas en el puente de la nariz–. No pareces muy contenta. ¿Es que el trabajo no te resulta lo satisfactorio que esperabas?

–No sabía muy bien qué esperar –contestó Hannah aliviada–. Y sigo sin saberlo. Cada aviso es diferente. Eso es lo que más me gusta.

–Hmm… –murmuró Ivan pensativo–. No soy yo el único que está preocupado por ti, Hannah. Estás muy callada, nadie te ve nunca cuando estás en la central.

–Es que voy a la biblioteca –contestó Hannah comprendiendo que sus compañeros se habían dado cuenta de que evitaba la sala de empleados. Ivan debía conocer el motivo tan bien como los demás. Y seguramente no aprobaba que dos empleados mantuvieran relaciones–. La semana que viene comienza el curso para pasar al primer grado, pronto serán los exámenes. Pensé que me vendría bien estudiar.

–Muy loable –asintió Ivan poco convencido de su explicación–. Todos respondemos al estrés de forma diferente, Hannah. Este trabajo ejerce mucha presión sobre nosotros a nivel personal. Y tiene un coste emocional. Pero eso no debe afectar a los distintos aspectos de nuestras vidas.

–Mis relaciones personales marchan bien. Ya sé que últimamente he estado poco sociable, pero es que quería aprovechar el tiempo en la biblioteca. Tengo una hija pequeña, apenas tengo tiempo de estudiar.

–No pretendo inmiscuirme en tu vida privada, Hannah – asintió Ivan suspirando–. Solo quería señalar que, desde que atendimos aquel accidente de tráfico, hace unas semanas, estás distinta. No viniste a la reunión, y era tu primer accidente de gravedad. Pensé que quizá te hubiera afectado, eso es todo. Quiero que sepas que una de mis funciones es estar aquí, disponible, por si necesitas mi ayuda.

–Oh –exclamó Hannah–. Gracias.

–Aquel fue un caso muy estresante. Para todos.

–Sí –confirmó Hannah apartando la vista. Había sido el día más negro de su vida desde la muerte de Ben–, supongo que me obligó a replantearme ciertas cosas.

–¿Y has cambiado de opinión en cuanto a tu vocación?

–No lo creo –contestó Hannah sin levantar la mirada–. Soy capaz

de soportar el estrés.

–Eso espero. Sería una gran pérdida para el cuerpo si decidieras retirarte –hubo un silencio–. ¿Te gustaría cambiar de equipo? –preguntó Ivan inesperadamente.

–¿Por qué? –inquirió Hannah levantando la vista.

–Hay mucha gente a la que no conoces. Por ejemplo en el equipo rojo. Ellos cubren los turnos cuando tú descansas, así que nunca los ves. Parece que Eddie va a estar de baja algún tiempo, podría cambiarte por él.

En ese caso jamás volvería a trabajar con Adam, ni siquiera cuando pidiera refuerzos. Dejaría incluso de verlo, y no tendría que replantearse la posibilidad de abandonar el empleo. Era su oportunidad, y lo lógico hubiera sido saltar de alegría. Todo sería mucho más fácil. Superaría el abatimiento, olvidaría la sonrisa de Adam, su forma atenta de escucharla y su costumbre de pasarse la mano por los cabellos. Podría incluso olvidar las razones por las que se había enamorado de él. La distancia era la mejor solución, la más sensata. ¿Acaso era masoquista?

–Piénsalo –recomendó Ivan cansado de esperar su respuesta–. Pronto tendrás dos semanas de clase. Dame tu respuesta después.

Todo volvía a ser como antes. Los mismos compañeros, la misma clase. Solo que había algunos menos, y Hannah era la única mujer. Además, todos iban uniformados y eran más sabios, más expertos y más viejos que la primera vez. Hannah había visto a Derek a menudo, pero el cambio producido en el resto de compañeros la sorprendió.

Michael había perdido su aire de infinita confianza en sí mismo, estaba más callado y más atento a lo que decían los demás. Él y Ross habían estado en una central de un barrio de las afueras.

–Es un gran profesional –le contó Ross a Hannah–. Jim Melton, el instructor de esta clase, es compañero nuestro.

–Sí, es cierto. Vamos a aprender un montón –aseguró Michael.

–Ojalá fuera Adam quien diera el curso –comentó Eddie con sus muletas–. Aunque yo voy a suspender. Al menos, mientras no consiga reunir las suficientes horas de carretera.

–Pero has conseguido llegar aquí –respondió Hannah amable–. ¿Qué tal tu pierna?

–Va mejor. Voy a fisioterapia a diario –sonrió Eddie.

–Sí, he oído hablar de ti y de esa fisioterapeuta rubia – comentó Ross.

Eddie se sonrojó. Hannah sonrió y se sentó suspirando.

–Has adelgazado. ¿Has trabajado mucho? –le preguntó John a Hannah.

–Sí, tuve una infección, me la pegó un paciente. Me costó curarme. Tú, en cambio, tienes mejor aspecto que nunca –sonrió Hannah.

–Sí, estoy entrenando. Cuando termine el curso voy a ir a Hawai a una competición.

–¿En serio?, ¿te han dado permiso?

–No les he dejado opción –contestó John encogiéndose de hombros–. Para mí, las competiciones son tan importantes como este empleo –añadió sentándose al lado de Hannah–. A decir verdad, ya no me resulta una novedad. Estoy un poco harto de los traslados. Me estoy planteando si quiero seguir.

Hannah asintió. Para ella también había dejado de ser una novedad, pero a pesar de ello sabía que no quería dejar el empleo.

–Sí, pero a veces, cuando hay avisos importantes, recuerdas por qué estás donde estás –intervino Michael.

Sí, Hannah también necesitaba esos momentos para recordarlo. Resultaban alentadores.

–Pues yo no querría hacer otra cosa –repuso Ross.

El trabajo académico durante aquellas dos semanas fue intensivo. Estudiaron el estado clínico durante la primera y los problemas traumáticos durante la segunda. Hannah tomó muchos apuntes. El estudio en casa, con los libros de texto, consumía el resto de su tiempo.

–Pregúntame, mamá –le pidió a Norma una noche, una vez que Heidi estuvo en la cama.

–Bueno. ¿Cuáles son los tres procesos patológicos que siguen a una obstrucción pulmonar y desembocan en un ataque de asma agudo?

–Espasmos bronquiales, que provocan dilatación de los vasos sanguíneos, producción de mucosa en las membranas de la pared bronquial y obturación de los bronquios debido a la secreción –contestó Hannah con los ojos cerrados, haciendo memoria.

Norma asintió y continuó preguntando:

–¿Qué enfermedades, aparte del asma, puede provocar una dificultad respiratoria?

–Fallo cardíaco, aspiración de cuerpos extraños, inhalación de humos tóxicos, embolismo pulmonar, reacciones alérgicas y… y… –Hannah se mordió el labio–. Se me olvida algo.

–Bronquitis crónica –dijo Norma.

–¡Eso es!, ¡maldita sea! Pregúntame otra.

–Ya es hora de dejarlo, cariño. Es casi medianoche.

–Solo una más –rogó Hannah.

–La última –afirmó Norma seria–. ¿Qué síntomas produce un ataque cardíaco?

–Desasosiego, confusión, dificultades respiratorias, respiración rápida e irregular. Mmm… elevación de la presión sanguínea y… –

Hannah enterró la cara entre las manos–. Dios, no lo recuerdo. ¡Ojalá no estuviera tan cansada!

–Necesitas dormir –dijo Norma preocupada–. Estás trabajando demasiado, y no comes bien. No es de extrañar que siempre estés cansada –añadió mirando a Hannah y sacudiendo la cabeza–. ¿Sabes?, creo que aún no te has recuperado de ese virus.

–Pero si de eso hace semanas…

–Sí, pero llevas días vomitando, y desde entonces no tienes buen aspecto. Quiero que vayas a ver al doctor Prescott.

–Estoy bien, mamá –suspiró Hannah.

–Mañana –declaró Norma sin posibilidad de apelación–. Te pediré una cita para las cinco y media. Para entonces ya has terminado la clase, ¿no?

–Si eso te hace feliz –se resignó Hannah–. Iré a verlo, pero me va a decir que estoy bien. Es una pérdida de tiempo.

–Deja que sea él quien juzgue eso –aconsejó Norma.

Gerry Prescott no creyó que Hannah estuviera perdiendo el tiempo. Hannah no puso objeción a los análisis y preguntas que él quiso hacerle en aquel chequeo general.

–Vengo por mi madre. Estoy bien, en serio –insistió Hannah mientras terminaba de vestirse, saliendo de detrás de una cortina y sentándose frente a la mesa del doctor–. Un poco cansada, claro, pero con el nuevo trabajo y todo eso…

–¿Sueles tener menstruaciones regulares? –preguntó Gerry Prescott con naturalidad.

–Sí, normalmente sí.

–¿Y cuándo tuviste la última?

–No lo recuerdo –confesó Hannah frunciendo el ceño.

–¿Es posible que haga más de dos meses?

–¡Oh, no! –negó Hannah convencida–. Jamás tengo retrasos tan largos. Debe hacer unos… –su voz se desvaneció–. Pero no es posible que…

–Definitivamente. Estás embarazada, Hannah –asintió el doctor Prescott–. De unas ocho semanas, diría yo. Si quieres, te doy cita para hacerte una ecografía, así saldremos de dudas.

–Pero es imposible, se lo aseguro –negó Hannah sacudiendo la cabeza.

–Tu madre me contó que has mantenido relaciones últimamente.

–Sí, pero tomamos precauciones –insistió Hannah–. No puedo estar embarazada.

–Ningún método es infalible, me temo –señaló el doctor Prescott observando preocupado a Hannah–. Ya veo que la noticia ha sido un

susto para ti, pero te aseguro que no cabe duda. Tanto el análisis de orina como el examen físico han dado positivo.

–¡Pero no puedo estar embarazada! –exclamó Hannah en un susurro desesperado, comenzando a entrever las consecuencias de la noticia–. ¡No puede ser!

Capítulo 9

–No puedes estar embarazada –negó Adam inexpresivo, con los rasgos endurecidos–. Tuvimos cuidado, tomamos precauciones.

–Lo sé –contestó Hannah mirando por la ventana del salón de la casa de Adam–. Por desgracia, ningún método es infalible. Me he hecho análisis y una ecografía. Estoy embarazada de ocho semanas.

–Entonces aún no es demasiado tarde.

–¿Demasiado tarde? –repitió Hannah volviéndose y elevando la voz–. Demasiado tarde, ¿para qué, Adam?

Adam evitó su mirada. Se sentó abatido en el sofá y se tapó los ojos con una mano. Sobre la mesa, junto al sofá, una bandeja con la cena sin terminar. Hannah había ido a verlo sin avisar.

–¿Demasiado tarde para nosotros? –sugirió Hannah fríamente, sin esperar respuesta. Luego suspiró–. Siempre fue demasiado tarde para nosotros, Adam.

–No era eso lo que quería decir.

–Ah, entonces es que prefieres que haga desaparecer nuestro problema, ¿no es eso? –preguntó Hannah comenzando a enfadarse por el hecho de que él ni siquiera la mirara–. Quizá sea yo quien deba desaparecer. Dejo mi empleo y desaparezco por completo de tu vida. ¿Quieres eso, Adam? –preguntó Hannah cruzándose de brazos–. Tranquilo, es probable que ocurra. No creo que pueda conservar mi trabajo estando embarazada. Y, aunque no lo estuviera, no estoy segura de querer trabajar cerca de ti.

Ni siquiera aunque tuviera al niño y aceptara la generosísima oferta de su madre de cuidar de sus dos hijos. Adam continuaba sin mirarla.

–¡Maldita sea, Hannah! –exclamó Adam dando un golpe en la mesa–. No esperaba que ocurriera algo así. Me aseguré muy bien de que no hubiera consecuencias –repitió levantándose–. Te dije desde el principio que en mi futuro no podía haber niños. Ni míos, ni de nadie. Especialmente míos.

La forma en que Adam la miraba era desoladora. Sus ojos expresaban tal angustia que Hannah comenzó a comprender lo profundamente afectado que estaba. ¿Cómo podía habérsele ocurrido la idea de que Adam aceptara a su hijo?, ¿cómo podía haber creído por un momento que su embarazo podía tener un efecto positivo sobre sus relaciones?

Hannah se enfadó. Estaba asustada ante la profundidad de las emociones que veía en él. No podía creer que el bebé fuera la única causa de esa desolación, pero fuera como fuera, Adam parecía incapaz

de soportarlo. Si lo presionaba, quizá llegara a descubrir la verdad, pero se sentía demasiado débil, demasiado vulnerable como para cargar con los problemas de los demás. Bastante tenía con los suyos.

–No debería haber venido –afirmó con calma, apartando la mirada de Adam para darle la oportunidad de calmarse–. Pensé que tenías derecho a saberlo.

El silencio que siguió fue tenso, tenso por todas las palabras y las cosas que no se dijeron. Hannah volvió a mirar por la ventana. Fue Adam quien habló entonces, era su turno de decidir.

–Te quiero, Hannah –Hannah no contestó. Aquellas palabras la hirieron más que cualquier grito, porque sabía qué iba a decir Adam a continuación–. Es simplemente que… no estoy preparado para enfrentarme a esto.

–¿Qué quieres que haga, Adam? –preguntó Hannah volviéndose hacia él.

–Es tu cuerpo –declaró él encogiéndose de hombros–, la elección es tuya –añadió apartando la mirada–. No es la primera vez que te enfrentas a la idea de tener un niño sin padre.

–¿Cómo puedes siquiera compararlo? Con Heidi no tuve otra elección, tuve que seguir adelante sin su padre.

–Siempre hay una elección, Hannah.

–Yo amaba a Ben –repuso Hannah pálida–. Y quería a mi bebé. A nuestro bebé.

–¿Y a este?

Hannah apretó los dientes. No iba a confesarle que sus sentimientos hacia él eran aún más fuertes de lo que lo habían sido por Ben. Ni a decirle que incluso en ese momento, tras su rechazo de Heidi, era incapaz de mirar al futuro sin él. Aquel rechazo había servido para hacerle comprender lo difícil que sería superar el obstáculo, pero a pesar de todo Hannah no podía dejarlo marchar.

La batalla de sus sentimientos, con Adam de un lado y Heidi del otro, la había destrozado. No podía seguir soportándolo. En aquel momento, ni siquiera estaba segura de que sus sentimientos por Adam no hubieran cambiado. En todo caso, no quería añadir una tormenta emocional más a la situación.

–Tal y como has dicho, es mi elección –afirmó Hannah dirigiéndose hacia la puerta.

–Espero que sepas arreglártelas bien… sea lo que sea lo que decidas –dijo Adam siguiéndola hasta la puerta.

–Eso espero –contestó ella tensa–. Tú lo has dicho, tengo práctica criando hijos sin padre. Podré manejar uno más. Quizá no sea tanta la diferencia.

–Si puedo ayudarte en algo… económicamente, me refiero.

Dímelo –continuó Adam incómodo–. He oído decir que la clínica

Cambridge Terrace tiene el mejor departamento de maternidad de la ciudad, pero también que es muy caro.

Hannah salió de la casa. La clínica Cambridge era famosa por sus cuidados, pero también por proporcionar abortos rápidos y discretos. Hannah ni siquiera estaba dispuesta a contemplar esa posibilidad.

–Adiós, Adam –se despidió sin mirarlo siquiera.

–¡Hannah!

Hannah lo oyó llamarla, pero no hizo caso. No había nada más que decir.

A la mañana siguiente Adam dio un portazo al salir de casa. Estaba tan irritado que hacía las cosas automáticamente, sin darse cuenta. No podía olvidar ni por un instante el dilema en el que le había puesto Hannah la noche anterior. Aquel iba a ser un día infernal. El único consuelo que le quedaba era que no la vería, porque Hannah seguía asistiendo a clase.

Pero acabarían por discutir. La disputa de la noche anterior no había terminado, y eso lo carcomía por dentro. Había estado a punto incluso de llamar a Hannah a las cuatro de la madrugada.

¿Cómo había podido atreverse a sugerirle que abortara? Era impensable. Era una solución terminante, definitiva, fría e insensible para algo que, en realidad, ni siquiera debía ser un problema. Hannah y él se amaban. O se habían amado. ¿Podía un amor como aquel desvanecerse solo por el caos emocional al que había sido expuesto durante las últimas semanas?

Caos del cual el único culpable era él. Hannah no había hecho más que ofrecerle su amor y tratar de proteger a su hija. ¿Seguiría amándolo? La noche anterior ella no había dicho nada al respecto. Había hablado de su amor por Ben y por su hija, pero no del que sentía por él o por su hijo. Habían acordado que la decisión era de ella, y luego él la había dejado marchar.

Adam aparcó el coche y entró en el garaje. Estaba en el trabajo. Había llegado la hora de demostrar que su vida privada no le afectaría. Por suerte le tocaba salir con Matt, pero por desgracia el primer aviso fue por maternidad.

–Prioridad 1 –señaló Matt mientras ambos corrían a la unidad 241–. Una mujer a punto de parir. Gasgoine Street, 12B.

Conducir a toda velocidad lo distrajo. Tenía que emplear en ello toda su concentración. Tardaron solo cuatro minutos en llegar. Un hombre nervioso, de unos treinta años, abrió la puerta instantáneamente.

–¡Gracias a Dios! –exclamó al ver a Adam–. Tenemos prisa, no queda mucho tiempo –añadió poniendo una maleta en manos de

Adam–. Tenga esto, yo iré por Pamela.

Adam y Matt se miraron frunciendo el ceño. Era inquietante tanta ansiedad. Primero había que valorar la situación, antes de ponerse en marcha. Adam dejó la maleta en el suelo y entró en la casa con el maletín de primeros auxilios. Siguió al hombre y lo encontró en un dormitorio, ayudando a la mujer embarazada a ponerse el abrigo.

–Esta es mi mujer, Pamela –explicó el hombre al ver a Adam en la puerta–. Estamos listos para marcharnos.

–Hola, Pamela –sonrió Adam–. Yo soy Adam. ¿Es tu primer parto?

Pamela sacudió la cabeza en una negativa y Adam enarcó las cejas. De ser primeriza, habría comprendido perfectamente los nervios.

–¿De cuánto estás embarazada?

–De treinta y seis semanas.

–¿Has tenido contracciones?

El hombre tomó a Pamela del codo y la ayudó a ponerse en pie.

–Ahora no hay tiempo para preguntas –dijo impaciente–. Tenemos que marcharnos. Esto es una emergencia.

–Preferiría conocer primero de qué emergencia se trata – alegó Adam con calma–. Puede que seamos mucho más útiles aquí que en carretera.

–Me mareo, Bruce –dijo Pamela con ansiedad–. Creo que voy a vomitar.

Matt entró en el dormitorio y dejó la maleta en el suelo. Adam corrió a ayudar a Pamela.

–Siéntate –ordenó Adam–. Este es mi compañero, Matt. Bruce, ¿podrías traer un barreño para Pamela, por favor?

–Tengo uno aquí –dijo Bruce soltando reacio a su mujer–. Tuvo ganas de vomitar antes, cuando comenzaron las contracciones.

–¿Con qué frecuencia las tiene?

–Cada dos minutos –informó Bruce–. Y duran unos sesenta segundos, por lo menos. Por eso tenemos que marcharnos.

Adam le tomó el pulso a Pamela. Luego tocó su abdomen, que estaba duro como una piedra. Pamela se retorció de dolor.

–Ya vuelve –gritó–. Necesito empujar. ¡Voy a vomitar! –gritó segundos después.

Bruce sostuvo el barreño y Adam se volvió hacia Matt.

–No podemos llevárnosla así, el parto es inminente. Tendremos que hacerlo aquí y llevarlos después a los dos al hospital.

–¡Pero no puedes hacer eso! –gritó Bruce sosteniendo el barreño y a su mujer, por la frente–. Todo está preparado en el hospital. Necesitamos cuidados intensivos para el bebé.

–¿Es que esperan tener problemas? –preguntó Adam mientras Pamela caía exhausta en la cama y gritaba.

–Es demasiado tarde, Bruce. De verdad, tengo que empujar.

Matt estaba preparado para rasgarle la ropa a Pamela con las tijeras. Adam dobló una toalla y la colocó bajo sus caderas. Bruce tomó de la mano a su mujer.

–Tranquila, amor mío, ellos saben lo que tienen que hacer.

–¿Qué problemas esperan? –volvió a preguntar Adam.

–Los mismos que la última vez –jadeó Pamela.

La contracción había terminado, pero era demasiado tarde para llevar a Pamela al hospital. Adam podía ver casi la cabeza del niño asomando. Una contracción o dos más y tendría al bebé en las manos.

–¿Y qué problemas fueron? –volvió a preguntar Adam.

–Se trata de un desorden conectivo de las membranas. Es un síndrome muy raro, poco frecuente –explicó Bruce con más calma–. El problema principal es la anatomía del corazón y de los pulmones del niño. Es muy probable que tenga dificultades para respirar nada más nacer.

Adam respiró hondo. Matt había recogido más equipo de la ambulancia. Adam colocó el barreño limpio junto a Pamela por si volvía a vomitar. Luego conectó la máscara de oxígeno a la bombona y se puso guantes. Por fin comprendía la terrible ansiedad de los padres.

–¿Perdisteis al primer bebé en el parto? –preguntó Adam con amabilidad.

–No –respondió Pamela–. Bethany vivió seis meses. Mucho más de lo que esperábamos. Incluso pudo venir a casa con nosotros. Era un bebé feliz y precioso.

Adam se sorprendió. Aquello debía haber significado una gran pérdida para ellos. Aún peor con seis meses que recién nacido, cuando no hay tiempo siquiera de encariñarse con el bebé.

–¿Y sabéis que este bebé va a padecer lo mismo? –preguntó Adam.

–Sí, lo sabemos –asintió Bruce–. Al principio creían que era poco probable que sucediera una segunda vez, pero lo descubrieron en la segunda ecografía, cuando Pamela estaba embarazada de doce semanas.

Adam se quedó atónito. ¿Cómo era posible que hubieran seguido adelante, sabiendo que su segundo hijo padecería la misma enfermedad que el primero? Más aún, Pamela y Bruce parecían ansiosos por lograr que aquel segundo bebé sobreviviera al parto.

–¡Ya viene! –gritó Pamela aferrándose a la mano de su marido y levantando la cabeza de la almohada para empujar.

Adam colocó las manos sobre el cráneo del bebé ejerciendo una suave presión, con cuidado de evitar la cara y la fontanela.

–Tiene el cordón umbilical enrollado al cuello –dijo dirigiéndose a Matt–. ¿Tienes unas pinzas?

Matt le pasó unas pinzas y Adam las colocó presionando el cordón,

a unos centímetros de distancia una de otra. Luego cortó el cordón por en medio y sacó la cabeza del bebé, succionándole la mucosa de la boca y de la nariz varias veces seguidas. Con la siguiente contracción el resto del cuerpo del bebé salió. Adam lo tomó y lo dejó sobre una toalla limpia para volver a succionarle la mucosa.

Adam se ocupó del recién nacido, y Matt de Pamela, que volvía a vomitar y a gritar. Bruce se echó a llorar al ver a su hija.

Aquello no resultaba de ayuda. Adam le hizo al bebé el test de Apgar de inmediato. Estaba azul. Le tomó el ritmo cardíaco, pero el corazón apenas latía cien veces por minuto. El bebé no mostraba síntomas de actividad, solo a veces parecía hacer esfuerzos por respirar.

Adam sacó la mascarilla infantil del equipo y se la colocó para procurarle oxígeno. De esa forma consiguió ventilarlo delicadamente, hasta dilatarle el pecho. Bastó con apretar la perilla una vez. Después de treinta segundos, volvió a tomarle el ritmo cardíaco. Tenía menos de ochenta pulsaciones por minuto.

Adam estaba muy serio. Colocó los pulgares sobre la parte baja del esternón del bebé rodeando su diminuto pecho y presionó. Lo presionó rápidamente, con una frecuencia de al menos ciento veinte presiones por minuto.

Unos cinco minutos después, volvió a realizarle el test de Apgar. Por fin el bebé estaba rosado, pero seguía teniendo las manos y las piernas azules. El pulso había subido a más de cien. El bebé movía los rasgos de la cara al respirar. Adam le movió un brazo. La flacidez había cedido en parte.

–Ya se mueve un poco –informó a Matt.

–Y la respiración va mejor –observó Matt–, aunque sigue siendo lenta.

–La mejoraremos, conseguiré que sea del doble –sonrió Adam por primera vez, desde el momento de llegar a aquella habitación. Luego miró a los padres–. En cuanto me asegure de que está bien, los llevaré a todos al hospital.

–Ya sale la placenta –dijo Matt.

–Ocúpate tú de eso –ordenó Adam volviendo su atención deprisa hacia la niña.

Adam presionó los pies del bebé y este lloró por primera vez. Pamela levantó la cabeza excitada y gritó:

–¡Está viva!

–Y es preciosa –añadió Bruce.

–Dentro de un minuto podréis abrazarla –le dijo Adam a Pamela, observando cómo Matt terminaba de sacarle la placenta–. Séllala en una bolsa, Matt. ¿Podrías traer la camilla hasta aquí tú solo?

–Claro.

Diez minutos más tarde, Adam realizó el test de Apgar una tercera vez y quedó satisfecho. Nueve sobre diez. Envolvió a la niña en una sábana y la dejó en brazos de la madre. Se los llevaría en cuanto hubieran puesto un poco de orden en todo aquel caos. Ambos pacientes requerían el cuidado de un especialista cuanto antes.

–Es exactamente igual que Bethany –susurró Pamela contemplando a la recién nacida–. ¿No te parece, Bruce?

–Como dos gotas de agua –convino Bruce.

Adam guardó las toallas sucias en una bolsa. ¿Cómo podía aquella pareja estar tan contenta y llena de júbilo, cuando sabían a qué se enfrentaban, cuando sabían que aquel bebé sobreviviría como muchos unos cuantos meses? Adam sabía qué se sentía contemplando a un hijo por primera vez. Sabía que en ese momento uno no podía evitar preguntarse qué sería de él, cómo sería cuando fuera mayor. Con cinco, con diez años. Igual que se lo había preguntado él con Maddy, igual que seguiría preguntándoselo el resto de su vida. Adam suspiró y guardó las cosas en el maletín. Le ocurriría lo mismo con el hijo de Hannah, fuera cual fuera su decisión.

–Esta es Bethany. Tenía tres meses –dijo Bruce ofreciéndole una foto a Adam mientras guardaba el equipo. Adam tuvo que mirar la fotografía. Parecía un bebé normal, feliz–. Ahora tendría cinco años. Muchas veces nos preguntamos cómo sería, de haber sobrevivido –sonrió Bruce débilmente.

–Lo sé, lo sé –repuso Adam amablemente–. No es fácil, ¿verdad?

Matt había preparado la camilla. Adam se aclaró la garganta.

–Vamos. Bruce, ¿puedes sostener a la niña mientras trasladamos a Pamela a la camilla?

Adam quería conducir, pero Matt llegó primero y ocupó el asiento.

–De ningún modo, colega –le dijo a Adam–. Tú la has ayudado a nacer, así que ahora rellena los papeles.

Durante el viaje al hospital, Adam se las arregló para ocuparse de la madre, de la niña y de rellenar los papeles. Bruce se sentó a su lado en la camilla que quedaba libre.

–Probablemente pienses que estamos locos, decidiendo volver a pasar por esta experiencia otra vez –dijo Bruce de pronto, casi cuando llegaban al hospital. Adam sonrió y calló–. Después de lo de Bethany, no pretendíamos que Pamela volviera a quedarse embarazada, pero tampoco quisimos evitarlo, una vez que lo estaba. Se nos ofreció una oportunidad.

–Perder a Bethany fue lo peor que nos ha ocurrido en la vida –añadió Pamela–. Pero luego nos dimos cuenta de que los meses que pasamos con ella fueron los mejores de nuestra vida.

–Esta vez sabemos qué esperar –continuó Bruce, deseoso de hacerle comprender la situación–. Por eso sabremos disfrutar al máximo del

tiempo que la tengamos con nosotros, y por eso estábamos tan preocupados porque el nacimiento fuera un éxito.

–Queremos aprovechar cada minuto con nuestra hija –añadió Pamela besando la cabeza diminuta de su hija–. Cada instante.

Adam estaba deseoso de llegar al hospital y pasar el caso a maternidad. Todos lo felicitaron por el éxito del parto, pero él tenía otra cosa en la mente. Se trataba de una emergencia personal, en realidad. Subió al asiento del piloto de la unidad 241 y esperó a Matt. Eran casi las cinco y cuarto. A esas horas Hannah habría terminado sus clases, estaría en casa. Adam sacó el teléfono móvil y marcó el número.

La línea estaba ocupada. Adam suspiró lleno de frustración. Necesitaba hablar con ella. De inmediato. No podía esperar. En cuanto llegó Matt, encendió el motor y soltó el freno de mano.

–¿Qué prisas tienes?, ¿es que hay otro aviso?

–No, es un asunto personal –explicó Adam escueto–. Y urgente.

Adam condujo hasta la casa de Hannah. ¿Cómo podía haber estado tan equivocado durante tantos años?, ¿cómo podía haber estado tan obsesionado con algo tan negativo? Pamela y Bruce tenían razón. El tiempo pasado con la persona amada era un tiempo precioso. Cada minuto. La pena y el dolor que causaba la pérdida de esa persona solo se producía precisamente por el júbilo y la felicidad perdida. Llevaba años negándose a reconocer la felicidad que había vivido con Maddy, con tal de evitar el dolor. Por fin comprendía la enormidad de su error, de lo que se había negado a sí mismo.

Adam sentía ya de hecho la pérdida de Hannah. Trataba de negarla también, cuando ni siquiera se había permitido a sí mismo gozar de toda la felicidad que ella podía procurarle. Felicidad que solo alcanzaría si aceptaba su amor y se confiaba a ella plenamente, con completa sinceridad, felicidad que solo alcanzaría si le confesaba cuánto deseaba tener un hijo de los dos.

Adam paró delante de la casa de Hannah y llamó a la puerta. Matt lo miró confuso, pero no preguntó nada. Lo miró más preocupado, sin embargo, cuando lo vio volver corriendo. En el porche, una mujer mayor y una niña los observaban.

–¿Qué ocurre? ¿A dónde vamos ahora?

–A la clínica Cambridge –contestó Adam–. Y esta sí que es una emergencia.

Capítulo 10

La verja de hierro de la clínica estaba abierta, pero no había modo de entrar. Adam apretó el freno ante la línea de gente caminando en silencio delante de la puerta. Sus manos, unidas, formaban una cadena imposible de atravesar.

–¿Qué diablos…? –preguntó desconectando la sirena.

–Es una manifestación en favor de la vida –observó Matt–. Mira los carteles.

–¿Y qué diablos hacen aquí?

–Se dedican a bloquear todos aquellos lugares en los que se practica el aborto.

–¿Pero por qué aquí?, ¿y justo hoy?

–Aquí se hacen abortos –respondió Matt con sensatez–. Creía que todo el mundo lo sabía.

–¿Por el amor de Dios! ¿Y por qué crees que estamos aquí? –sacudió la cabeza Adam incrédulo–. Pero no solo se hacen abortos, ¿es que esta gente no tiene nada que hacer?

Un hombre de mediana edad se acercó a la ambulancia dándose aires de importancia. Golpeó la ventanilla y Adam la bajó.

–Lo siento, amigo, pero no podemos dejarlo pasar.

–¡Al diablo con que no pueden dejarme pasar! –gritó Adam–. Obligue a esa gente a moverse, es una emergencia.

–Todo son emergencias –asintió el hombre–. Por eso nosotros tenemos que hablar en defensa de aquellos que no pueden hablar. Estamos salvando vidas.

–¡Por el amor de Dios! –exclamó Adam elevando la voz–. ¡Muévanse! ¡Voy a tener un hijo!

–¿En serio? –preguntó Matt incrédulo–. ¿Vas a tener un hijo?

–¡Eso espero! –musitó Adam–, si es que no llego demasiado tarde. Si quiere usted salvar una vida, amigo, dígale a esa gente que se aparte del camino.

Adam volvió a encender la sirena y las luces. Comenzó a conducir despacio hasta llegar al primero de los manifestantes, y entonces la cadena se soltó. Adam aprovechó para acelerar. Matt seguía observándolo incrédulo.

–¿De verdad vas a tener un niño?

–No, claro que no.

–Entonces, ¿qué hacemos aquí?

–Hannah va a tener un niño –suspiró Adam–. Mi hijo. Es decir, si es que ha decidido seguir adelante.

–¿Quieres decir que está considerando la posibilidad de abortar?

–No lo sé –contestó Adam distraído, leyendo las señales que indicaban la dirección de los diferentes departamentos dentro de la clínica. Las posibilidades eran numerosas: hospitalización, consulta de pacientes externos, paritorio, quirófanos, preparación para el parto…–. ¿A dónde habrá ido? –musitó Adam tenso.

–Y el problema que habéis tenido, ¿ha sido porque ella quería abortar? –preguntó Matt confuso–. ¿No quiere tener un hijo tuyo?

–No, ella cree que yo no quiero tener un hijo.

–¿Y quieres?

–Por supuesto que quiero, ¿qué crees que hago aquí? – preguntó Adam dando un golpe en el volante–. Pero tengo que decírselo.

–Puede que sea un paciente externo que va a consulta – sugirió Matt–. O que vaya al quirófano. Todo depende de lo rápidas que sean estas cosas. ¿Cuándo pidió la cita?

–No tengo ni idea. Yo me enteré ayer de que estaba embarazada, pero ya se había hecho las pruebas, incluyendo la ecografía. Puede que tenga la cita desde hace mucho tiempo. Probemos en el quirófano –decidió de pronto Adam girando a la izquierda.

–¿Y qué pasa si surge un aviso?

–Tendrás que acudir solo –contestó Adam–. Tengo que solucionar esto. Es una emergencia –repitió mirando el reloj–. De todos modos, enseguida acaba nuestro turno. Espérame aquí – añadió deteniendo el vehículo y abriendo la puerta.

Adam subió los tres escalones de una vez y abrió la puerta enérgicamente. La recepcionista se sobresaltó.

–¿Hemos llamado a una ambulancia?

–No, estoy buscando a una persona. Hannah Duncan. ¿Está aquí?

–¿Es usted pariente suyo?

–No –contestó Adam automáticamente–. Pero necesito encontrarla.

–Me temo que no puedo dar detalles de los pacientes sin permiso explícito. Su visita… ¿es profesional? –preguntó la recepcionista mirando la ambulancia.

–¡Claro! –mintió esa vez Adam–. Escuche, no necesito detalles. Solo necesito saber dónde está.

–¡Ah! ¿Qué nombre dijo?

–Hannah Duncan

–No está citada para hoy en quirófano.

–Entonces, ¿dónde puede estar? Su madre me dijo que estaba aquí.

–Esta clínica es muy grande. ¿A qué ha venido?

–No lo sé –gruñó Adam–. Eso es lo que estoy tratando de averiguar.

–Pregunte en información, entrando por la puerta de al lado.

Adam bajó las escaleras más despacio. El intercomunicador estaba sonando. Matt se había sentado ya en el asiento del piloto.

–Se trata de una prioridad 4, nada más. Un traslado. Trataré de que me acompañe una enfermera. Podré arreglármelas solo, y después nuestro turno habrá terminado, así que quedas libre.

–Gracias, amigo. Te debo una –respondió Adam dejando el intercomunicador en el asiento de la ambulancia.

–Ve a buscar a Hannah. Y soluciona esto –aconsejó Matt.

–Tranquilo, no me marcharé de aquí hasta que no lo haya solucionado.

La ventanilla de información estaba repleta de gente. Un enorme grupo de personas daba vueltas por la sala. Adam se acercó a preguntar.

–¿Ha venido usted a visitar la clínica, señor? Ahora mismo va a comenzar la visita guiada.

–No, estoy buscando a una persona, Hannah Duncan. No estoy seguro de a dónde puede haber ido, pero tiene una cita a las cinco y media.

–Son las seis menos veinte –señaló la recepcionista–. ¿Debía usted acompañarla a esa cita?

–Sí –respondió Adam, que comenzaba a acostumbrarse a mentir–. Es imperioso que esté presente. Soy su marido –sonrió complacido.

–Bueno, vamos a ver.

La recepcionista mecanografió el nombre en el ordenador. Entonces llegó una pareja que preguntó:

–¿Llegamos tarde?

–¿Para qué, señor?

–Para la visita guiada. Acabamos de enterarnos por el periódico. Annie está embarazada –añadió el hombre orgulloso–. Queremos elegir la mejor clínica de maternidad.

Adam apretó los dientes, tratando de dar a entender que tenía prisa.

–Enhorabuena, han venido ustedes al lugar adecuado. No llegan tarde. La visita va a comenzar ahora mismo –explicó la recepcionista señalando a la gente que esperaba caminando de un lado a otro por la sala–. Si se dan prisa, no se perderán nada.

–Gracias –contestó el hombre tomando de la mano a su mujer.

–Bien, ¿dónde estábamos? –preguntó la recepcionista mirando a Adam–. ¿Cuál era el nombre de su mujer?

–Hannah Duncan –contestó Adam viendo con el rabillo del ojo que se abría la puerta de los servicios de señoras. Era Hannah quien salía–. No importa, acabo de encontrarla –Adam corrió a unirse a ella–. ¡Hannah!

–¡Adam! –exclamó Hannah girando la cabeza y abriendo enormemente los ojos–. ¿Qué diablos haces tú aquí?

–Tengo que hablar contigo.

–Tendrás que esperar, llego tarde.

–No puedo esperar –afirmó Adam tomándola del brazo–. No puedo dejarte que hagas esto, Hannah.

–¿Hacer qué?

–Lo que sea que hayas venido a hacer –respondió Adam desesperado–. No te lo permitiré.

–Tú no eres quien para ordenarme nada –contestó Hannah soltándose el brazo–. Es mi decisión, ¿recuerdas? –añadió marchándose con el grupo que se disponía a hacer la visita guiada.

Adam pensó en otro plan de ataque. Hannah no parecía deseosa de hablar con él, pero no podía culparla. Y aquel lugar público no era el mejor sitio para discutir. Sin embargo no tenía otra alternativa, pensó alcanzándola.

–Quiero a este niño –afirmó Adam resuelto–. Aunque tú no lo quieras.

Annie, la mujer embarazada cuyo marido había interrumpido a Adam en información, estaba de pie junto a Hannah. Se volvió y miró a Adam atónita. En medio del silencio, sonó una voz de mujer.

–Como pueden ustedes ver, tenemos todas las facilidades para el parto, dentro de un hospital altamente cualificado. Camas dobles en habitaciones individuales para parejas que decidan quedarse juntos antes, durante, y después del nacimiento… –Hannah, ¿es que no me has oído?

Hannah asintió en silencio. Escuchaba con atención a la mujer que guiaba la visita.

–En la sala de espera hay televisión, vídeo y equipo de música. Animamos a la gente a que se traiga sus discos. Hay baño completo en cada habitación, con bañera de hidromasaje.

–¡Debe costar una fortuna! –exclamó Annie.

–¡Hannah! –exclamó Adam en voz alta–. Yo puedo ocuparme de todo, puedo traer a nuestro hijo al mundo, si hace falta. Lo he hecho antes.

–¿Qué?, ¿de qué estás hablando, Adam? –preguntó Hannah, cuya atención había conseguido captar al fin.

–De Maddy, mi hija.

–¿Tienes una hija? –preguntó Hannah atónita, en voz alta.

Varias personas se volvieron para mirarlo con gesto de desaprobación.

–Tenía –la corrigió Adam en voz baja–. Murió cuando tenía dos años y medio.

Hannah estaba confusa y atónita. De pronto la guía parecía decir solo incongruencias.

–Pasemos a otra zona. Estoy segura de que los quirófanos les impresionarían…

–Es la misma edad que tiene Heidi –susurró Hannah.

–Por supuesto, seleccionamos a nuestros obstetras y ginecólogos de entre los mejores… –continuaba la guía tratando de acelerar la visita.

–Sí, se parecía mucho a Heidi –confesó Adam–. También dejaba galletas mordisqueadas por todas partes. Y le gustaba que le hicieran cosquillas.

La mayor parte del grupo se había marchado. La guía los estaba esperando.

–Vamos, por favor, no tenemos mucho tiempo.

Adam y Hannah obedecieron caminando el uno al lado del otro detrás del grupo. La guía se adelantó y el grupo se detuvo.

–Me llamo Miranda –se presentó a sí misma la guía–. ¿Qué les parece la clínica?

–Es fantástica –comentó Adam con entusiasmo–. Nosotros pediremos una habitación con cama doble.

–Pasen y asomen la cabeza, por favor. Vayan pasando – sonrió Miranda–. Por supuesto, no podemos entrar en los quirófanos, porque están esterilizados.

–Por eso sabías cómo manejar a los bebés –dijo Hannah de pronto–. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

–Jamás se lo he dicho a nadie. Nunca he querido confiar tanto de mí mismo a otra persona –confesó Adam tomando las manos de Hannah entre las suyas–. Hasta ahora.

La expresión de Hannah también había cambiado, parecía aliviada.

–Sabía que tenía que haber algo más, algo importante. No me atrevía a preguntar, pero sabía que si no confiabas en mí era porque no sentías lo mismo que yo.

–Te lo contaré todo –prometió Adam–. Además, tengo fotos.

Aún estaban agarrados de las manos, mirándose el uno al otro, cuando la voz de Miranda los interrumpió:

–Por favor, traten de seguir la marcha del grupo, tienen que ir con ellos. No puedo dejar visitantes perdidos por la clínica.

–Lo siento –se disculpó Hannah–. Vamos, Adam, no tardaremos mucho. Quiero ver cómo es este sitio.

–En esta zona los costes son mucho más reducidos – explicaba Miranda–. Viene a costar igual que la estancia en un hotel, solo que con todo el equipo médico incluido.

–Me he sentido tan mal –comentó Hannah con tristeza–. Me sentía dividida entre mi amor por ti y mi amor por Heidi. No podía separaros, pero tampoco uniros.

–Lo sé –contestó Adam apretando su mano–. Creía que lo conseguiría, que podría estar contigo y dejar de lado a Heidi. Y luego me llevé aquel susto en el parque.

–¿Qué susto? –preguntó Hannah asustada–. ¿Qué ocurrió en el

parque?

–Pasemos al solarium –anunció Miranda–. Veremos la piscina y el gimnasio. Luego, saliendo por los jardines, llegarán ustedes a la entrada principal y a los aparcamientos. Tengo folletos informativos para todos aquellos que lo deseen.

Adam y Hannah volvieron a quedarse atrás. El corredor quedó en silencio al marcharse el grupo.

–¿Qué ocurrió en el parque? –insistió Hannah preocupada.

–Nada importante –sacudió la cabeza Adam–. Bueno, sí es importante, porque fue entonces cuando me di cuenta de que quería a Heidi tanto como a ti. Al principio no logré separaros, y después me dio miedo aceptar el riesgo que suponía admitirlo.

–¿Qué riesgo?

–El riesgo de perderte. A ti y a Heidi. Sabía a ciencia cierta cuánto riesgo suponía.

–No vas a perdernos –afirmó Hannah alzando una mano para acariciar su mejilla–. Esas tragedias solo ocurren una vez en la vida. Sé lo que es, en serio. Yo también perdí a alguien a quien amaba, y esta vez asumo un riesgo mucho mayor.

–¿Por qué?

–Porque mis sentimientos por ti son mucho más fuertes de lo que lo fueron por Ben. Ni siquiera sabía que se pudiera amar tanto a una persona.

Adam tomó la mano de Hannah, que acariciaba su rostro, y la presionó contra sus labios.

–Eso es exactamente lo que siento yo, por eso el riesgo me parecía esta vez mucho mayor.

–¿Y qué te ha hecho cambiar de opinión?

–Hoy ha ocurrido algo. Un aviso con un bebé. Ya te lo contaré más tarde.

Los tacones de Miranda resonaron por el corredor apresuradamente.

–¡Aquí están ustedes! ¿Querrían, por favor, venir por aquí? Estaba a punto de alertar a seguridad.

–Lo siento –se disculpó Hannah de nuevo–. Teníamos algo importante que discutir.

–Aún tenemos que discutir –sonrió Adam mirando a Miranda, que se ruborizó–. Vamos a tener un niño.

–¡Enhorabuena! –sonrió Miranda poniéndose seria de nuevo– . Por aquí, por favor. Espero que elijan la clínica Cambridge para el parto.

–Es muy probable –asintió Adam–. ¿No crees, Hannah?

–Sí, eso de la cama doble es muy tentador –comentó ella apretando su mano mientras pasaban por delante de la piscina y el gimnasio.

–¿Tienen ustedes el coche en el aparcamiento principal? –

preguntó Miranda.

–Sí –respondió Hannah.

–No –respondió Adam al mismo tiempo. Ambas mujeres lo miraron–. La ambulancia tuvo que marcharse a hacer un aviso.

–¿Has venido en ambulancia? –preguntó Hannah sorprendida–. Claro, aún estás en tu turno de trabajo. ¿Cómo te las has arreglado?

–Cuando tu madre me dijo dónde estabas, encendí la sirena.

–¿Cómo, has venido con la sirena y las luces puestas? –sonrió Hannah.

–Claro, era una emergencia.

–No era para tanto –rio Hannah.

Miranda seguía esperando a que se dirigieran hacia la salida, pero en lugar de cooperar, Adam tiró de Hannah de pronto y la abrazó.

–Para mí lo era –dijo muy serio–. Una emergencia personal.

–Pues, según parece, ha resuelto usted esa emergencia, fuera la que fuera –comentó Miranda observándolos y escuchándolos con curiosidad.

–Bueno, es un comienzo –convino Adam guiñándole un ojo a Miranda–. Aún queda algún que otro problemilla.

–Ah, ¿sí? –preguntó Miranda sonrojándose–. ¿Y cuál es?

–Que todavía no he convencido a Hannah para que se case conmigo.

–¡Oh! –exclamó Miranda sonriendo–. ¿Y crees que te llevará mucho tiempo? Es que se supone que debo cerrar esta puerta.

–Bueno, eso depende de Hannah –contestó Adam–. Es ella quien tiene que decidir.

–¿Qué dices tú, Hannah? –preguntó Miranda aclarándose la garganta, con una enorme sonrisa.

La voz de Hannah sonó amortiguada. Adam no supo si reía o lloraba. Tenía el rostro enterrado en su hombro.

–No, no creo que tarde mucho –declaró Hannah levantando la vista–. Ya es hora de marcharnos a casa, Adam. Miranda tiene que cerrar la puerta.

–Pero aún no has dicho que sí –intervino Miranda bloqueándoles el paso.

–Es cierto –la apoyó Adam–. ¿Es que piensas mantenerme en vilo?

–¿Y cómo voy a decirte que sí, si aún no me has hecho la pregunta? –señaló Hannah.

–Eso también es cierto –señaló una vez más Miranda.

Adam suspiró teatralmente y le dirigió a Miranda una mirada cómplice.

–¿Tengo que ponerme de rodillas?

–Hmmm… –Miranda consideró la cuestión. Miró a Hannah y sonrió–. Bueno, creo que podemos librarte de ese deber.

–Gracias –contestó Adam–. Miranda, ¿no es hora ya de que te vayas a casa?

–No me perdería esto por nada del mundo –afirmó la guía apoyando la espalda en la puerta–. Vamos, Adam.

Adam colocó las manos sobre los hombros de Hannah y la miró a los ojos con intensidad.

–Te quiero, Hannah. Quiero compartir el resto de mi vida contigo. Quiero aferrarme a cada instante de felicidad que puedas proporcionarme. Quiero ser el padre de tu hija y el padre de todos los niños que traigas al mundo. Y quiero estar contigo cuando nuestros hijos tengan hijos. Quiero darte tanta felicidad como la que me das tú, sin proponértelo –Adam respiró hondo y añadió–: ¿Quieres casarte conmigo, Hannah?

Los ojos de Hannah brillaron con las lágrimas. Asintió y contestó:

–Sí, Adam. Claro que quiero.

Miranda la observó decepcionada.

–¿Eso es todo lo que vas a decir, después del precioso discurso de Adam?

Hannah rio y se estremeció.

–Tengo muchas cosas que decirle, pero tenemos todo el tiempo del mundo. ¿Verdad, Adam? Adam se inclinó y la besó en los labios.

–Desde luego. Tenemos el resto de nuestras vidas. Por fin se ha resuelto la emergencia.

Epilogo

Jamás se había sentido tan bien, y esa vez la felicidad que sentía Hannah Lewis no tenía nada que ver con los rayos de sol aunque, desde la habitación de la clínica Cambridge, se filtraba la última luz de aquella tarde de otoño. La cama doble estaba hecha, la bañera de hidromasaje limpia, y podía descansar. No obstante, Hannah planeaba marcharse cuanto antes.

Hannah abrió los ojos y sonrió. Aún no podía creer que hubiera dado a luz en una ambulancia, ni que hubiera sido su padre quien hubiera traído al mundo al bebé. Matt había hecho todo cuanto había podido por llegar a tiempo, pero la sirena de la unidad 241 había sido perfecta para darle la bienvenida a su hijo.

Hannah contempló el rostro diminuto de Edward James Lewis, profundamente dormido en su cunita. Miranda le había recomendado que descansara y procurara dormir hasta que Adam fuera a buscarlos para llevarlos a casa, pero estaba demasiado nerviosa como para conciliar el sueño. No quería desperdiciar ni un instante de aquel precioso día con su familia.

Su familia, suspiró Hannah satisfecha. ¿Quién habría imaginado que podía crecer tanto en el plazo de un año? El matrimonio de Hannah y Adam no había sorprendido a nadie, pero el de Norma y Gerry Prescott, pocas semanas después, sí que había sido una sorpresa. Por fin Heidi y Edward tenían abuelo, un abuelo tan ansioso por estar con ellos como su mujer. Norma y Gerry animaban a Hannah y Adam a volver al trabajo cuanto antes; tenían una gran familia por la que velar.

Gerry, además, se había retirado de su profesión de médico para dedicarse a una vieja pasión largamente olvidada, el cultivo de la uva. Norma y él se habían mudado al campo y habían comprado terrenos de cultivo a las afueras de la ciudad. Su generoso regalo de bodas para la joven pareja, cinco acres de ese mismo terreno junto al río, había añadido una nueva dimensión a sus vidas. Ambos habían proyectado la casa de sus sueños, y la construcción casi había finalizado.

Hannah observó las muestras de tela que había estado escogiendo en la tienda cuando le llegaron los dolores de parto. De alguna manera habían llegado hasta la habitación de la clínica, quedando abandonadas sobre la cama. Nada más ver la tela con ositos y arcoiris Hannah se había decidido. Estaba a punto de encargarla cuando rompió aguas, así que llamó a una ambulancia. Las muestras de tela cayeron al suelo al abalanzarse Heidi sobre la cama, nada más llegar.

–¡Mamá!

–Hola, cariño –abrazó Hannah a su hija levantando la vista para sonreír a Adam, de pie junto a la cama. La felicidad era patente en la expresión de ambos. Ninguno de los dos apartó la mirada. Adam se acercó–. He venido en la ambulancia de papá – añadió Heidi orgullosa–. Hay una cama detrás, para que vengas a casa.

–¿Has vuelto a traer la ambulancia? –preguntó Hannah sonriendo y besando a su marido.

–¡Tiene luces como las de Navidad! –exclamó Heidi apartándose de su madre–. Y hace muchísimo ruido.

–¡Pero Adam… ! ¿No habrás…?

–Solo por un momento –sonrió Adam sin el menor arrepentimiento–. Pensé que Heidi debía saber qué hacen sus padres para ganar dinero –explicó acercándose a la cuna para contemplar y acariciar al bebé–. Este, en cambio, es aún un poco pequeño para comprenderlo. Volveremos a casa sin tanto ruido.

–Pues la sirena fue lo primero que oyó nada más nacer – comentó Hannah–. Ahora necesitaré otra igual en casa, cuando quiera que se duerma.

Heidi se había acercado a la cuna y alzaba una mano para tocar a su hermano. Miró a su padre y comentó: –Tiene el mismo pelo que papá. ¿Por qué yo no?

–Porque tú tienes el pelo de tu madre –sonrió Adam–. Como debe ser.

–¿Por qué? –insistió Heidi mirando a Adam–. ¿Es porque soy chica?

–No –contestó Adam con ternura–. Es porque tú eres Heidi, y eres perfecta tal y como eres.

Los ojos de Hannah se llenaron de lágrimas. Abrazó a Adam y se las enjugó, contemplando al recién nacido que ataría aún con más fuerza los lazos que unían a la familia.

–Se llama Edward –dijo Hannah dirigiéndose a Heidi–, porque así se llama su padre, de segundo nombre, y así se llamaba también su abuelo.

–Ed… Ed… –Heidi no sabía pronunciarlo–. Eddie. ¡Teddy! –exclamó triunfante.

–Mucha gente llama Teddy a los Edwards –rio Adam.

–¿Tiene cosquillas? –preguntó Heidi.

–Aún no –se apresuró Hannah a contestar.

–Cuando sea mayor –añadió Adam–. Hará ruidito, igual que tú.

–Y que teddy –puntualizó Heidi refiriéndose a su osito–. Papá…

–¿Sí, pequeñina?

–Quiero irme a casa.

Adam estrechó a Hannah con fuerza y la miró a los ojos con intensidad. La respuesta de Hannah a la pregunta que iba a hacerle

era de la mayor importancia para él.

–¿Estás lista?, ¿te encuentras lo suficientemente bien como para volver a casa con nosotros?

–Y con Teddy –puntualizó Heidi–. Porque nos lo llevamos, ¿no?

–Por supuesto. Jamás me había sentido mejor –aseguró Hannah–. A casa.